

LEGADOS DE ERNESTO QUESADA

Entre los investigadores del pensamiento argentino, Ernesto Quesada (1858-1934) suele ser una referencia imprescindible. Su participación en los principales debates que animaron el cambio de siglo, su germanismo excéntrico en una elite afrancesada, su erudición imbatible y la intensidad que desplegó en su escritura lo convierten en una figura ineludible y compleja.

No es difícil encontrar la mayor parte de su bibliografía. Él mismo anotaba en cada edición una lista de obras anteriores y hasta la dirección de la librería donde podían ser adquiridas. Más fácil es aun si se comienza por revisar la **Bio-bibliografía de Ernesto Quesada** publicada por Juan Canter en 1936.¹ En la Ciudad de Buenos Aires, la Biblioteca Nacional, la Biblioteca del Congreso de la Nación, la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires) y la Biblioteca Nacional de Maestros, ofrecen una buena cantidad de textos de Quesada. Además, el CeDInCI (Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina) resguarda tres tomos con una docena de folletos del autor.

Durante el “Encuentro de Investigadores sobre Ernesto Quesada y los comienzos de la sociología en Argentina” —realizado en el CeDInCI el 22 de noviembre de 2006— surgieron, sin exagerar, más de quince aspectos de su trayectoria que esperan ser explorados o revisitados.² Lejos de pensar en despedidas, en aquella oportunidad celebramos la presencia de Oscar Terán quien no sólo aportó su extenso conocimiento sobre el tema, sino que nos asombró con nuevas preguntas. Valga ese recuerdo para dedicarle ahora el presente *dossier*.

¹ Canter, Juan, “Bio-bibliografía de Ernesto Quesada”, en *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, Vol. XX, 1936, n° 67-68.

² El Encuentro fue organizado en coordinación con Diego Pereyra en nombre de la comisión de Historia de la Sociología, Instituto de Investigaciones Sociológicas (IDIS) del Consejo Profesional en Sociología (CPS), y la Cátedra de Historia Sociológica de la Sociología en Argentina, de la Carrera de Sociología de la UBA.

En aquel encuentro, la figura de Quesada parecía convocar a los investigadores de múltiples maneras: su intervención en la fundación de una sociología científica y académica; el debate en torno al idioma nacional y al criollismo; las lecturas de Marx desde la academia y la elite; sus posturas respecto a la cuestión femenina y al feminismo; la polémica con los socialistas; la conjugación positivismo-catolicismo; su estrecha relación con Alemania; su vinculación con la sociología norteamericana; los misterios de su biblioteca y su legado; el debate con Miguel Cané; sus lecturas de Simmel; los devenires de sus discípulos y discípulas; sus opiniones ante la primera guerra mundial; su relación con la política argentina del siglo XX; la jurisprudencia sobre trabajo y divorcio; su posicionamiento ante la reforma universitaria de 1918; etc.

Algunas de esas cuestiones formaron parte de los objetivos de un proyecto de intercambio más amplio que vinculó al CeDInCI con el Instituto Ibero-Americano de Berlín (IAI).³ Como se sabe, Ernesto Quesada donó su biblioteca y parte de su archivo familiar al Estado prusiano. Luego, su viuda habría completado la donación con manuscritos y cartas personales. Sin embargo, sobre cómo llegó y qué se conserva, no suele haber tanta precisión entre nosotros. Se dice que está toda su correspondencia, que su biblioteca permanece intacta, que algo se habría perdido durante la segunda guerra, que nadie ha revisado exhaustivamente el intercambio epistolar con Spengler, etc.

Con todas esas dudas seguí al director de la Biblioteca, Peter Altekürger, por los pasillos laberínticos del Instituto Ibero-Americano. Ordenado prolijamente en decenas de carpetas encontramos el ya casi mítico legado de Ernesto Quesada. Cartas familiares, recortes de revistas y apuntes personales se encuentran preservados y a disposición de los investigadores.⁴

Sin embargo, el orgullo nacional pronto se ve moderado por la constatación de que el legado en cuestión no es el único de los que conformó el primer fondo de la institución.⁵ Por aquellos años también recibieron de la Universidad de Bonn una biblioteca completa dedicada a temas latinoamericanos y una importante cantidad de libros provenientes de México.⁶ Con ellos, se inició en 1930 no ya la Biblioteca

3 Proyecto DAAD-SECyT, código DA/PA05-HIV/002, 2005-2007, Ibero-Amerikanische Institut/I.A.I. (Alemania) y Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina/CeDInCI (Argentina). El grupo argentino (dedicado a diversos temas) estuvo conformado por Horacio Tarcus, Roberto Pittaluga, Claudia Bacci y Laura Fernández Cordero. Agradecemos a la Dra. Barbara Göbel, directora del Instituto; Peter Altekürger, director de la Biblioteca y al Dr. Peter Birle, director del área de Investigación.

4 Una copia del catálogo del legado Quesada (IAI) puede ser consultada en CeDInCI.

5 Bock, H.J., "La Biblioteca Iberoamericana de Berlín", *Boletín semanal de Asuntos alemanes*, Bonn, n°. 30, Vol. 2, 1955.

6 Bujaldón de Esteves, Lila, "Ernesto Quesada y Alemania: un modelo de filia cultural", *Ibero-amerikanisches Archiv*, 16.2:261-272, Berlín, 1990.

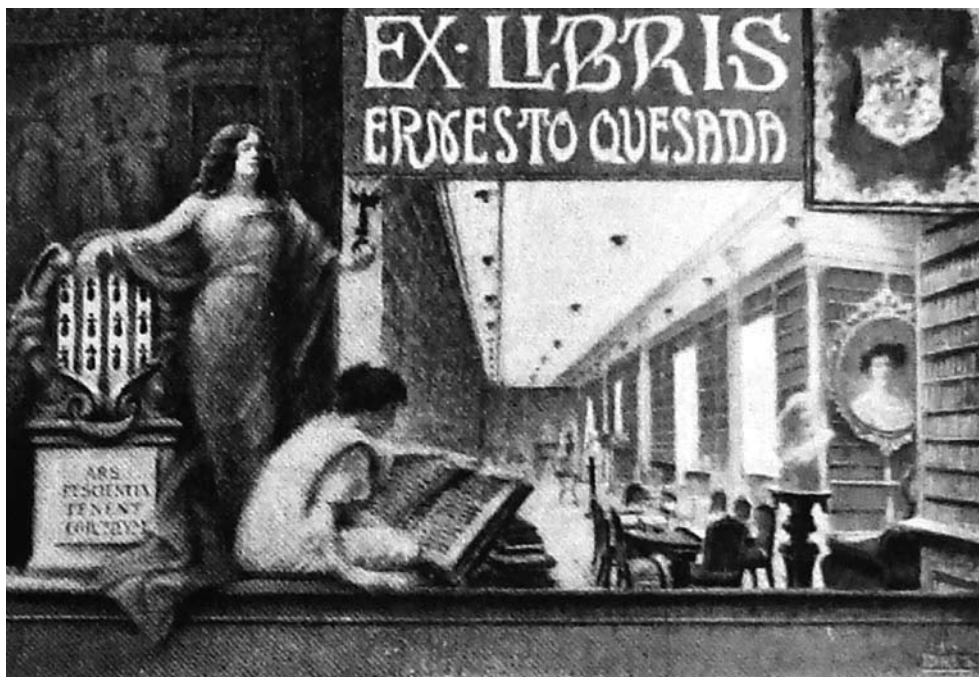
Quesada —como hubiera sido el deseo familiar— sino el Instituto Ibero-Americano. Sí podríamos atribuir a nuestro compatriota o a su padre, Vicente Quesada (1830-1913), el espíritu que condicionaba la donación y que hoy pervive en el IAI: crear una institución pública dedicada a la investigación, la actualización de su acervo y la publicación.⁷

En la actualidad, tanto el lugar de trabajo como el acceso a los materiales es de una amabilidad sorprendente. Sin embargo, una revisión somera del legado Quesada llevaría semanas ya que incluye desde el archivo y las memorias de Vicente Quesada hasta el último material recopilado por Ernesto y dejado al cuidado de su viuda, Leonore Deiters, quien completó la donación con sus propios papeles. Así, algunas de las carpetas contienen la correspondencia familiar entre diversos miembros del clan Quesada —invalorable para quienes gusten recorrer el siglo XIX argentino— y otras guardan hasta el último detalle del paso de Quesada por el Segundo Congreso Científico Panamericano de Washington (1915-1916), incluyendo proyectos, discursos, tarjetas personales, recuerdos de actividades sociales, fotografías y una medalla conmemorativa. El talante del polígrafo —como le decían sus contemporáneos— se refleja también en su legado. Para el caso, varias cajas almacenan artículos y revistas de América y Europa donde se anuncian, comentan o discuten sus obras. Y, respecto a su correspondencia, es fácil hallar no sólo las cartas recibidas sino también algunas copias de las enviadas. De esta manera, el último apartado del catálogo enumera las casi doscientas páginas de intercambio con colegas de América Latina durante su estadía en Alemania. Sin embargo, gran parte de su epistolario, incluso el más personal, resulta un objeto precioso aunque opaco si no se lee alemán. Es más, si no se lee con mucha solvencia ya que el paso del tiempo, las letras manuscritas y las líneas de tinta cruzadas intentando ahorrar papel, lo hace casi inaccesible.

Afortunadamente, al menos al principio, mi objetivo no era intentar descifrarlas sino rastrear algunas lecturas de Quesada recorriendo su biblioteca. Es decir, desde aquí yo pensaba encontrar el conjunto de volúmenes no ya en una sala —aunque la imagen que tenía en aquel momento tal vez fuera esa— sino, al menos, algún registro verificable. De inmediato se vio frustrada semejante hipótesis, el único modo de reencontrar los libros que comprobasen las lecturas extensas, vanguardistas y anotadas de Ernesto Quesada resultó tan encantador como utópico: buscar en cada ejemplar de la actual biblioteca, el sello personal con que su dueño los marcaba. Es decir, encontrar el bello ex-libris que la revista **Anales Gráficos**, órgano del Instituto Argentino de Artes Gráficas, eligió para comenzar su serie de ex-libris argentinos.

7 Lieh, Reinhard, “El Fondo Quesada en el Instituto-Iberoamericano de Berlín”, *Latin American Research Review*, Texas University Press, Vol. 18, n° 2, 1983, pp. 125-133

Allí el redactor nos explica que el artista había logrado, a través de la figura de dos mujeres y una frase, representar las pasiones que animaban la colección: “*Ars et Scientia tenent cour meum*, indicando que el arte y la ciencia reinan en el corazón del dueño de la biblioteca.”⁸



Durante dos años, aquel primer encuentro en el CeDInCI, los viajes entre Buenos Aires y Berlín e intensos intercambios por correo electrónico nutrieron el presente *dossier*. Cada uno de los artículos que lo componen explora algunos de los interrogantes antes mencionados y da lugar a otros que vuelven a demostrar la importancia de Quesada entre los investigadores del pensamiento argentino. Abre el *dossier* Martín Bergel, miembro del comité editor de **Políticas de la memoria** e historiador egresado de la UBA, quien prepara una tesis doctoral sobre las representaciones del Oriente en la generación intelectual argentina de 1920. En este artículo repara en la vocación científica de Quesada como un modo de construir un espacio diferencial entre sus coetáneos. La erudición y la búsqueda de la novedad fueron prácticas persistentes que Bergel rastrea en la prolífica trayectoria intelectual de Quesada.

Con el mismo rigor, Diego Pereyra invita a un debate sobre el rol de las ideas de Quesada en la institucionalización de la sociología en Argentina. Reconstruyendo parte de su trayectoria académica e intelectual, así como su obra, plantea una discusión sobre su perspectiva sociológica y la demanda por investigar científicamente.

8 Binayan, Narciso, *Anales Gráficos*, año 9, n° 4, Buenos Aires, 1918, pp. 3-4.

ficamente la sociedad. Pereyra no deja fuera de su análisis el contexto internacional que signaba el proceso de institucionalización de la sociología. El autor es Investigador Asistente del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas) con sede en el Instituto Gino Germani, Universidad de Buenos Aires. A su vez, coordina la Comisión en Historia de la Sociología en el Instituto de Investigaciones Sociológicas del Consejo de Profesionales en Sociología. Es docente de grado y posgrado en FLACSO, UBA, UNLa, UNL, IDAES y UNSaM.

Por su parte, Sol Denot se preocupa por la “cuestión femenina” y el feminismo, un aspecto menos conocido entre las intervenciones de Quesada. De hecho, las conferencias aquí analizadas constituyen un hito en la temprana recepción del feminismo en los ámbitos académicos. Denot es licenciada en sociología de la Universidad de Buenos Aires, docente de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA) y becaria del CONICET. Su trabajo proviene de una investigación para su tesis de maestría en la cual busca examinar el proceso de construcción de la situación de las mujeres como objeto de indagación de las nacientes ciencias sociales a finales del siglo XIX y principios del XX.

En cuarto lugar, Gerardo Oviedo propone como hipótesis de lectura una “filosofía de la historia” presente en la obra de Ernesto Quesada. Para demostrarlo recorre las aristas de la “canonización historiográfica” que propusiera Rómulo Carbia así como las lecturas quesadianas de Oswald Spengler. Desde **La Época de Rosas** a los escritos de madurez, Oviedo recupera aspectos de su filosofía de la historia y del ensayismo historiográfico con un puntilloso recorrido bibliográfico producto, en parte, de un proyecto de tesis dedicado a Ernesto Quesada (Doctorado de Historia en la Universidad Nacional de La Plata). Oviedo desempeña tareas docentes en la materia “Pensamiento Social Latinoamericano” de la Carrera de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales (UBA), y en la materia “Filosofía Argentina y Latinoamericana” de la Carrera de Filosofía, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, UCES (Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales).

Por último, Sandra Carreras nos descubre una relación fundamental entre Leonore Deiters, Ernesto Quesada y Oswald Spengler. El papel de Quesada como el principal difusor de la obra de Spengler en América Latina cobra nuevo sentido al conocer la participación determinante de su segunda esposa. Carreras reconstruye las relaciones personales e intelectuales a partir del epistolario conservado en el Instituto Ibero-Americano de Berlín. La autora se graduó en Historia en la Universidad de Buenos Aires, y se doctoró en la Universidad Johannes-Gutenberg de Maguncia, Alemania. Actualmente trabaja en el Departamento de Investi-

gaciones del Instituto Ibero-Americano de Berlín y desarrolla, entre otras cosas, un proyecto de investigación sobre las relaciones científicas entre Alemania y Argentina en los siglos XIX-XX.

Ella misma fue la encargada de seleccionar los documentos que cierran este *dossier*. Se trata de tres cartas inéditas que forman parte del epistolario Deiters-Quesada-Spengler. Claudia Regina Martínez las ha traducido especialmente y se presentan aquí como documento anexo.⁹

Laura Fernández Cordero

9 O. Spengler a E. Quesada (06.06.1921); E. Quesada a O. Spengler (12.10.1921); L. Deiters a O. Spengler (26.06.1924). El Instituto Ibero-Americano es el propietario de los materiales (IAI, N-0021, cápsula 19) que se reproducen aquí gracias a la intervención del Dr. Gregor Wolff, Director del Departamento de Legados y Colecciones Especiales.

Ernesto Quesada o la ciencia como vocación*

Martín Bergel

Autor de más de una centena y media de libros y opúsculos dedicados a un amplísimo espectro de problemas, modernizador de disciplinas como la sociología, la historia y el derecho, viajero incansable que gustaba retratar puntillosamente los lugares que visitaba, poseedor de una afamada “biblioteca americanista” de más de 80 mil volúmenes cuyo destino final engendró encendidas polémicas, introductor, en fin, de numerosos autores y temáticas que sobresalían por su apertura a nuevos fenómenos de la modernidad —el marxismo, el feminismo, la conflictividad obrera, entre otros—, Ernesto Quesada (1858-1934) es, para la historia intelectual argentina, una figura tan plagada de aristas sugerentes como compleja de ubicar. Miembro conspicuo de una familia patricia, desarrolló de joven un *cursus honorum* en muchos sentidos típico de los hijos educados de las elites de la república criolla. Y sin embargo, como supo señalar Oscar Terán, Quesada acabó por dibujar una curva vital que le aseguró “un lugar relativamente excéntrico respecto de carreras más previsibles de otros miembros de la clase dirigente”.¹ Amigo y colega de varias de las más prominentes personalidades que arribaron a la mayoría de edad hacia 1880, Quesada retrospectivamente pareció querer tomar distancia de esa su generación, hacia la que podía incluso en el último tramo de su vida arrojar una mirada desdeñosa.²

En efecto, su obra puede entenderse globalmente como un ensayo de construcción de un lugar diferencial dentro del elenco de figuras del '80. Ese anhelado sitio era procurado a partir de la elección de una opción que para Quesada dividía aguas: en el clivaje dilemático que se abría a su juicio entre política y ciencia, era notoriamente en ésta última en la que habría de situarse. Siendo aún joven, en un comentario crítico al libro *En Viaje*, de Miguel Cané, no dudaba en afirmar que “la política es la gran culpable en la vida americana: fascina a los talentos jóvenes, los seduce y los esteriliza para la producción intelectual serena y elevada”.³

Ese juicio parece haberlo acompañado durante toda su carrera, de tal modo que, ya en su madurez, en una conferencia ofrecida en la Facultad de Filosofía y Letras podía reiterar los términos de esa disyuntiva:

El hombre que dedica su vida a la enseñanza universitaria con verdadera vocación se coloca fuera de las tentaciones de la política activa: cuando toma parte en ésta es porque su vocación no ha dio muy firme y, en caso tal, preferible es que opte por una u otra orientación.⁴

Tan tajante opción no resultaba en nada evidente para quien había egresado de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires a comienzos de los años 1880: se sabe que el paso por esa institución abría entonces las puertas de la alta política. Más aún, a Quesada le tocó ser miembro destacado de una promoción que sería recordada por su especial brillantez, la de 1882, y de la cual surgirían figuras como José Nicolás Matienzo, Norberto Piñero y Luis María Drago llamadas a ocupar posiciones expectantes en el régimen conservador. A Quesada —en un camino compartido con Juan Agustín García y Rodolfo Rivarola, otros compañeros de promoción—, no le correspondió en cambio asumir similares cuotas efectivas de poder.⁵ Y es probable que aun dentro de este último lote haya sido él quien con mayor énfasis pudo formularse esa oposición entre ciencia y política, para acabar tomando decidido partido por la primera.

Convendría sin embargo no exagerar esa orientación ni adscribir la homogéneamente a su entero trayecto biográfico. A comienzos de los años 1890, por ejemplo, Quesada ocupó algunos cargos municipales, llegando a ser durante un lapso breve intendente de la localidad de San Miguel. Ello para no hablar de sus labores como juez y fiscal de cámara, que supo llevar a cabo durante décadas. No obstante, su paso por la política institucional estuvo vinculado a puestos menores y sólo durante períodos cortos; y en cuanto a su actuación en el poder judicial, es notorio como Quesada la vinculaba una y otra vez, a modo de instancia capaz de brindar material empírico, a sus propias investigaciones

1 Oscar Terán, “Ernesto Quesada: archivar e historiar (la patria)”, en *La Biblioteca*, n° 1, verano 2004/2005, p. 125.

2 Así, podía escribir lo siguiente en un texto de homenaje a Joaquín V. González a propósito de su muerte: “la generación del '80 (...) se distinguió por su falta de cohesión y el aislamiento del esfuerzo individual de cada uno, con lo cual dejó de estampar en su época el sello que parecía corresponderle”. E. Quesada, “El alma de Joaquín”, en *Nosotros*, año XVIII, n° 177, febrero de 1924.

3 *La Nueva Revista de Buenos Aires*, Nueva Serie, año 4, t.10, 1 de mayo de 1884, cit. por Carlos Altamirano en “Entre el naturalismo y la psicología: los comienzos de la ‘ciencia social’ en Argentina”, en Federico Neiburg y Mariano Plotkin

(comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004, p. 62, n. 36.

4 E. Quesada, *El ideal universitario*, Buenos Aires, Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura de la Nación, 1918, p. 22.

5 Fernando Devoto, “Estudio Preliminar” a Juan Agustín García, *La ciudad india-na, Sobre nuestra incultura y otros escritos*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2006, p. 11.

* Quiero hacer pública mi gratitud a Paula Bruno, quien generosamente me facilitó copias de una porción considerable de los materiales sobre Quesada utilizados en la elaboración de este artículo. Agradezco también a Laura Fernández Cordero por sus comentarios al texto, así como por la paciencia con que esperó mi contribución al presente dossier.

y textos jurídicos y sociológicos. Al respecto, según ponderaba un conocido penalista que le tributaba admiración, los casos y fallos que le tocaban en suerte eran abordados con el mismo rigor y erudición con que acometía cualquiera de sus pesquisas científicas y sociales.⁶

Como ha sido señalado, esa inclinación por la adquisición disciplinada de saberes le fue inculcada programáticamente desde temprano por su padre Vicente Quesada. Para éste, la educación de su único hijo Ernesto era objeto de desvelo. De allí que decidiera que resultaba crucial para el aún adolescente un período formativo en Alemania (a partir del cual nacería la conocida estrecha y prolongada relación de Quesada con el mundo cultural germánico). Durante ésa, su primera estancia en el país teutón en el bienio 1873-1874, Ernesto recibía por correspondencia detalladas prescripciones de su padre acerca de los modos más provechosos de incorporación de conocimiento.⁷ Por caso, fue su progenitor quien lo formó en una práctica que lo acompañaría a lo largo de toda su vida: la de tomar constantes apuntes de todo aquello con lo que entrara en contacto (conversaciones, lecturas, lugares que visitaba, etc.).⁸ De conjunto, tanto ese primer vínculo con el mundo alemán como ese afán paterno por dotarlo de una casi obsesiva y metódica disposición al trabajo intelectual dejaron en el joven Quesada acusada impronta, al punto que la adquisición y posterior exhibición de capital cultural (y en particular de capital cultural de cuño germano) se reveló una constante que ilumina su completa trayectoria.

Ese sesgo de Quesada por acumular diferencialmente credenciales culturales, que iba en paralelo al constante incremento numé-

rico de la masa de libros de su biblioteca —cuya excepcionalidad él mismo se encargaba periódicamente de dar a publicidad—, puede rastrearse desde temprano. Ya en 1879, por caso, asiste al Congreso Americanista de Bruselas, cita de los investigadores más prestigiosos del área. Junto a ello, Quesada no cesaría de atribuirse, frente a otros estudiosos de su tiempo, una superioridad relativa que constantemente decía extraer del conocimiento y uso de los más modernos métodos científicos (a los que, según también dejaba entrever, podía acceder gracias a su fluido manejo de lenguas extranjeras).

Ese espíritu científico, tenido por superior, quiso ser desplegado en el tratamiento de un objeto particularmente controvertido y polémico. Al componer en 1898 *La Época de Rosas*, a la postre su más afamado libro, la vindicación que allí se hace del período rosista, que contrariaba el juicio denigratorio entonces dominante, se exhibe como un ejemplo extremo de su apego incondicional por las cuestiones de método:

Por tradición de familia y por comunión espiritual con aquél [se refiere a Vicente Quesada] el autor estaba inclinado a juzgar la época de Rosas con un criterio diametralmente opuesto al del presente libro: si a pesar de todos los pesares, su leal convicción histórica lo ha hecho sostener el criterio expuesto, no necesita entonces insistir en que debe ser muy honda dicha convicción para haberse podido sobreponer al atavismo de familia y a la influencia paterna, casi todopoderosa.⁹

La recuperación de “la época de Rosas” de las tinieblas y juicios superficiales que, según Quesada, hasta allí pesaban sobre ella, es por excelencia la oportunidad que encuentra para dar muestra cabal de la rigurosidad e imparcialidad que debían imperar a la hora de emprender la reconstrucción de cualquier objeto histórico-social. Pues bien: es siempre partiendo de esa misma plataforma de científicidad, pretendidamente aséptica, que Quesada incursiona en una miríada de autores y problemas de la modernidad. Para todos ellos, exige y se autoexige conocimiento profundo y tratamiento justo. Por caso, en sus lecturas de Marx y de los debates socialistas contemporáneos —a los que accede, se encarga nuevamente de recordar, gracias a su manejo del alemán—, da visibles muestras de un conocimiento sobre esos asuntos inhallable en los más avezados marxistas argentinos de su tiempo. Pero ese saber privilegiado del que puede jactarse se reviste de prudencia y ecuanimidad, y así, si ciertamente es crítico del horizonte de revolución social propugnado por Marx, no teme en cambio adjudicarle un diagnóstico certero de la naturaleza de la moderna cuestión social.¹⁰ Otro tanto ocurre en el escrutinio que hace Quesada del feminismo: si, munido nuevamente de un aventajado conocimiento de los debates que le

6 Quesada, señalaba en 1933 el profesor de derecho penal Juan P. Ramos, “no concebía que un fallo, que una vista fiscal, un informe sobre la reincidencia, sobre identificación dactiloscópica, sobre el régimen inmobiliario, sobre cualquier cosa, no llevara en sí mismo la defensa contra todo ataque venido de una opinión adversa. Tenía por norma desmenuzar cada cuestión en todos sus aspectos (...) Es que esta era la cualidad esencial del espíritu de Quesada como jurista. No concebía una opinión desamparada de su prueba categórica y formal. En estos tiempos en que cada uno expone una opinión, nacida casi siempre de su propia ignorancia y convertida en afirmación de una verdad nueva y absoluta, con sólo enunciarla de un modo más o menos grandilocuente, la forma en que Quesada documenta toda idea jurídica revela su constante preocupación por convencer, que es cualidad de sabio y esencia de honestidad espiritual”. Juan P. Ramos, “Quesada jurista”, en *Nosotros*, año XXVII, n° 290-291, julio-agosto de 1933, pp. 246-248. Ramos ejemplificaba ese método de trabajo al evocar el “nutrido volumen de 190 páginas” que Quesada había escrito y publicado en 1901 bajo el título *Comprobación de la reincidencia* luego de que el ministro de Justicia e Instrucción Pública Osvaldo Magnasco le pidiera su punto de vista sobre el asunto.

7 Cfr. Pablo Buchbinder, “Los Quesada en Europa, 1873-1874”, en *Todo es Historia*, n° 336, julio de 1995. Sobre la relación de Ernesto Quesada con el mundo cultural alemán pueden consultarse a Lila Bujaldón de Esteves, “Ernesto Quesada y Alemania: un modelo de filia cultural”, en *Ibero-Amerikanisches Archiv*, 16.2, Berlín, 1990, y a Thomas Duve, “El contexto alemán del pensamiento de Ernesto Quesada”, en *Revista de historia del derecho*, n° 30, Buenos Aires, 2002.

8 Así narraba el propio Quesada, interrogado en su madurez por José Ingenieros, el origen de esa inveterada práctica: “sólo la costumbre explica esa perseverancia mía, ya que mi padre me inculcó dicho método desde niño. Lo sigo casi automáticamente (...) en el fondo, se trata de una simple gimnasia intelectual, ya que no es prudente exigir del cerebro que recuerde de todo lo que ve, oye o lee, y el hecho material de trasladarlo en el acto al papel posiblemente deja descansar las células de lo subconsciente...”. V. E. Quesada, “La vocación de Ingenieros”, en *Nosotros*, año XIX, n° 199, Buenos Aires, diciembre de 1925, p. 435.

9 E. Quesada, *La Época de Rosas*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1923 (2da. edición), p. 235, citado en Teresa Pereira Larraín, “El pensamiento de una generación de historiadores hispanoamericanos: Alberto Edwards, Ernesto Quesada y Laureano Vallenilla”, *Historia*, n° 15, Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 1980, p. 297.

10 Cfr. Horacio Tarcus, *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2007, p. 476 y ss.

daban sustento, puede colegir que esa corriente resulta un útil instrumento de conocimiento del lugar de la mujer en las sociedades modernas, no por ello acompaña todas sus iniciativas ni reivindicaciones.¹¹

Ese interés por doctrinas y autores que desencajan parcialmente con su colocación social y con la grilla con la que observa el mundo, tiene todo que ver con un afán que, de secular presencia en el pensamiento argentino (notoriamente desde la generación de 1837), en Quesada se actualiza y se exagera: la búsqueda de la *novedad*. En efecto, a lo largo de su obra el criterio de “lo nuevo” en materia intelectual se revela una de las vías privilegiadas a través de las cuales busca construir y reforzar su autoridad científica. Probablemente ese sesgo tuvo ocasión de exhibirse de modo más espectacular en la estentórea recepción de la “novísima forma de renovación del criterio sociológico” que encuentra en la obra **La Decadencia de Occidente** de Oswald Spengler, que a su juicio revela “un criterio filosófico en vías de remodelarlo todo”.¹² El afamado libro del pensador alemán, al cual, aún antes de su traducción castellana, Quesada se apresura a dedicar todo su curso universitario de 1921, se ofrecerá como una oportunidad inmejorable para encontrar un nuevo público de jóvenes ansiosos de renovación doctrinaria. Las ideas de Spengler, glosadas y comentadas en detalle por Quesada en numerosas ocasiones a lo largo de la década de 1920, pudieron en efecto describir una curiosa curva ideológica —del “modernismo reaccionario” alemán al antiimperialismo americanista—, hasta conectar con la “nueva sensibilidad” invocada por la generación emergente en torno al fenómeno de la Reforma Universitaria de 1918.

Junto a esa atracción por lo nuevo, el otro rasgo del que Quesada se sirve para constituirse en insoslayable referencia en el espacio intelectual no solamente argentino de las primeras décadas del siglo XX es el de una *abrumadora erudición*. Sus trabajos están siempre presididos por un afán de colonización aplastante de nuevos territorios de saber. Al acometer un tema, Quesada tiene por costumbre rodearlo de extendidas consideraciones preliminares acerca de las fuentes y recursos que un estudioso serio debe tomar en cuenta para satisfacer debidamente el objetivo que se propone. Y en esa tarea, gusta de sorprender la credulidad de sus lectores haciendo ostentación de un constante desborde del caudal habitual de materiales de consulta que los hombres de su medio solían utilizar.¹³ Veamos un ejemplo: a fines de 1908, el entonces decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata Rodolfo Rivarola, aprove-

chando la ocasión de uno de sus viajes a Europa, le solicita un informe “de la organización y método de los cursos superiores de historia, en una o más universidades de Alemania, en cuanto esa información pudiera ser útil para establecer el curso de historia en la sección de filosofía, historia y letras, que deberá fundarse como anexa a esta facultad”.¹⁴ Quesada no solamente acepta, sino que encara por espacio de varios meses una minuciosa pesquisa no apenas en “una o más” sino en el conjunto de las universidades alemanas, que resulta en un voluminoso libro de más de 1200 páginas.¹⁵ La ocasión se le aparece inmejorable no solamente para sus fines explícitos de propiciar la adopción en Argentina de pautas de la vida académica de países como Alemania o los Estados Unidos —y así concluirá su abultada inspección proponiendo la creación en la Universidad de La Plata de un instituto de investigaciones históricas y sociológicas inspirado en el que Karl Lamprecht dirige en la Universidad de Leipzig—, persuadido como está de que “la compenetración mundial de la alta cultura científica es hoy un hecho”,¹⁶ sino que en ella ve la chance de desplegar sus vastísimos conocimientos de cultura germana. De allí que el libro no se detenga meramente en la enseñanza de la historia en la época de Quesada, sino que incluya entre otras cosas una detallada mirada retrospectiva de los modos de impartir la historia en Alemania “desde los tiempos más remotos hasta nuestros días”, o un extenso capítulo de varias centenas de páginas en el que presenta al conjunto de profesores de las disciplinas humanas del total de las universidades alemanas, incluyendo sus fechas de nacimiento, noticias biográficas, principales obras, etc.

Anhelos de novedad y erudición son entonces para Quesada dos criterios entrelazados de legitimación científica a los que acude recurrentemente. Junto a ellos, no trepida en hacer gala de una política de autocitas y de referencias permanentes a sus credenciales académicas. Sus libros solían incluir, como paratextos insertos al comienzo o al final, tanto la mención de los títulos honoríficos de los que podía preciarse,¹⁷ como también la lista

11 Ver al respecto el artículo de Sol Denot en este mismo *dossier*.

12 E. Quesada, “Una nueva doctrina sociológica. La teoría relativista spengleriana”, **Nosotros**, año XV, no. 143, abril de 1921, pp. 418-419. Sobre las características del vínculo entre Quesada y Spengler, y en especial sobre el lugar clave de Leonore Deiters, esposa del pensador argentino, en el origen y desarrollo de esa relación, ver el esclarecedor texto de Sandra Carreras incluido en este mismo *dossier*.

13 Eduardo Wilde, un hombre netamente enrolado en la generación del '80, podía por caso deslizar el siguiente comentario ante **La Época de Rosas**: “¿Cómo ha hecho usted para leer tanto? Cómo no se ha cansado de hojear cuanta pesadez aburrida han escrito los biógrafos, cronistas, compiladores o historiadores...”. Carta de E. Wilde a E. Quesada, 2 de octubre de 1898, reproducida en **Cinco estudios sobre Rosas**, Buenos Aires, Instituto Panamericano de Cultura, 1954, p. 196.

14 Cfr. la carta de Rivarola en E. Quesada, **La enseñanza de la historia en las universidades alemanas**, Buenos Aires, Coni, 1910, pp. VII-VIII.

15 Tal la descripción de Quesada de los alcances de esa investigación en la “advertencia” que encabeza ese libro: “durante todo el semestre del invierno europeo 1908-1909, he recorrido la casi totalidad de las 22 universidades alemanas, asistiendo a todos los cursos de historia que la materialidad del tiempo me ha permitido conocer; conferenciando con un número considerable de profesores de la materia; reuniendo todo lo publicado y que pudiera ser útil a mi objeto; tomando notas y notas, de impresiones de clases y entrevistas. Deseo de que mi investigación fuera lo más completa posible, he tratado de no omitir esfuerzo ni gastos: durante varios meses, me he trasladado de una a otra a las 22 ciudades en que funcionan aquellas universidades, he asistido a centenares de clases, he reunido millares de publicaciones, y he traído decenas de carteras repletas de notas personales. Desde mi regreso (...) he estado ocupado en organizar, estudiar y utilizar ese enorme material, tanto más delicado cuanto que no existe en idioma alguno investigación análoga sobre el particular”. *Ibidem*, p. X.

16 *Ibidem*, p. XXIV.

17 Además de la mención de sus conocidos puestos como profesor titular en varias cátedras argentinas, Quesada listaba unos veinte títulos que comprendían, entre otros, sus cargos como director de la Academia argentina de la lengua, como miembro correspondiente de la Academia de la historia de Madrid y del Instituto Histórico y Geográfico do Brasil, y como miembro honorario de la American politi-

completa de los volúmenes que llevaba publicados (que Quesada gustaba presentar numeradamente). Pero, más en general, a menudo sus textos mismos se iniciaban haciendo alusión a sus propias obras anteriores, exhibidas para mostrar su experimentado conocimiento en el tratamiento de la materia que se proponía en la ocasión desarrollar; o mechaban citas elogiosas a sus trabajos de otras autoridades científicas, literarias o periodísticas. Así, por caso, es el propio Quesada el que subraya la excepcionalidad de **La Época de Rosas** en la “advertencia” de 1923 que abre la reedición de jubileo que el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras lleva a cabo para homenajear el cuarto de siglo de su aparición:

Fue entonces cuando apareció este libro, fruto maduro de una larga serie de estudios monográficos y amplísimamente documentados, publicados en nuestras revistas más acreditadas, desde años atrás: tuvo por objeto trazar una síntesis de la época de Rosas y juzgarla objetivamente con arreglo al novísimo criterio histórico (...) Hoy, en las diversas formas de la opinión nacional, la orientación es visiblemente la del nuevo criterio, polo opuesto del esbozado antes como característico del momento en que se publicó el libro. Así, el lamentado escritor argentino, Juan Agustín García, ha dicho —en **Sobre nuestra incultura** (B.A. 1922): “E.Q., en su **Época de Rosas**, es sintético y, además, es sobrio y claro; percibió el significado de esa dictadura en nuestra evolución histórica, en una forma que parece ser definitiva”; y el conocido pensador estadounidense, Leo S. Rowe, actual director de la Unión Panamericana, a su vez ha declarado —en **The federal system of the Argentine Republic** (Washington, 1921), que “en la manera de encarar ese período de la historia argentina, hay que reconocer lo que se debe a la obra admirable de Q.”. Esos dos recientes y autorizados juicios, formulados coetáneamente en los dos extremos del continente americano, explican porque el contenido del presente libro aparecerá hoy al lector casi como un truismo conservador, cuando, en su primera edición, fue considerado como una audacia revolucionaria.¹⁸

Tan impudorosos juicios favorables a su propia obra aparecían atenuados en su carga subjetiva porque, precisamente, también en su formulación Quesada se servía del mismo cuidadoso apego a las fuentes —en el caso recién presentado, las citas de García y de Rowe— con que encaraba habitualmente sus labores científicas.

Por lo dicho hasta aquí, entonces, la amplitud del abanico de temas que Quesada aborda a lo largo de su obra debe entenderse dentro de un cuadro en el cual la apetencia, de pretensiones siempre científicas, por desarrollar accesos ampliamente documentados a nuevos territorios del saber, configura el mecanismo por excelencia que gobierna su producción. Ese impulso, que, tal como hemos visto, su padre —aquella figura de influencia “casi todopoderosa”—ha logrado exitosamente modelar ya en

su temprana juventud, se construye a partir de la separación de la ciencia del ejercicio directo que otros varios colegas y amigos de la elite hacen de la política.¹⁹ Y sin embargo, la intimidad que Quesada ha tenido desde siempre con esos círculos sociales tan cercanos al poder complejiza esa separación tan pretendidamente neta entre ciencia y política, y ello por varias razones. En primer lugar, pocas figuras como la suya supieron encarnar tan asiduamente un rol que los elencos gobernantes de la república conservadora solicitaron a menudo: el del especialista que desarrolla una misión o investigación particular destinada a producir un saber provechoso para el entramado de las instituciones culturales y políticas del Estado.²⁰ Reiteremos aquí la mención, a título de ejemplo, del pedido de un informe del ministro de Roca Osvaldo Magnasco en torno al problema de la reincidencia en materia de delitos que Quesada, tras cuidadosa pesquisa, consuma y acaba devolviendo en forma de libro. Hay asimismo que computar en este renglón el también mencionado volumen sobre la enseñanza de la historia en las universidades alemanas —prohijado en un viaje en el que Quesada recibe también sendos pedidos de información de parte de los Ministerios de Interior y de Relaciones Exteriores—, tanto como uno análogo que había desarrollado unos años antes a partir de la solicitud de un informe sobre el nuevo plan de estudios de la carrera de derecho en París, requerido con el fin de contar con un material relevante para la reforma de la estratégica Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires.²¹ En definitiva, esos y otros

19 Un movimiento análogo era entonces encabezado por su compañero de promoción Rodolfo Rivarola en su **Revista Argentina de Ciencias Políticas**. Esta iniciativa, que tuvo vida entre 1910 y 1928, buscaba fundar un análisis científico de la política en la separación entre su estudio y su práctica. Ya en 1904 Rivarola señalaba, en su **Partidos. Unitario y Federal**, que “la división del trabajo social impone a unos la observación y reflexión; a otros la acción”. Cfr. Jorge Myers, “La ciencia política argentina y la cuestión de los partidos políticos: discusiones en la **Revista Argentina de Ciencias Políticas** (1904-1916)”, en Darío Roldán (comp.), **Crear la democracia. La Revista Argentina de Ciencias Políticas y el debate en torno a la República Verdadera**, Buenos Aires, FCE, 2006 (la cita de Rivarola es reproducida en p. 107). Como dicen sin embargo el propio Myers y otros estudios de ese mismo libro, esa voluntad científica no reprimía en la revista un punto de vista normativo acerca de la política (no meramente “lo que era”, sino lo que “debía ser”), y así ese órgano intelectual pudo constituirse en una importante tribuna de opinión sobre una miríada de problemas que concurren en el momento de pasaje de la “república posible” a la “república verdadera”.

20 También en el ejercicio de funciones de ese tipo Quesada continuaba el camino transitado por su padre: Vicente Quesada, en efecto, cumplió en sus repetidos viajes y estancias en el exterior diversas tareas para el Estado argentino, entre las que pueden señalarse el relevamiento del funcionamiento de las bibliotecas públicas de varios países que coronó en la publicación del libro **Las bibliotecas europeas y algunas de la América Latina**, en 1878, o la búsqueda de documentación histórica que permitiese zanjar favorablemente para la Argentina cuestiones de disputas territoriales con países limítrofes. Al respecto, ver P. Buchbinder, “Los Quesada en Europa...”, *op. cit.*

21 Cfr. Ernesto Quesada, **La Facultad de Derecho de París: estado actual de su enseñanza**, Buenos Aires, Coni, 1906. Señalemos de paso que resulta significativo comprobar nuevamente que, para ese nacionalista cultural que en otros órdenes era Quesada, la educación superior debía insertarse necesariamente en una dinámica de vínculos transnacionales (en los cuáles incluía su informe). Al respecto, así concluía la “advertencia” que encabezaba el libro: “cada pueblo tiene cualidades y defectos que hacen que sea imposible, sino peligrosa, toda imitación servil; pero, si es verdad que debe conservarse la propia personalidad, no lo es menos que, en materia de instrucción, nada se circunscribe a un interés simplemente nacional,

cal science association de Baltimore, de The Hispanic society of America, de Nueva York, de la Internationale Vereinigung für Rechts und Wirtschaftsphilosophie de Berlín y de la Société des Americanistes de París.

18 **La Época de Rosas**, *op. cit.*, pp. 1-3.

casos demuestran que, si Quesada prefería para sí el lugar del científico social, e incluso podía eventualmente mostrarse irónico o desconfiado frente a la elite política, no despreciaba en absoluto la posibilidad de que sus destrezas y saberes se utilicen y se traduzcan en efectos de poder.²²

Una segunda dimensión de su relación de distancia y a la vez de proximidad respecto de los circuitos de poder se expresa en lo que podemos denominar sus *prácticas científicas de elite*. A la par de la modernización de las instituciones de educación superior que propugnaba —en función del desarrollo de un conjunto de reglas meritocráticas transparentes y eficaces capaces de dar a luz un cuerpo de investigadores de excelencia—, Quesada no sólo no ocultaba sino que exhibía orgullosamente toda una serie de contactos derivados de su pertenencia a los estratos sociales de mayor abolengo que le había facilitado sus tareas de investigación. Así, fue él mismo quien dio a publicidad que su mejor y más profundo conocimiento de “la época de Rosas” brotaba de su trabajo en el rico archivo del general rosista Ángel Pacheco, al que había logrado acceder a partir de su matrimonio con una nieta de éste; como también gustaba mencionar, a modo de hecho que reforzaba su autoridad en la materia, la entrevista que cuando adolescente, en uno de sus viajes por Europa en compañía de su padre, había tenido en Inglaterra con el propio Rosas. Asimismo, ya en su vejez podía referir, desde su finca suiza en la que encontraría la muerte, numerosas anécdotas de las últimas décadas del siglo XIX vinculadas a la retención en manos privadas de documentos históricos por parte de personalidades de la elite que le eran próximas:

Recuerdo un hecho curioso: en una sesión de la Junta de Historia el gobierno nos comunicó una ley recién sancionada, para publicar las actas secretas de determinado Congreso, pero agregando que los documentos no se encontraban; se nombró una comisión que buscara los originales, y se comprobó que no se encontraban en parte alguna. Ahora bien, yo sabía que se hallaban en poder de un ex gobernador, quien me los había mostrado bajo palabra de reserva, de modo que no podía develar el misterio; tuve que limitarme a afirmar que la documentación existía (...) Otra vez, el nieto de un personaje me mostró en su caja de hierro, una serie de documentos reservados

que su abuelo no había dejado en el ministerio, porque afectaban cierta reputación; mi consejo fue que dado el tiempo transcurrido, debían publicarse, devolviendo al Archivo los originales, y la lujosa publicación se hizo (...) Otra vez, un amigo —que posee una excelente colección de libros y papeles— me mostró un regalo que le habían hecho, exigiéndome análoga reserva: era un ejemplar auténtico del Acuerdo de San Nicolás, con la firma de todos los gobernantes de 1852...²³

Aunque en esos relatos Quesada guarda cuidado en no incluirse entre quienes habían incurrido en acciones semejantes, no parece osado conjeturar que, en esa época auroral de las instituciones estatales en la que los archivos públicos, gestionados por la elite, se confundían con los privados, el afán de acumulación que gobernaba el fabuloso ritmo de crecimiento de la biblioteca de los Quesada —primero a cargo de Vicente y luego de Ernesto— los haya conducido a ser también partícipes de prácticas de ese tinte.²⁴

Finalmente, un registro muy distinto, el puramente textual, permite apreciar que tampoco allí la separación entre ciencia y política llegó a consumarse en Quesada acabadamente. La hipótesis de lectura de su obra que hemos venido desarrollando subraya que la incursión de este autor en un conjunto de áreas temáticas novedosas y de indudables conexiones con lo político —como el marxismo y el feminismo—, debe entenderse en el marco de una estrategia de construcción de su figura como autoridad científica eximia en la que la recepción y presentación docta y ecuaníme de nuevos saberes cumple un papel de primer orden. Y no obstante ello, y como difícilmente podía ser de otra manera, el pasaje pretendidamente aséptico por esos campos de saber no sobrevino sin dejar huellas. Tal lo que sucede por caso con el marxismo, cuya impronta, luego de la recepción erudita que Quesada le dedica en textos del segundo lustro del siglo XX, reaparece inadvertidamente en obras posteriores. Así, en el texto “La evolución social argentina”, que escribe en 1911 para una revista académica norteamericana y que luego incluye en la reedición de *La Época de Rosas* de 1923, el conflicto histórico entre unitarios y federales es interpretado desde un enfoque que apenas disimula una clave de lucha de clases. Tiempo después, en una

porque los errores de los unos pueden constituir una enseñanza para los otros, y los sistemas no se juzgan sino ensayándolos, de modo que la gran experiencia de todos se compone de las experiencias menudas de cada uno” (pp. 5-6). Esa coexistencia en Quesada de un nacionalismo cultural y un “cosmopolitismo académico” fue señalada ya por Fernando Devoto en su *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006 (primera reimpresión corregida), p. 30.

22 Quesada se mostraba ciertamente interesado en las prolongaciones en instituciones y en políticas públicas de las nuevas disciplinas científicas que dominaba y que buscaba promover en la universidad. Especialmente de la sociología —que lo tuvo como uno de sus entusiastas promotores iniciales—, lo seducía “su influencia práctica en la política social y en la solución de los problemas que deben preocupar a los estadistas” (E. Quesada, “La sociología, carácter científico de su enseñanza”, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Vol. III, 1905, p. 240, cit. en O. Terán, “Ernesto Quesada: sociología y modernidad”, en *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*, Buenos Aires, FCE, 2000, p. 219).

23 Ver estos dichos en la entrevista de Humberto Vázquez-Machado “Ernesto Quesada: su vida y su pensamiento actuales”, en *Nosotros*, año XVI, julio de 1932, n° 278, pp. 236-237.

24 Sobre el atesoramiento y uso privado de documentos históricos en los albores de la historiografía en la segunda mitad del siglo XIX, Cfr. Pablo Buchbinder, “Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Tercera serie, n° 13, Buenos Aires, 1996. El anterior señalamiento no busca negar que Vicente Quesada, en colaboración de su entonces muy joven hijo Ernesto, comandó durante la década de 1870 un ensayo de modernización de la Biblioteca Pública de la Provincia —luego transformada en Biblioteca Nacional—, a la postre poco exitoso. No obstante, tal como muestra Buchbinder, en esa época de instituciones todavía endeble una figura como la de Bartolomé Mitre, aun propendiendo a la modernización tanto del Estado como de los estudios históricos, podía optar desde el sillón presidencial por desestimar la compra estatal de alguna valiosa colección, aduciendo falta de fondos, al tiempo que ofrecía dinero propio para su adquisición privada.

conferencia dictada en la Universidad Nacional de Córdoba en la que repasa la evolución histórico-social del derecho conforme al método spengleriano, no dudaba en afirmar:

Cada derecho es la expresión de una clase social determinada, si bien se dicta en nombre de la comunidad. El ironista francés Anatole France ha dicho que nuestro derecho, en igualdad majestuosa, prohíbe a ricos y pobres robar pan y pedir limosna en las esquinas de las calles....Con eso ha marcado a fuego el derecho de clase en la sociedad: eso explica que el marxismo doctrinario busque manifiestamente en la lucha de clases llegar a la fórmula de un derecho propio, también de clase!²⁵

Otro tanto ocurría con el feminismo: también el tratamiento directo que Quesada le había dispensado desde una óptica científica, repicaba en ciertos puntos de vista que asumía al pasar y que estaban lejos de ser valorativamente neutros. Así, en la misma conferencia en Córdoba podía señalar:

Nuestro ciclo, que tanto se alaba a sí mismo, tiene toda su legislación basada en el sexo masculino, quien por la sencilla razón del *quia nominor leo* ha decretado que el sexo femenino es rotundamente incapaz o de capacidad restringida, y lo somete a perpetua tutela, cercenándole el ejercicio de sus facultades y demostrando así que, en tal materia, no existe ni libertad, ni igualdad ni fraternidad.²⁶

En materia textual, entonces, el ante todo científico que era Quesada a menudo insertaba, en sus extensamente fundadas exposiciones, contundentes opiniones que no solicitaban validación empírica ni contralores de otra especie. En los pliegues de sus minuciosas investigaciones respaldadas en la ciencia no titubeaba en soltar juicios que a nuestros ojos pueden incluso sonar arbitrarios. Con todo, esas fugaces aseveraciones dejaban intocada la percepción general que se tenía de Quesada: la del notable erudito, esa imagen que había sabido labrarse a lo largo de toda su vida. En ese sentido, cabe decir que su vocación irrefrenable por conquistar nuevas parcelas de las más diversas áreas del saber lo colocan como una suerte de iluminista tardío, tanto por la confianza que exhibía en el avance progresivo del conocimiento como por el afán enciclopédico que lo embargaba sin cesar. No por casualidad sus más persistentes intereses eran aquellos que le proveían paradigmas que lo autorizaban a avanzar orga-

nizadamente sobre nuevos territorios de saber. Por empezar, la sociología, esa “ciencia filosófica” capaz de cumplir el papel de disciplina totalizadora, y, dentro de ella, Spencer, “el más grande monumento filosófico de la segunda mitad del siglo XIX”, cuyas doctrinas sociológicas ofrecían un mirador desde el cual iluminar un espectro de fenómenos que iban de las leyes de evolución histórico-social de la humanidad a la conducta psicológica de los hombres.²⁷ Pero también su fascinación de los años ‘20 por el “enfoque relativista” de Spengler se comprende con arreglo a lo que su método de “morfología comparada” habilitaba en tanto dispositivo de indagación de la pluralidad de instancias sociales que componen el conjunto de “ciclos culturales” del pasado.²⁸ Spengler resultaba así funcional a ese espíritu *tardoiluminista* que gustaba aventurarse en las más distantes y diversas canteras históricas y sociales. En rigor, para Quesada el pensador alemán oficiaba una suerte de relevo de Spencer en tanto figura que, munido de un método renovador que expresaba el clima de época de posguerra —la perspectiva relativista—, permitía alumbrar, como lo había hecho el inglés unas décadas antes, el conjunto de la experiencia humana pasada.²⁹

En definitiva, entonces, ¿cómo interpretar ese impulso de Quesada por acumular ininterrumpidamente credenciales culturales? ¿Qué efectos tuvo en su itinerario intelectual el cultivo incesante de ese perfil público de eminente profesor y sabio erudito? Podemos concluir de esta aproximación que la modernidad de Quesada no estuvo dada meramente por los temas que con curiosa avidez frecuentó, sino también por la temprana percepción que pareció tener de las transformaciones del campo intelectual que emergía en las décadas en que desarrolló su actividad. Proveniente de círculos sociales que le aseguraban un haz de relaciones que a un joven de su talento, nivel educativo y perseverancia le abría

27 O. Terán, “Ernesto Quesada: sociología y modernidad”, *op. cit.*, pp. 216-219.

28 “La novísima sociología (...) sostiene que lo que ha existido y existe son agrupaciones culturales, que se han desenvuelto y desenvuelven palingénicamente con arreglo a las modalidades de lugar y momento, constituyendo verdaderos organismos metafísicos más o menos extensos y de duración desigual, pero cada uno de los cuales forma un verdadero ciclo cultural (...) Lo que cada ciclo ha realizado es, pues, lo que debe estudiarse, apreciándolo objetivamente con su propio criterio relativo y caracterizando todas las formas sociales que sean indudablemente típicas: verdaderos símbolos del alma del mismo. Este estudio del pasado, en semejante forma, se encuentra en sus comienzos, pero hay ya material suficiente para poder comparar los fenómenos simbólicos de un cierto número de tales ciclos, pues 8 de éstos, por lo menos, han sido objeto de estudios detenidos. Esa comparación morfológica permite darnos cuenta de como cada uno de aquellos ha encarado los problemas sociales, desde las costumbres e instituciones hasta las ideas y las creencias, a fin de comparar con ello lo que nuestro propio ciclo cultural realiza (...) A medida que las disciplinas auxiliares de la sociología vayan depurando los materiales relativos a los diversos ciclos, aumentarán los elementos de juicio para la morfología comparada...” V. E. Quesada, *La evolución sociológica del derecho según la doctrina spengleriana*, *op. cit.*, pp. 5-7.

29 “Spengler, en efecto, es el gran pensador de este primer tercio del siglo XX y remodela actualmente los conocimientos humanos en las disciplinas morales, filosóficas e históricas, aplicando a las mismas la orientación metodológica relativista de las ciencias fisiconaturales, formulada por Einstein; exactamente como, a mediados del siglo XIX, Herbert Spencer hizo otro tanto introduciendo en aquellas disciplinas la doctrina evolutiva que Darwin estableciera en las ciencias biológicas”. V. Quesada, “Spengler en el movimiento intelectual contemporáneo”, en *Humanidades*, tomo XII, Facultad de Humanidades y Ciencias de Educación de la Universidad Nacional de La Plata, 1926, p. 31.

25 E. Quesada, *La evolución sociológica del derecho según la doctrina spengleriana*, Alfredo Pereyra ed., Córdoba, 1924 (2da. edición), p. 16 (ver también referencias al derecho como “derecho de clase” en pp. 42 y 47).

26 *Ibidem*, p. 17. En otra conferencia sobre la obra de Spengler en la Universidad de La Plata, puesto a presentar y llenar de elogios el segundo tomo de *La Decadencia de Occidente* al que había accedido en Europa casi antes que nadie —cuando el libro aún estaba en imprenta—, Quesada se permitía sin embargo el siguiente matiz crítico precisamente a propósito de la cuestión femenina: “si algún reproche puede hacerse al tomo II es el de no haberse ocupado de otros fenómenos sociales, además de los estudiados, pues ha dejado sin tratar el de la familia, con sus problemas de la monogamia, poligamia, polandria y otras formas matrimoniales, además del problema sexual y el de la situación de la mujer”. V. E. Quesada, *La faz definitiva de la sociología spengleriana*, La Plata, 1923, p. 18.

diversos caminos y posibilidades de proyección, Quesada parece no obstante haber tomado nota de la progresiva erosión de la autoridad y prestigio de la esfera social en que había crecido, y de la necesidad de construir formas de legitimación alternativas a las otorgadas por su pertenencia a la elite. De allí acaso su afición por la conquista y exhibición de capital simbólico, que en ese mundo en mutación que era el de esa sociedad aluvial se revelaba cada vez más como un modo tanto más eficaz para quien pretendiera construir una posición intelectual que la mera adscripción o relaciones vinculadas a los circuitos sociales de mayor abolengo.³⁰ Un ejemplo de ello es el respeto y la consideración que por su figura tenía la revista **Nosotros**, una publicación en la que Quesada colaboraba asiduamente y que expresaba, en su apertura a nuevos temas y autores, un momento de transición entre las publicaciones de la elite y las de nuevas franjas sociales que aspiraban a disputar el campo intelectual.³¹ Pero más significativa aún resulta la mirada positiva que tenían de él ciertos espacios enrolados en la “nueva generación” que surge en la estela de la Reforma Universitaria de 1918. Algunos integrantes de esos círculos, que gustaban autorrepresentarse en términos de virulenta ruptura con los estratos sociales de los que Quesada provenía, podían no obstante profesar por él aprecio o cuanto menos interés. A que ello ocurra colaboró el sesgo americanista y aun antiimperialista que nuestro autor pudo desplegar, sobre todo en la década de 1920. Pero esas eventuales complicidades operaban sobre una base en la que el espesor del capital cultural poseído por Quesada era motivo de admiración.

Ciertamente, como hemos sugerido ya, la recepción de Spengler realizada por Quesada parece haber sido un nudo crucial en esa relación de empatía establecida con algunos núcleos de la nueva

generación. Los cursos y conferencias de los años '20 que dedicó a la doctrina del pensador alemán, en los que se mostraba como la más versada autoridad sobre la materia, concitaron una importante atención de parte de un nutrido público juvenil que, sino participaba directamente en las alternativas de la Reforma, al menos debía simpatizar con su causa. No casualmente algunas de esas conferencias tuvieron lugar en dos universidades que se habían visto particularmente afectadas por el proceso reformista, las de Córdoba y La Plata. Podemos rastrear algunas marcas textuales en las que esos vínculos se muestran más explícitamente. En una edición de **Valoraciones**, la revista platense dirigida primero por Carlos Américo Amaya y luego por Alejandro Korn —firmemente embanderada, desde un marco filosófico antipositivista, con la causa de la reforma y las orientaciones de la nueva generación—, Quesada participa de un *dossier* especial dedicado a revisitar a Kant. Su contribución de esa ocasión, titulada “Kant y Spengler”, se inicia señalando que el cotejo entre ambos pensadores que se proponía desarrollar surgía de un pedido directo de la dirección de la revista (un hecho que revela la favorable impresión que ella le reservaba).³² En otra ocasión, al inicio de la ya referida conferencia sobre la evolución del derecho según la doctrina spengleriana dictada en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Córdoba, señala que su presencia en esa casa de estudios se debía a una sugerencia de Raúl Orgaz, titular entonces de la cátedra de sociología de esa facultad y antiguo integrante del grupo cordobés promotor de la Reforma.³³ En suma, al constituirse en reconocida autoridad sobre Spengler, Quesada parecía profundizar el respeto y la admiración que, a diferencia de lo ocurrido con otras figuras provenientes de la vieja elite, podían profesarle algunos círculos de las generaciones más jóvenes.

Todavía más: en el surco abierto por la Reforma surgida en Córdoba en 1918, Quesada pudo observar cómo el arco de simpatías del que era objeto se extendía a algunos miembros significativos de las nuevas generaciones latinoamericanas. Por caso, en la segunda mitad de la década del '20 mantuvo correspondencia con Víctor Raúl Haya de la Torre y con José Carlos Mariátegui, esas dos figuras cumbre de la joven generación peruana que por entonces, en inagotable actividad intelectual y política, buscaban aclimatar el marxismo a las realidades del continente. Haya, que vivía exiliado en Berlín en el mismo momento en que se inauguraba el Instituto Iberoamericano de esa ciudad surgido a partir de la donación de la biblioteca de Quesada, dedicó a esta iniciativa encomiásticos artículos.³⁴ Mariátegui, por su parte, envió

30 Cfr. al respecto el penetrante artículo de Leandro Losada “La alta sociedad, el mundo de la cultura y la modernización en la Buenos Aires del cambio del siglo XIX al XX”, **Anuario de Estudios Americanos**, 63, 2, Sevilla, 2006. Cabe agregar que Quesada privilegió la adquisición de capital simbólico por sobre la otra modalidad “moderna” de consagración: la ofrecida por el mercado. La publicación de extensos volúmenes sobre temas que contaban naturalmente con un campo potencial de lectores muy acotado —piénsese por ejemplo en el libro de más de 800 páginas sobre **La legislación inmobiliaria tunecina** que edita en 1915—, así como el hecho de que muchos de sus textos fueran enviados por él mismo a una gran cantidad de correspondientes o repartidos por circuitos de distribución gratuitos, son facetas reveladoras de que a Quesada le importaba más la apreciación pública de sus calidades de sabio intelectual capaz de acometer sesudamente temas doctos, que la aprobación cuantitativa e indiferenciada que podía suponer una eventual venta de sus obras en el mercado. Por lo demás, quitando una porción de sus textos históricos, reimpresos décadas después por iniciativas vinculadas al revisionismo histórico, y algún otro volumen más, la gran mayoría de sus más de 150 libros no conoció nuevas ediciones.

31 Un suelto de la sección “Crónica”, en 1932, brinda testimonio de esa admiración: “Con motivo de cumplir el próximo 1 de junio 75 años de edad, el Dr. Ernesto Quesada, tan estrechamente vinculado a la vida universitaria alemana, será objeto de un gran homenaje organizado por los círculos académicos y universitarios del Reich (...) **Nosotros** ha de contribuir oportunamente a este homenaje a quien fue uno de sus más antiguos amigos y colaboradores, y maestro de varias generaciones”. Y a continuación se reproducía una carta de un argentino-alemán que salía al cruce de las críticas que había recibido Quesada por la donación final de su biblioteca al estado alemán detallando las condiciones inmejorables de cuidado y conservación de ese acervo que constituía ahora “un importantísimo centro de cultura argentina y latinoamericana”. Cfr. “La Biblioteca Quesada en Berlín. La Academia de Ciencias de Córdoba”, en **Nosotros**, año XXV, n° 283, 1932, p. 341.

32 E. Quesada, “Kant y Spengler”, **Valoraciones**, n° 4, agosto-septiembre de 1924, p. 14.

33 E. Quesada, **La evolución sociológica del derecho según la doctrina spengleriana**, op. cit., p. 3.

34 “Latinoamericanista de veras, el doctor Quesada fue siempre admirador y amigo del ilustre José Ingenieros, considerado el verdadero maestro de la nueva generación de la América Latina. Esta relación personal y espiritual entre Ingenieros y el profesor Quesada, no sólo tiene el significado de afiliar al donante de la nueva biblioteca latinoamericana de Berlín entre los verdaderos representantes de la joven intelectualidad de nuestros pueblos, sino que da al presente, el prestigio de una efectiva contribución a los propósitos de acercamiento entre la América Latina y Europa”. Cfr., V. R. Haya de la Torre, “Una Gran Biblioteca Latinoamericana en

al ilustre profesor argentino un ejemplar de su primer libro, **La Escena Contemporánea**, hecho que motivó una elogiosa carta de respuesta de Quesada en la que saludaba el inquieto espíritu de ese hombre que desde el Perú se atrevía a reconstruir con trazo preciso las novedades que sacudían el ajetreado mundo de esos días, al tiempo que retribuía el gesto enviándole su flamante “Spengler en el movimiento intelectual contemporáneo”.³⁵

Todo ello no debe conducir a equívocos: si Quesada podía mantener una mesurada simpatía respecto a las jóvenes generaciones del continente, lo que de veras le interesaba de ellas no era el curso político que pudieran darle a la Reforma, sino, nuevamente, los accesos a parcelas de saber que propiciaban y que entonces concitaban su atención. Así, el libro de Mariátegui le resulta atractivo por lo que producía de conocimiento nuevo sobre ése su mundo contemporáneo; y el interés adicional que tanto él como Haya de la Torre podían generarle provenía en parte de sus aproximaciones de los años '20 a los estudios arqueológicos y antropológicos sobre las sociedades indígenas americanas,³⁶ que podían encontrar resonancias en las diversas modulaciones sobre el “problema del indio” que aquellas dos figuras peruanas desarrollaban en esos años. En rigor, ya entre los mismos interlocutores contemporáneos de Quesada podían sobrevenir malentendidos en torno a las implicancias políticas que en apariencia podían derivarse de los nuevos intereses del distinguido profesor argentino. Así, cuando en 1932 el boliviano Humberto Vázquez-Machado le hace un extenso reportaje en Suiza (publicado luego en **Nosotros**), le pregunta insistentemente, en tres oportunidades, si su creencia en la próxima emergencia de un ciclo cultural americano de carácter indianista no se continuaba en el apoyo al programa aprista que, a su juicio, proponía entonces, de la mano de Haya de la Torre, la opción política y cultural de tinte americanista más relevante a nivel continental. Las respuestas de Quesada, que parece hacer un esfuerzo por no defraudar del todo el entusiasmo de su entrevistador, a través de

un largo rodeo sobre ese “problema sociológico” eluden brindar una respuesta contundente, pero de todos modos no dejan de mostrar distancia respecto del proyecto sobre el que se le pide opinión:

El problema indiano es hoy, por más que muchos se empeñen en no considerarlo así, una de las más prominentes preocupaciones latinoamericanas. He tratado otra vez —en mi discurso inaugural del XXIV Congreso Internacional de Americanistas en Hamburgo, en 1930 (Die Indianerfrage im Weltteil Amerika, B.A., 1931)—, de poner esta cuestión a la orden del día en Europa (...) Estimo rendidamente las condiciones intelectuales de Haya de la Torre, cuya amistad con Ingenieros fue entre nosotros vínculo común (...) No sé si por haber intimado aquel después más con Alfonso Goldschmidt, se inclinó sin embargo a las tendencias soviéticas más que a las del comunismo incásico precolombino, y no estoy bastante interiorizado en la última campaña política peruana para darme cuenta del carácter de su ordenación doctrinaria actual...³⁷

Vemos entonces, sobre el filo del final de la vida de este prominente hombre letrado, como en ese mundo convulsionado al que le toca asistir subsiste esa separación entre ciencia y política que, aun con los matices que hemos señalado en este artículo, rigió su entera biografía intelectual. Y es que llegados a este punto no resulta aventurado concluir que esa “cultura científica” de las décadas del cambio de siglo —tan convincentemente reconstruida por Oscar Terán— tuvo en la figura de Ernesto Quesada su más caracterizada cristalización.

Berlín”, en **Guía Anglo-Sudamericana. Revista mensual de propaganda entre las Repúblicas Americanas y sus Madres Patrias**, Vol. XI, n° 121, Londres, abril de 1930.

35 Escribía Quesada en esa epístola: “he leído [su libro] con verdadero fervor, por interesarme conocer como encaraba U. las múltiples cuestiones del escenario mundial en el presente cuarto de hora de la historia. Con sumo placer he visto que su información copiosa y de buena fuente, ha penetrado a lo hondo del problema del fascismo y de la manifestación cesarista de Mussolini; cuestión que, del punto de vista doctrinario, Spengler había predicho en su soberbia **Decadencia de Occidente** (...) Todo su libro, en una palabra, merece sincera felicitación y ha condensado, como en un foco, el movimiento caleidoscópico del presente”. Cfr. la carta de E. Quesada a J. C. Mariátegui, Buenos Aires, 2 de octubre de 1926, en **Mariátegui Total**, t. I, Lima, Amauta, 1994, pp. 1796-1797.

36 Ese interés de Quesada por las formaciones sociales indígenas del continente respondía a una causa mixta pero entrelazada: por un lado, a las propias investigaciones de carácter científico sobre esas culturas de su segunda esposa, la alemana Leonore Deiters; por otro, a que, como diría repetidas veces desde el comienzo de su recepción de Spengler, en 1921, el método de morfología comparada de las sociedades humanas del pasado desarrollado por el pensador alemán adolecía de una grave ausencia: precisamente la de la consideración del ciclo cultural precolombino americano. Al iluminar esa falla del por lo demás admirable sistema spengleriano, señalando la falta de un tema que gozaba de un público creciente entre las nuevas generaciones del continente, Quesada reforzaba su posición de autoridad intelectual indiscutida sobre el esquema histórico-social propuesto por Spengler.

37 Humberto Vázquez-Machado, “Ernesto Quesada: su vida y su pensamiento actual”, *op. cit.*, pp. 222-225.

Resumen

Este artículo presenta una hipótesis general sobre el itinerario intelectual de Ernesto Quesada según la cual el rasgo que gobierna su producción, y que permite encuadrar su interés por temas como el feminismo o el marxismo, es el de un acceso en clave científica y erudita a una inmensa gama de fenómenos sociales, políticos y culturales. Quesada busca construir así un perfil diferenciado respecto de otras figuras de la generación del '80 que le permitirá relegitimarse una vez que la elite dirigente de la república conservadora entre en crisis, y así gozar de buena reputación por parte de al menos una porción de la nueva generación intelectual emergente en la década de 1920.

Palabras clave

Capital cultural, Cultura científica, Generación del '80.

Abstract

This article presents a general hypothesis about the intellectual string that governs Ernesto Quesada's production, allowing us to classify his interest by subjects such as feminism and Marxism, and thus giving way —scientifically and farcically— to an immense range of social, political and cultural phenomena. Quesada seeks to build a differentiated profile about other figures of the 80s generation which will allow him to relegate once the governing elite of the conservative republic goes into crisis, which will, in turn, let him to enjoy a good reputation among at least a portion of the new, emerging intellectual generation of the 1920s.

Keywords

Cultural capital, Scientific culture, 80s generation.

Sociología e investigación social en la obra de Ernesto Quesada. Algunas reflexiones sobre la repercusión internacional de sus ideas y el desarrollo de las ciencias sociales en Argentina*

Diego Ezequiel Pereyra

Introducción

Ernesto Quesada (1858- 1934) fue uno de los intelectuales argentinos más destacados del período que se extendió entre el último cuarto del siglo XIX y las primeras tres décadas del siglo pasado. Su prolífica obra (más de 600 títulos entre libros, artículos, folletos, discursos y artículos periodísticos) refleja una particular ubicación dentro del espacio cultural porteño por aquellos años y revela, al mismo tiempo, el estado de un campo en vías de institucionalización. La multiplicidad de sus cargos académicos (más algunas funciones burocráticas) y las diferentes facetas intelectuales asumidas en sus intervenciones públicas lo ubican como un protagonista privilegiado de un proceso que merece ser analizado.

Dado el nivel de su producción intelectual y la riqueza de sus intervenciones, resulta sorprendente que la preocupación por estudiar sus ideas y acciones se haya demorado hasta la actualidad. La extraña combinación de admiración, recelo y respeto que provocó su palabra en sus colegas y contemporáneos no tiene parangón con la escasa atención que su obra despertó en las décadas siguientes a su muerte. Si bien los historiadores suelen citar su nombre como un actor clave de la historia de las ciencias sociales entre 1890 y 1920, existe un severo desconocimiento de sus trabajos. No obstante, en los últimos quince años se puede observar una tendencia por redescubrir sus ideas y reflexionar sobre su rol intelectual.

Entre las referencias a la obra de Quesada, se puede ubicar, en primer lugar, una serie de trabajos pioneros. Bernard (1927) intentó situar su figura en el clima cultural de las ciencias sociales locales a principios del siglo XX. Por otra parte, Canter (1936) fue el primero en catalogar y analizar sistemáticamente su obra. En segundo lugar, hay un grupo de estudios que refieren esta obra como parte de la historia de la sociología en Argentina (Poviña, 1959; Marsal, 1963; Germani, 1968). En tercer lugar, un conjunto de artículos remiten a un esfuerzo de catalogación de

su producción intelectual sobre la base de los restos de su archivo y biblioteca personal (Liehr, 1983, Briesemeister, 1995).

Más recientemente, una serie de trabajos ha situado también la trayectoria intelectual de Quesada como un objeto propio de investigación. Así, se han analizado sus ideas sobre el criollismo (Rubione, comp. 1983). También se lo ha reconocido como un historiador que marcó líneas innovadoras en la historiografía argentina, siendo considerado un iniciador del revisionismo histórico (Pérez Amuchástegui, 1980, Zimmermann, 1993). Igualmente se ha examinado su asimilación crítica del historicismo alemán y su recepción de las ideas de Karl Lamprecht (Pyenson, 2002).

Por otro lado, se han reivindicado los aportes de Quesada en filosofía social, investigación sociológica y sociología histórica, y se ha analizado su papel como un intelectual positivista, agnóstico y progresista (Maresca, 1979; Blanco, 1995). También, se ha estudiado su acción como jurista y el sentido de sus fallos judiciales (Gómez Figoli, 1995). Por otra parte, se han estudiado en profundidad sus escritos buscando en ellos una clave para comprender el proceso de construcción de la idea de nación y la aparición de una visión moderna de las ciencias sociales locales (Terán, 1999; 2000). Además se han analizado sus lecturas de la obra de Marx y su participación en el debate sobre la interpretación del marxismo (Pereyra, 1999; Tarcus, 2007).

Sin embargo, a pesar del creciente reclamo por estudiar la vida y obra de Quesada, queda aún pendiente un estudio sistemático sobre su trayectoria intelectual. El análisis de su obra ha sido muy fragmentario e incompleto, quedando varios puntos por explorar. Sin pretender en absoluto cubrir esa expectativa, este artículo intenta introducir algunos puntos críticos de su producción e invitar a un debate sobre el rol de sus ideas en la institucionalización de la sociología en Argentina. A través de una reconstrucción de la trayectoria académica e intelectual de Que-

* Este artículo expone algunas reflexiones discutidas en el proyecto *Institucionalización y Profesionalización de la Sociología en Argentina. Un estudio de larga duración*, Comisión en Historia de la Sociología del Instituto de Investigaciones Sociológicas (IDIS), Consejo de Profesionales en Sociología (CPS) y la cátedra de "Historia Sociológica de la Sociología en Argentina", Carrera de Sociología, UBA. Asimismo, se retoman aquí algunas ideas presentadas anteriormente (Pereyra, 1998). Agradezco a Laura Fernández Cordero por su paciencia y estímulo, a Sol Denot por su compañerismo y a Lorena por revisar mis notas con mucho amor.

sada, se plantea una discusión sobre su perspectiva sociológica y su demanda por investigar científicamente la sociedad.

De este modo, el examen de sus textos servirá para comprender los núcleos temáticos y conceptuales básicos de una producción intelectual que buscaba situar a la sociología dentro del campo científico y a la sociedad argentina como el objeto de estudio privilegiado de esa disciplina. Se estudiará entonces cómo esas ideas pudieron haber contribuido al desarrollo de una tradición de investigación empírica en el país. Por otra parte, se prestará especial atención a la repercusión fuera del país de las ideas de Quesada (especialmente su polémica con Miguel Cané) y cómo ellas fueron valoradas en un contexto internacional donde la sociología se encontraba en un incipiente proceso de institucionalización.

En primer lugar, se realizará una brevísima reconstrucción biográfica de Quesada. En segundo lugar, se hará un análisis de las clases dictadas por Quesada, especialmente al frente de la cátedra de sociología en la Universidad de Buenos Aires (UBA). La base documental serán los programas de la materia, los textos basados en las clases y materiales de archivo; muchos de los cuales fueron utilizados en Pereyra (1998). Luego, en una tercera sección, se examinará el contenido y el significado de uno de los hechos más conocidos y citados de su labor académica: su primera clase como profesor titular de sociología en 1905, que representó una respuesta en términos de querrela académica frente a un discurso del decano saliente, Miguel Cané.

En cuarto lugar, se explorará la repercusión de esta polémica en ámbitos internacionales dedicados a la sociología, intentando comprender cómo el texto de Quesada se ajustaba plenamente al diagnóstico realizado por los sociólogos en Europa y Estados Unidos dentro de un campo de institucionalización emergente. En la siguiente parte, se intentará sistematizar las ideas sociológicas de Quesada, su visión de la investigación social y su rol pionero en el proceso de institucionalización de la sociología en Argentina. Por último, se ofrecerá una reflexión sobre el sentido de sus trabajos, la falta de reconocimiento de la obra sociológica de Quesada, además de examinar los puntos que pueden despertar el interés de futuros investigadores.

Ernesto Quesada. Examinando una trayectoria compleja y diversa

La obra de Quesada expresó todas las obsesiones y contradicciones de un largo recorrido biográfico. Nacido en 1858, su origen familiar influyó definitivamente en sus acciones e ideas. Su padre, Vicente Quesada, ex funcionario urquicista, tuvo un importante influjo en su carácter, estimulando tempranamente en él una personalidad curiosa, obsesiva e infatigable, y lo expuso a un escenario de viajes e intercambio cultural; lo que le permitió estudiar en París, Berlín y Leipzig, además de visitar las más variadas regiones. Estas travesías le posibilitaron un contacto directo con las obsesiones que lo acompañarían el resto de su vida: las lenguas clásicas, la observación de la vida urbana y el estudio de la organización universitaria.

Entre sus constantes recorridos, Quesada desarrolló diversas actividades intelectuales en Buenos Aires, que rápidamente lo encumbraron como uno de los jóvenes más brillantes de su generación. Se doctoró en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales (FDCS) de la universidad porteña en 1882. Su regreso al mundo académico fue más bien tardío. En 1904, fue nombrado profesor titular de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la UBA. Además, en 1906, se hizo cargo de la materia Economía Política en Universidad Nacional de La Plata. Luego, en 1909, realizó en Europa una serie de investigaciones sobre el sistema universitario y las condiciones de vida de la clase obrera (Quesada, 1909). Más tarde, Leo Rowe le pidió un estudio monográfico sobre Argentina, que se convirtió en uno de los textos más significativos de su producción, en el que describió (EQ, 1911) el proceso de modernización argentina y advirtió sobre la necesidad de estudiar estos cambios sociales desde el enfoque de la sociología.¹

En la década siguiente, una serie de sucesos marcó su trayectoria biográfica. Primero, el fallecimiento de su padre, en 1913, lo golpeó fuertemente. Más tarde, le fue negada una licencia judicial en su cargo de fiscal, lo que impidió que dictara un curso en Harvard. Por la misma época tuvo diversos altercados con las autoridades de la FFyL, que se sumaron a las amenazas de desplazo, desplantes y severas críticas dentro del espacio de la universidad. Sus discusiones y vehementes declaraciones no hicieron otra cosa que disminuir su apoyo institucional y aumentar sus conflictos dentro de la FFyL (Pereyra, 1998: 84-104).

Ya decidido a dejar la universidad, renunció en 1922. Los primeros pasos de su autoexilio académico fueron, por un lado, emigrar y, por otro, donar su biblioteca personal. Desde la muerte de su padre, Quesada había comenzado a realizar gestiones para venderle al estado argentino su biblioteca. Era sin duda una de las más grandes e importantes del país. Contaba con 25.000 volúmenes en 1909 (EQ, 1909), 50.000 en 1917 y 82.000 en 1922 (Liehr, 1983; Zimmermann, 1993: 40). Sus esfuerzos fueron inútiles pues los libros fueron finalmente donados al Instituto Iberoamericano de Berlín, para establecer allí "una Meca de la investigación sobre Latinoamérica en Europa" (Briesemeister 1995: 53).

Si bien, fue homenajeado por los estudiantes de la UBA en los meses siguientes, Quesada comenzaba a sentir como ajeno su pasado. Estos homenajes fueron más una cortesía protocolar que el reconocimiento a una trayectoria intelectual. Se ha afirmado (Quattrocchi Woisson, 1995: 311) que el pregonado ostracismo de Quesada poco tiene que ver con la realidad. Se explica así su viaje a Alemania por razones de elección personal y preferencia por los ámbitos académicos germanos. Sin embargo, existen diversos elementos en su biografía que permiten no compartir esta opinión. Luego de varios años al frente de los cursos, Quesada dejó la universidad agobiado por las numerosas frustraciones que se acumulaban por lo menos desde una década atrás.

¹ Para sintetizar, cada vez que se cite un texto de Quesada, se utilizará la referencia EQ.

Quesada viajó entonces a Alemania. En Berlín, fue nombrado profesor emérito con renta vitalicia. Allí, siguió produciendo textos sobre historia y relaciones internacionales. Viajó por América y Europa dictando conferencias y explorando regiones árticas. Pronto se retiró a descansar a Suiza donde murió el 7 de febrero de 1934. El sugestivo nombre de su casa, “Villa Olvido”, es un claro indicador del estado de ánimo de sus últimos años.

Las clases de sociología

La primera cátedra de sociología en el país había sido creada en 1898 en la FFyL, UBA. Pero ella estuvo vacante a partir de 1900, cuando el primer profesor suplente, Antonio Dellepiane, se había negado a continuar con el dictado de la materia. Esta situación comenzó a normalizarse cuando se nombró un nuevo profesor en 1904. Ese año fue un período conflictivo para la universidad porteña, ya que una huelga de docentes y estudiantes paralizaría las clases de la FDCS por varios meses. Dos de los temas implícitos del debate eran la inclusión de la enseñanza de sociología en el plan de estudios y la adopción del modelo *humboltiano* en la organización de la universidad (Pereyra, 1998: 49). Entonces, un grupo de alumnos de la FFyL solicitó al Consejo Directivo que se inicien las gestiones para nombrar un profesor y se dicte la materia. La facultad ya había designado una terna que integraban Quesada, José María Ramos Mejía y Juan A. García; por lo cual decidió impulsar el nombramiento del primero de ellos y comenzar las clases en el año siguiente (Levene, 1947: 126). Podría pensarse que esta designación sirvió para descomprimir la situación, ya que Quesada compartía los postulados de los huelguistas.

Quesada inauguró sus cursos el sábado 1 de abril de 1905 con una conferencia en la cual respondió las críticas a la sociología como ciencia expuestas en un discurso del decano saliente, Cané, tal como se analizará más adelante. La cifra de 65 asistentes a la primera clase y 42 inscriptos refieren indudablemente a una convocatoria inusual en una institución que tenía 100 estudiantes matriculados en aquel año. El suceso de los cursos se confirmó con la publicación de esas clases en la **Revista de la Universidad de Buenos Aires** y 9 resúmenes en el diario **El Tiempo** (Canter, 1936; Pereyra, 1998). La elección del medio no debió ser casual ya que Quesada había sido redactor y copropietario del periódico en la década de 1890 (Blanco, 1995).

El primer tema desarrollado por Quesada en el curso de 1905 estuvo referido a las doctrinas presociológicas, es decir, “el concepto de sociedad y de los fenómenos sociales desde la antigüedad hasta el comienzo del siglo XIX” (EQ, 1905a: 254). Más tarde dedicó sus clases a repasar diversas teorías sociológicas. Su primer objetivo era situar a cada uno de los autores dentro de un contexto socio-histórico. Primero se refirió a Comte, cuyas ideas no eran desconocidas en la universidad porteña y habían causado algo de alboroto en la FFyL.

Atento a esta problemática recepción local, Quesada intentó pensar el problema de la lectura de Comte fuera de Francia, especialmente frente a los lectores alemanes. Analizó así, minu-

ciosamente, la obra y las ideas del mentor de la “física social”, finalizando por criticar su noción de un individuo abstracto y su visión de la historia pues consideraba que si bien pretendió objetivar el hecho humano lo subordinó a una interpretación subjetiva (EQ, 1905b; 1910a). La preocupación de Quesada era señalar el nacimiento de la sociología como ciencia a partir de una crisis social e intelectual, fruto del desconcierto, el pesimismo y la nostalgia por no haber cumplido el anhelo de una sociedad organizada. Quesada argumentaba muy inteligentemente que la visión societal de Comte rechazaba la idea del contrato social. Puede pensarse entonces que esta idea de organización natural de la sociedad difícilmente sea conciliable con un orden político liberal, una tensión que abarcaría todo el proyecto de la sociología moderna.

Quesada dedicó más tarde una breve clase a las ideas de Stuart Mill. En ella señaló el contexto de marginalidad intelectual en el cual se hallaban de los primeros pensadores de la sociología. Puede interpretarse que, de este modo, quería explicar su propio lugar en la universidad porteña. Además, explicó que las preocupaciones sociológicas del filósofo inglés se articulaban tanto con la necesidad de establecer una lógica científica en los estudios sociales como con la pretensión de impulsar una reforma científica de la sociedad. Asimismo, el objetivo de la disertación era indicar la influencia del pensamiento de Mill en la obra de Marx (EQ, 1905c). Luego, se hacía referencia a la obra de Henry Buckle, quien según Quesada había tenido una influencia sociológica extraordinaria pues se había preocupado por estudiar la historia desde una perspectiva económica y utilizando el método estadístico (EQ, 1905d).

Las clases siguientes estuvieron dedicadas a Spencer (EQ, 1907^a). En ellas se describió la naturaleza científica del fenómeno social desde el punto de vista biológico. Tal como lo había hecho Dellepiane en su curso de 1899, Quesada discutió el tema de las analogías biológicas en la vida social, afirmando que el sociólogo inglés había cometido una serie de errores filosóficos y empíricos. Primero, acusó a Spencer de abusar del uso de fórmulas teóricas generales. Segundo, le recriminó su mirada subjetiva del mundo social. De este modo, concluyó que la teoría de Spencer, a diferencia de las ideas Stuart Mill, no era demasiado útil para pensar los fenómenos políticos y el rol necesario del estado para neutralizar los desequilibrios sociales. Resulta llamativo que, a lo largo de estas clases, se analizara la influencia femenina en la producción intelectual en cada uno de los autores enumerados.²

A partir de 1906, Quesada propuso una reorganización de la materia, aunque su éxito fue variable a lo largo del tiempo. En primer lugar, dividió el curso en clases teóricas durante la semana y un seminario de trabajos prácticos los sábados por la tarde, (que se desarrollaba generalmente en su domicilio particular) al que acudía un grupo reducido y (no siempre) entusiasta de estudiantes. En segundo término, Quesada propuso que el programa anual de la materia se estructurara sobre la base de una introducción histórica general muy breve y un repaso rápido de las principales teo-

2 Sobre este tema, ver el artículo de Sol Denot “Quesada y la recepción académica del feminismo: la cuestión femenina en la naciente Sociología”, en este mismo *dossier*.

rías sociológicas de entonces y luego se concentrara la atención en un tema único por año. El trabajo del seminario consistiría en la lectura y discusión de la biografía seleccionada y la escritura de una monografía final, que era criticada por el profesor y los estudiantes. Sin embargo, ese año no mostró muchos cambios, ya los temas fueron similares al curso de 1905, salvo la inclusión de los sociólogos alemanes y la discusión de la teoría de la raza. Esta revisión de diversas teorías se fue reduciendo hasta desaparecer en 1911. Desde entonces, el programa trató sobre una temática en particular.

El primer tema especial elegido para el curso fue el marxismo, que se discutió durante 1907. Este tema fue el único que se repitió, ya que esta teoría fue analizada nuevamente en 1911. Esta reiteración puede deberse muy probablemente, por un lado, a los ecos de la visita de Enrico Ferri a Buenos Aires y, por otro, a la resonancia de su polémica entre Quesada y Juan B. Justo, por lo que el primero se vio obligado a ajustar cuentas dentro de la facultad tras aquellas escaramuzas intelectuales. Debe recordarse que la divulgación y el debate en las aulas porteñas de la teoría marxista generaron una interesante disputa, entre intelectuales del campo político intelectual y profesores y alumnos situados en el campo académico, por la apropiación legítima de la cientificidad del discurso de Marx. Ella tuvo como epicentro una polémica entre Quesada y **La Vanguardia** en mayo de 1908, que expresaba una discusión más profunda sobre el lugar que cada uno de los actores participantes le asignaban a la ciencia y a la política como mecanismos de bienestar y progreso. Este debate fue analizado en otro lugar (Pereyra, 1999) y más recientemente Tarcus (2007: 474-486) ha estudiado el tema.

Luego del primer curso sobre Marx, Quesada organizó un seminario sobre la doctrina de la raza. De este modo, comentaba (EQ, 1910b: 983-984) la aparición de ciertos textos que afirmaban que la lucha de las razas constituía la explicación típica del desarrollo de los fenómenos sociales. En esta línea, el famoso libro de Gobineau sobre la desigualdad de las razas humanas no fue leído desinteresadamente en la universidad porteña. Así, Juan A. García incluyó también esta discusión en sus clases de sociología en la FCDS. En las aulas de una ciudad que recibía inmigrantes de diverso origen, la discusión sobre una teoría que condenaba la mezcla de razas no podía pasar desapercibida. La discusión sobre el concepto de raza aparecía en el momento del Centenario como un punto central en el debate sobre la nacionalidad (Zimmermann, 1995, Terán, 1999).

Sin embargo, la inclusión de esta temática en las clases de sociología tenía un sentido más amplio. Si bien, ello se puede situar en un contexto cultural particular, había otros factores intervinientes. De esta forma, por un lado se hallaba la crítica de Carlos Bunge al mestizaje y, por otro lado, la idea de otros autores, como Horacio Rivarola, que valoraban la nacionalidad argentina como amalgama de nacionalidades en formación, o lo que Quesada llamaba el crisol de razas. Pero su presencia puede indicar también la preocupación de estos intelectuales por situar el análisis de un contexto de lucha internacional entre civilizaciones, y un intento de legitimación de la política imperialista de los países europeos. Es importante destacar este aspecto: la

discusión sobre una teoría sobre la desigualdad de las razas no se basó en un debate sobre el concepto de raza biológica sino que apuntó a privilegiar aspectos políticos y culturales, y el estudio de la modernidad como escenario de nuevas sociedades y estados nacionales emergentes (Pereyra, 1998: 142).

Por otra parte, en 1909, Quesada eligió como tema del curso a la experiencia social de las misiones jesuíticas. Pero, debido a su estadía prolongada en Europa, ese curso debió suspenderse. Por ello, reiteró el tema en 1912. Ya al reiniciar sus actividades docentes, Quesada creía necesario estudiar “el extraordinario experimento sociológico de dos siglos de las misiones jesuíticas”, por el legado colectivista que podía transmitir (citado en Pereyra, 1998: 148). De este modo, su interés no era para nada trivial; ya que buscaba en este tipo de organización social un espejo donde contrastar y poner a prueba la interpretación económica de la historia, la historia del antagonismo entre las clases y la visión socialista de la sociedad. Quesada buscó, así, en las misiones jesuíticas el modelo de una sociedad utópica en el pasado argentino; modelo que podía ser un antecedente para una mejor organización pacífica y ordenada de la sociedad argentina.

En los siguientes cursos, Quesada fue variando el eje de sus preocupaciones. En el año del Centenario, eligió como punto principal de sus clases a la sociología alemana, cuya orientación se basaba en el cruce entre las investigaciones sobre la historia de la civilización y los estudios de economía política (EQ, 1910b). Esta elección fue indudablemente influenciada por su reciente visita a las universidades alemanas. Pero, más tarde, Quesada decidió incluir en sus cursos el análisis de diferentes casos nacionales que permitieran, en perspectiva comparada, comprender las transformaciones de la sociedad argentina. Así, por un lado, incluyó algunas sociedades nacionales contemporáneas y, por otro, seleccionó algunas organizaciones sociales pasadas.

De este modo, en 1913, luego de un extenso viaje por Oceanía, Quesada dictó un curso sobre Australia (EQ, 1913). Esta elección radicaba en la existencia de elementos comunes entre aquel país y Argentina: un territorio extenso, escasa población, migración reciente y distribución regional desigual. Además, ambas regiones presentaban una economía agroexportadora y un incipiente sector industrial urbano. Ello había generado el advenimiento de un poder obrero movilizado que se traducía en reclamos políticos y sociales. La diferencia era que, en el país de Oceanía, estos sectores políticos habían llegado al poder.

En este curso, Quesada describió la estructura socioeconómica y el sistema sociopolítico australiano. A partir del método comparativo, buscaba en Australia la confirmación empírica de un problema que le preocupaba: la presencia de un partido socialista en el gobierno, y, por consiguiente, la aplicación de políticas reformistas y asistencia estatal a la clase obrera y la existencia de un orden político estable y ordenado. Quesada se preguntaba entonces cómo encarar en Argentina un plan de reformas similar. Ahora bien, las profundas diferencias de la tradición jurídica en ambos países explicaban también la divergente respuesta al conflicto entre clases sociales.

Más tarde, en 1914, Quesada dictó un curso sobre la sociedad norteamericana, aunque no se han hallado registros sobre su contenido. Sólo se puede saber que Quesada creía que la fecha elegida era una oportunidad providencial para estudiar aquel país. A su juicio, (EQ, 1914: 167-168), cualquiera fuera el resultado del conflicto bélico, los Estados Unidos se convertirían en una potencia mundial.

Posteriormente, los cursos cambiaron el eje hacia otros fenómenos sociales. Así, en 1915, el análisis se centró en la familia y la institución matrimonial. Mientras tanto, al año siguiente, Quesada ubicaba como objeto de estudio a la sociedad argentina en un intento por comprender el fenómeno inmigratorio y la constitución de una nueva nacionalidad. Básicamente el curso discutió las ideas expuestas en **La evolución social argentina** (EQ, 1911). Finalmente, en 1917, el seminario trató sobre las sociedades precolombinas, basándose principalmente en los datos que Quesada había recogido en Bolivia y Perú.

Por otro lado, durante el año de los sucesos de la reforma universitaria, Quesada desarrolló un curso sobre “el desenvolvimiento social hispanoamericano”, a través de un estudio sobre los factores históricos, económicos, institucionales y culturales que afectaron su desarrollo desde el auge de las civilizaciones precolombinas hasta la independencia. Esta preocupación se basaba en un intento de encontrar en las culturas amerindias un sustento para la nacionalidad argentina, quizás ya influenciado por ciertas lecturas de la obra de Oswald Spengler. La inserción del país dentro de una región mayor obligaba a estudiar las características institucionales, sociales y culturales del resto de los países. Por ello, Quesada dirigió en 1919 “un curso de sociología aplicada de las sociedades americanas contemporáneas”.

Con la llegada de la nueva década, Quesada comenzó a clausurar su tarea docente tras quince años al frente de la cátedra. En 1920, ofreció un curso que resumía todas las teorías sociológicas estudiadas durante esa experiencia en contraste con la realidad social de la región. Cuando en 1921, se le solicitó que siguiera a cargo de la materia, y él ya no tenía demasiado entusiasmo en hacerlo, Quesada apeló a un intelectual que había conocido recientemente y por quien estaba demostrando una admiración creciente: Spengler. De este modo, su último curso de sociología fue sobre “el examen crítico de las doctrinas desarrolladas... en **La decadencia de occidente** con aplicación a la sociología americana.”

Muy probablemente, éste sea el curso más famoso de Quesada, quien es reconocido como el introductor de la teoría de Spengler, tanto en nuestro país como en el resto de América Latina (Maresca, 1979: 20-27). Además, el contacto con estas ideas posibilitó que el académico argentino disertara en diversas ocasiones sobre las ventajas de aquella teoría y publicara algunos textos al respecto (EQ, 1921; 1924: 1926). Este embeleso puede observarse cuando Quesada (1924: 14) ubicó a Spengler como “uno de los fenómenos intelectuales más sugerentes (...), el gran pensador de primer tercio del siglo”. De esta forma, Quesada contextualizó la obra de Spengler dentro de la revolución intelectual producida por la teoría de la relatividad de Einstein y los avances astronómicos y lógico- matemáticos.

La tensión entre progreso y decadencia era una constante de la obra de Spengler; pero Quesada, si bien reconociendo confusiones en el texto, afirmaba la posibilidad de encontrar en la cultura de América Latina la simiente de una nueva organización social. Si bien Spengler había incluido a las sociedades americanas dentro de la cultura occidental, su colega argentino creía, por el contrario, que los países latinoamericanos no se encontraban contaminados por la civilización en decadencia y que ellos serían los protagonistas del nuevo ciclo cultural (EQ, 1926). Estas ideas expresaban el pesimismo post-bélico del autor germano, compartido por Quesada, luego de una fatigosa trayectoria intelectual. Pero, al mismo tiempo, ellas manifestaban la esperanza de que los investigadores reorienten su mirada hacia el continente americano y las civilizaciones precolombinas puedan ser vistas como un modelo ideal de sociedad. La impronta de la teoría spengleriana marcaba con fuerza la dinámica del campo cultural local, pero la decepción de las ideas de Spengler coincidía con el ocaso intelectual de Ernesto Quesada.

La polémica Quesada- Cané

Como ya se ha explicado, el nombramiento de Quesada en 1904 tuvo lugar dentro del contexto de la huelga universitaria y el debate sobre la enseñanza de sociología en la FDCS. Asimismo, ello coincidía con la finalización del decanato de Cané en la FFyL. Su tarea al mando de la facultad se desarrolló entre 1901 y 1904, período en el cual no se dictaron cursos de sociología en la UBA. El discurso de Cané (1904) al terminar su mandato, reprobando el carácter de la sociología como disciplina y la airada respuesta de Quesada (1905^a) dieron lugar a un debate que tuvo una importante repercusión nacional e internacional.

Esta polémica es considerada un momento fundacional de la sociología en Argentina, ya que implicó una clara apuesta por el carácter científico de la disciplina y la aceptación de su capacidad para estudiar la modernización social del país. En palabras de Levene (1947: 127), la importancia de la polémica no se debía tanto a los temas tratados sino a la jerarquía de los contendientes y al impacto en el desarrollo de las ciencias sociales locales.

Esta controversia puede ser pensada como una típica disputa en el interior del campo intelectual y una lucha por los espacios de poder institucional en la facultad. Pero sería ingenuo reducirla a una simple puja por el prestigio académico. También resulta insuficiente considerarla una mera discusión sobre la legitimidad de la sociología como ciencia. Las diferencias entre Quesada y Cané podían rastrearse hasta 20 años antes de este intercambio de ideas. En 1884, el primero (EQ, 1884) reseñó un libro de Cané y lo criticó duramente, destacando su falta de vocación de investigación y método científico y el uso de ideas preconcebidas para describir la realidad. Estas diferencias se profundizarían tras la sanción de la Ley de Residencia en 1902, cuando se puso de manifiesto el cruce de diferentes visiones sobre la sociedad, el sistema político y la cuestión social.

El objetivo del discurso de Cané fue poner en duda el plan de reformas que se estaba iniciando en la UBA. El entonces ex-decano

se mofaba de la idea de que las ciencias sociales fueran la solución de la crisis en los estudios universitarios. Por otro lado, renegaba de la tendencia creciente de especialización en la ciencia. Criticaba además la pretensión de algunos intelectuales por introducir ciencias que no eran capaces de describir la realidad. Si bien su argumento separaba a la psicología de esta crítica, su discurso fue un ataque a las ciencias sociales, especialmente a la sociología. Esta crítica apuntaba a destacar la polisemia y la pluralidad de enfoques y teorías de la sociología en su época. Según su lógica, si los sociólogos no eran capaces de unificar criterios para describir un fenómeno o explicar un hecho social, la disciplina que practicaban no podía ser considerada una ciencia.

La respuesta de Quesada no podía sorprender en el marco de su enfrentamiento personal pero no era esperable en aquel momento. En abril de 1905, Cané ya no era decano, mientras que Quesada estaba ejerciendo plenamente su cargo, e imponía (con algunos obstáculos, sin embargo) sus ideas. Su réplica fue apasionada en exceso y, en realidad, casi innecesaria pues su objetivo de legitimar a la sociología como ciencia no peligraba en el nuevo contexto institucional. Podría suponerse que Quesada percibió aquellas palabras como críticas personales que herían su sensibilidad. Por lo tanto, juzgó la necesidad de situarse como el abogado defensor de la sociología, situando la discusión en un nivel de enfrentamiento frontal contra el ex-decano.

La respuesta de Quesada fue verborrágica y desbordante en datos y justificaciones. Su objetivo fue definir la cientificidad de la sociología y legitimar una ciencia en estado preliminar, una ciencia en formación que, como una filosofía de las ciencias sociales, estaba encaminada a lograr la síntesis científica de los fenómenos sociales. Por lo cual, advertía (EQ, 1905a: 233) que la sociología no era incompatible con los métodos de las ciencias de la naturaleza pues no había separación alguna entre las diferentes ciencias. Por otra parte, afirmaba (p. 235) que la posibilidad de aplicar esos métodos le daban a la sociología un rango científico, pero manteniendo autonomía como disciplina.

Sobre el tema de la polisemia, Quesada señalaba (p. 226) que la pluralidad de lenguajes y métodos constituían en realidad una diversidad de caminos posibles para llegar a un mismo resultado, que no era otra cosa que el conocimiento de la sociedad. Agregaba que, en la medida que se lograra un consenso, las hipótesis tendrían validez científica; un consenso que no requería ser absoluto pues tampoco éste se lograba en las ciencias naturales. Continuaba señalando, además, la imposibilidad de arribar a leyes pues los postulados constituirían solamente buenas hipótesis y efectivas conjeturas. Este razonamiento pre-popperiano se edificaba en la concepción de una ciencia que avanzaba gracias al error y a la investigación empírica permanente.

Estas palabras tuvieron una gran repercusión pública. Uno de sus alumnos comentaba desde **El Tiempo**:

[Ella] tuvo por objeto dejar sentado la existencia de la sociología en el terreno científico y (...) demostrar la necesidad e importancia que el cultivo que ella tiene (...) en un país como el nuestro basado en instituciones democráticas, las que suponen la suficiencia del ciudadano

para regir sus actos en la vida de relación (vida civil y política). (Mercenaro, citado en Pereyra, 1998: 56).

Por cierto, el mensaje de Quesada se dirigía a un público más amplio que sus interlocutores universitarios. Su exposición asumió al final un lenguaje social; apeló al concepto de ciudadanía para explicar el momento político. Esta referencia al “ciudadano-sociólogo” implicaba tanto una apelación política como su creencia en la capacidad de la sociología para fortalecer y estabilizar el sistema político argentino. Expresaba además una vocación reformista de un intelectual que observaba el agotamiento de un sistema elitista, al cual identificaba con la figura de su adversario en este discurso, y la posibilidad de mejorarlo a través de una mayor participación ciudadana.

En esta disertación, Quesada apuntó a refutar las críticas de Cané con la fuerza de sus conocimientos sociológicos. Este empuje desmedido, casi heroico, fue una característica personal de su vida. Aún hoy sorprende la cantidad y la calidad de las obras citadas. La revisión bibliográfica incluyó una amplia reseña de los trabajos de sociología publicados hasta entonces. Esta nómina incluía, entre muchas otras, las obras de Simmel, Durkheim y Pareto. A partir de esta primera clase, Quesada inició un curso cuyo plan no se limitó a un curso anual sino que se extendió en un lapso cercano a dos décadas, tratando de comprender las estructuras de dominación de las sociedades nacionales.

Las repercusiones internacionales del debate

Realmente, uno de los aspectos más sobresalientes de la conferencia inaugural del primer curso de sociología de Quesada, en 1905, es su ramificación internacional. Muy pronto, varios intelectuales vinculados a la sociología rescataron a Quesada como una voz autorizada dentro del espacio naciente de esa disciplina. Indudablemente, la figura más importante de todos ellos fue Lester Ward (1906), quien recordó el esfuerzo de Quesada por defender a la sociología científica durante su discurso como Presidente de la *American Sociological Society*, cuando este grupo celebraba su Primer Congreso anual. En verdad, las ideas de Quesada no diferían demasiado del proyecto de Ward, ya que éste no sólo creía en la cientificidad de la sociología, sino también que las sociedades podían mejorarse mediante la aplicación de criterios sociológicos. Además, sostenía que la función de las ciencias sociales era clasificar los fenómenos sociales sobre la base de los mismos métodos de las ciencias naturales, por lo cual aspiraba a convertir a la sociología en una ciencia exacta (Caplow, 2000: 63-64). Por otra parte, la preferencia por el reformismo social unía intelectualmente a ambos autores.

Ward aplaudió, así, la habilidad de Quesada por responder cada una de las críticas de Cané, indicando que el primero demostró plenamente no sólo que la sociología tenía carácter científico, sino, además, que las ciencias naturales estaban en proceso de consolidación en aquel tiempo, sin haberse establecido entonces totalmente sus alcances y objetivos. Por lo cual era inapropiado criticar a la sociología por su falta de desarrollo. Pero Ward (1906: 583) remarcó la idea que Quesada había demostrado la

utilidad práctica de la disciplina y su capacidad de guiar la acción política; es decir, que la sociología podía contribuir, si era bien utilizada por los gobiernos, al progreso de los pueblos.

De esta forma, Ward encontró en las palabras de Quesada un modelo sobresaliente en cual apoyar su propio discurso orientado a situar a la sociología dentro del campo científico, y, de este modo, poder explicar todos los hechos y fenómenos de la sociedad. Para él, ello permitiría brindar algunas herramientas teóricas para avizorar el futuro de la sociedad, y, de este modo, aplicando algunos principios de la ciencia sociológica de utilidad práctica, pronosticar las ventajosas transformaciones de las estructuras sociales.

Por otra parte, algunos meses antes del discurso de Ward, la conferencia de Quesada había merecido la atención del **American Journal of Sociology**, quien le dedicó una breve reseña. Así, A. J. Steelman (1906) escribió una elogiosa crítica del texto, enfatizando que Quesada había señalado el carácter inductivo de la sociología, por lo cual esta disciplina tendría una gran capacidad predictiva, que la llevaría a ocupar un lugar de privilegio (similar al de las ciencias naturales) para ser usada por aquellos que debían tomar decisiones gubernamentales. De este modo, el comentarista insistía, al igual que Ward, en la utilidad de la perspectiva sociológica de Quesada, ya que la misma podía ayudar a solucionar los problemas sociales de la región, y asegurar el desarrollo de las sociedades en tópicos tan diferentes como la salud, la educación y la distribución de la riqueza.

Asimismo, Steelman reconocía, en la disertación de Quesada, la presencia de un proyecto de consolidación del sistema democrático, pues la enseñanza de la sociología era importante para que la ciudadanía pueda comprender la capacidad tanto de su voz como de sus acciones en la polis, y que, por lo tanto, la expansión del voto y la participación popular en el gobierno era una meta de la modernidad. Sin embargo, la conciliación de esta ilusión liberal reformista y la perspectiva de las ciencias sociales de matriz holística sólo era posible en la medida que Steelman reconociera que en las ideas de Quesada no había antítesis entre individuo y sociedad.

Por todo ello, el crítico norteamericano (1906: 122) reconoció méritos destacados en la exposición de Quesada, ya que sus ideas resultaban claras y convincentes, su lógica estricta e irrefutable, su despliegue argumentativo conciso y notablemente erudito. Por lo cual, creía que la Universidad de Buenos Aires debía sentirse congratulada de tener un académico "tan hábil y entusiasta defensor de la ciencia sociológica".

Un poco más tarde, Adolfo Posada (1908: 149-151) recogió las mismas preguntas de Ward sobre el texto de Quesada, y elogian- do la réplica del sociólogo argentino contra Cané, utilizó esas ideas para justificar el objetivo de todos los sociólogos de su generación: la consolidación de la sociología como una ciencia legítima y autónoma. De este modo, Posada creía que el discurso de Quesada era apropiado para una disciplina que estaba buscando su lugar dentro del espacio de las ciencias y que, al mismo tiempo, podía ofrecer conocimiento sobre las recientes transformaciones del capitalismo y guiar esos cambios de una manera

ordenada. Estas ideas resultaban oportunas en un determinado contexto intelectual e institucional.

Posada (1908: 152-158) implícitamente reconocía que el programa sociológico de Quesada era adecuado al contexto de nacimiento de la sociología en Estados Unidos e Inglaterra, donde, con una fuerte impronta reformista y filantrópica, se estaban fundando las primeras instituciones vinculadas a la enseñanza de la sociología: la Universidad de Chicago y Escuela de Economía de Londres. De esta forma, la sociología sería un aporte intelectual para una mejor y mayor legislación a favor de la democracia social y el afianzamiento de los deberes morales del individuo. En aquellos países, esta tradición, sumado a una importante preocupación empírica, dio origen a la sociología moderna.

Además, Posada también reconocía que las ideas de Quesada estaban alineadas con el proyecto del entonces reciente Instituto Internacional de Sociología (establecido en 1893 en Francia) que aspiraba a una mayor comunicabilidad entre los sociólogos, promoviendo congresos y publicaciones sociológicas. Reconociendo la multiplicidad de enfoques sociológicos, el Instituto buscaba el establecimiento de un vocabulario común y una mayor precisión de los conceptos sociológicos, aunque sin renunciar a la pluralidad teórica. Más aún, Ward había disertado en un congreso de esta institución en 1905 en un tono que él mismo creía similar al utilizado por Quesada en su conferencia inaugural.

Resulta llamativo, sin embargo, que estas aparentes semejanzas en la apreciación del problema de la sociología a principios del siglo XX no hayan llevado a una mayor participación de Quesada en el Instituto Internacional. Ciertamente, a diferencia de Dellepiane quien fue Vicepresidente de ese cuerpo, Quesada no pareció haber demostrado mucho entusiasmo por su existencia. Pero, quizás, Quesada conocía el enfrentamiento que Durkheim tenía con el Instituto, por lo cual, consideró necesario mantenerse al margen de esta disputa, o por lo menos en una situación equidistante. Un examen del pensamiento sociológico de Quesada permitirá iluminar mejor su posición al respecto.

Sociología e investigación social en Quesada

Quesada formó parte de un grupo de intelectuales que impulsó el desarrollo de la sociología moderna en Argentina. Junto a Juan A. García, Leopoldo Maupas y Alfredo Colmo, entre otros, dio inicio a un proceso de continuidad institucional de la enseñanza de la disciplina en el país. Tanto su producción académica como su actividad docente sentaron las bases para la aparición de la primera tradición intelectual dentro de la sociología local: la sociología de cátedra (Pereyra, 1998).

Esta experiencia docente ha sido criticada por su accionar dile- tante y la presencia de una reflexión especulativa, poco rigurosa y sin base empírica. Sin embargo, recientes investigaciones están demostrando que, por el contrario, aquella tarea formó parte de un proyecto intelectual caracterizado por una sorprendente actualización bibliográfica, una visión reformista del conflicto social, la comprensión de la necesidad de superar el positivismo clásico y la tendencia por aprehender la estructura social argenti-

na. De este modo, los textos sociológicos locales de aquel entonces lograron una rica y curiosa síntesis de preguntas disímiles sobre el orden social y el conflicto, a través de una serie muy diversa de lecturas, donde Durkheim y ciertos pensadores marxistas ocupaban un rol para nada marginal.

De este modo, las principales reflexiones sociológicas se centraban en las tensiones entre la modernización de la sociedad argentina y un sistema político con poca capacidad de procesar las demandas de apertura. Además, si bien no se impulsó un programa de investigación sistemático, sus ideas contribuyeron a iniciar las primeras investigaciones empíricas sobre la sociedad argentina.

La labor intelectual de este grupo se nutrió principalmente de tres fuentes diferenciadas. Por un lado, el legado programático de la generación del 37 y la vocación del realismo social por estudiar la realidad social argentina, centrando el análisis en el problema de la construcción del estado y la nación. Por otro lado, se observa un fuerte influjo de la tradición sociográfica, iniciada por Frederic Le Play. Por último, es innegable la herencia del positivismo sociológico, contrario al idealismo filosófico y al mecanicismo. Este positivismo buscaba adaptar el modelo de las ciencias naturales a las ciencias sociales y morales, pero aspirando a superar el monismo naturalista e integrarlo con la crítica social.

Sin duda, Quesada construyó un andamiaje sociológico vinculado a estas influencias intelectuales. Su sociología se hallaba inscripta en lo que Soler (1959) llamó el positivismo argentino, una doctrina de contenido sociológico y refractario al positivismo biológico. Esta perspectiva era claramente contra-elitista, anticonservadora y reformista. Sobre esta base, Quesada creía que la sociología constituía una estrategia modernizante frente a las transformaciones de la sociedad argentina.

Las clases de sociología de Quesada no estaban orientadas exclusivamente a la discusión de las teorías sociológicas. Más bien, estaba convencido de una idea: la disciplina que enseñaba debía ser utilizada para comprender el proceso de modernización de la sociedad argentina, que se expresaba en la urbanización, el crecimiento económico y la inmigración. Sus textos aspiraban a enriquecer el debate sobre los cambios sociales y políticos observados en Argentina durante la primera década del siglo XX. Pero, al mismo tiempo, quería confrontar las visiones socialistas y liberales sobre la historia argentina, la identidad nacional y la estructura socioeconómica.

Las primeras huellas del pensamiento sociológico de Quesada pueden hallarse en su libro sobre Rosas (1898), que situaba al sistema político y a la dominación social como problemas sociológicos. Este análisis buscó comprender a Rosas dentro de un contexto sociopolítico y de condiciones estructurales que limitaban y guiaban su accionar. Para Quesada, el gobierno rosista había sido un importante aporte en la consolidación del estado y la nación en Argentina. Con esta obra, comenzaba a esbozar una mirada sociológica de la sociedad argentina y ensayaba una reflexión sobre el orden y la legitimidad política, el rol del estado y la democracia en un contexto en el que se buscaba repensar

el orden social ante los nuevos fenómenos que afectaban a la sociedad argentina.

Por otra parte, su análisis (EQ, 1911) de la evolución social argentina puede ser tomado como una explicación estructural del cambio social. Según su descripción, esta evolución seguía un movimiento global y orientado, un progreso en un sentido no metafísico. De este modo, Quesada aspiraba a cotejar tanto la visión que insertaba este desarrollo dentro de un esquema de lucha onto-genética entre nacionalidades y razas como con una interpretación económica de la nacionalidad y la historia argentina.

Entre la diversidad de los problemas analizados por Quesada, había un tema que lo obsesionaba especialmente: la construcción de un orden social sin conflicto con progreso social y material. Esta preocupación se expresaba en pensar la posibilidad de unir dentro de una misma sociedad elementos tan disímiles y complejos como la disciplina, la organización, la solidaridad, el pluralismo y el bienestar. Una gran parte de sus esfuerzos intelectuales se orientó a encontrar una demostración empírica, ya sea histórica o contemporánea, de este modelo social. Le atormentaba entrever que su país no pudiera recorrer aquel rumbo; por ello, su sociología era parte de un proyecto por impulsar una reforma política y social de la sociedad argentina y, de esta forma, lograr el establecimiento de una sociedad orgánica, ordenada y pacífica.

Suele afirmarse que Quesada no tenía vocación empírica. Puede recordarse la cita de Germani, quien lo describía (1968: 392) como “un típico representante de la sociología académica” que prefería exponer críticamente la teoría sociológica y desdénaba la investigación de los hechos concretos. Sin embargo, Quesada tenía un apego innegable a la consulta de fuentes en sus investigaciones históricas, y eran reiterados sus reclamos por una ciencia capaz de producir datos verificables. En el mismo sentido, reclamaba el uso de investigaciones estadísticas especializadas para el análisis de la sociedad argentina. Buscaba el establecimiento de esquemas de clasificación y jerarquización de los datos sociales pues creía (EQ, 1907b) que la utilización de cuadros y diagramas eran indispensables para la presentación, interpretación y demostración de los estudios sobre la sociedad.

En este sentido, su modelo sociológico en términos cognitivos era muy diverso, pero resulta sorprendente su extensa cita (EQ, 1905a: 246-247) del programa institucional de la *L' Année Sociologique*, por lo cual compartía el proyecto de Durkheim por establecer una sociología científica, es decir objetiva, no apriorística, autónoma y empírica. Por otro lado, su modelo institucional remitía a los institutos de investigación social que se estaban creando en Estados Unidos y Europa. Si bien, en forma explícita, explicó que el modelo que guiaba su proyecto era el Instituto de Historia Universal y de la Civilización de Karl Lamprecht, no dejaba de tener en cuenta el “Laboratorio de Sociología” que Albion Small y Franklin Giddings dirigían, respectivamente, en Chicago y Columbia. Por ello, no dudó en solicitar (EQ, 1905a: 249) “una instalación adecuada para el trabajo de gabinete, con una biblioteca completísima de todo lo publicado sobre la materia y

disciplinas conexas, teniendo abundante provisión de lo que se denomina herramienta de trabajo intelectual”.

De este modo, Quesada solicitaba la provisión bibliográfica necesaria, aulas, ayudantes docentes y una organización institucional de las investigaciones. Reconocía así que la sociología moderna debía asentarse sobre las bases institucionales del Instituto, una institución capaz de desarrollar un programa de investigación, establecer una organización administrativa de las tareas, crear una red de docentes y estudiantes con un plan común y gestionar un presupuesto adecuado para el logro de sus objetivos. Quesada identificaba así un fenómeno reciente de la racionalidad de la ciencia occidental, que estaba dando sus primeros pasos en las ciencias sociales norteamericanas, y que las universidades argentinas considerarían un plan demasiado ambicioso. Habría que esperar otros treinta años para que este proyecto se desarrollara muy lentamente en Argentina. Con ello, solamente, alcanza para considerar a Quesada como un promotor de la investigación sociológica en Argentina.

Algunas reflexiones finales

Quesada fue uno de los sociólogos argentinos más importantes de la primera mitad del siglo XX. Su prolongada tarea docente posibilitó una tradición de enseñanza de la disciplina cuya continuidad puede rastrearse desde la cátedra que dirigió hasta la creación de los primeros institutos de investigación social en la década de 1940 y la Carrera de Sociología en 1957. Ciertamente, su preocupación por el cambio y el orden remitía a la base epistemológica de la sociología emergente. Pero, su análisis de la evolución social puede compararse con los estudios sobre el desarrollo más recientes en la historia de la sociología argentina. Aunque esta continuidad intelectual no se ha construido todavía.

Futuros investigadores deberán explorar por qué el pensamiento de Quesada no ha sido recuperado por ninguna de las tradiciones sociológicas hoy existentes en Argentina. El accionar fundacional de Germani y su aspiración con cortar los vínculos intelectuales con el pasado pudo haber contribuido en este sentido, pero ella, quizás, no sea una razón suficiente. El proyecto intelectual de Quesada y sus colegas perdió fuerzas en la década de 1920 por razones cognitivas, institucionales y biográficas que habrá que investigar. La ausencia de discípulos es una causa a tener en cuenta. La antipatía que despertaba Quesada dentro del espacio cultural porteño, sumado a su germanismo y su continuo desdén con ciertas modas culturales y varias actitudes políticas de sus colegas, muy probablemente contribuyeron también a oscurecer su figura dentro de los círculos intelectuales locales e impedir su legado en las genealogías intelectuales construidas luego de su muerte. Pero, como se ha visto, la importancia y la riqueza de sus ideas merecen un replanteo de este problema.

Por cierto, las recientes investigaciones sobre Quesada han puesto en evidencia su gran capacidad de comprensión del fenómeno de la modernidad. Este artículo ha buscado esclarecer un aspecto importante de su producción intelectual: su enfoque

sociológico; que sin duda replicaba esta comprensión moderna de la ciencia y del mundo. Podría afirmarse así que sus ideas sociológicas no eran ajenas a las agendas intelectuales que fundaban contemporáneamente la disciplina en Europa y Estados Unidos.

Quesada compartía con todos ellos, innegablemente, la aspiración por consolidar a la sociología como disciplina académica y reafirmar su condición científica. Esta estrategia formaba parte del progreso científico y la dinámica de la modernidad que estaban afectando a los países centrales, pero del que Argentina participaba activamente por su reciente desarrollo capitalista. Asimismo, ese desarrollo de la sociología era comparable a la historia y al avance del resto de las ciencias. A esa altura, la sociología ya tenía un cuerpo de doctrinas elaborado y varios modelos teóricos con capacidad válida para explicar el funcionamiento de la sociedad.

De esta forma, en términos ontológicos, Quesada impulsaba una sociología basada en el realismo, es decir, que creía que los hechos sociales tenían una existencia real objetiva exterior a los individuos. Por otra parte, su compromiso epistemológico con el positivismo parece innegable, aunque su mirada fue original en el ámbito local pues estaba alejada de la perspectiva biológica vernácula. A su vez, su posición era determinista pues sostenía que la acción social está determinada por las estructuras sociales; no obstante, no defendía un “estructuralismo” radical, pues sus reminiscencias liberales no le permitían ahogar la voz creadora de los individuos. Finalmente, su sociología tenía una metodología nomotética, ya que buscaba las leyes generales que guiaban los fenómenos sociales. En síntesis, algo nada diferente al programa de la sociología occidental (rediscutido desde entonces, pero parte de un consenso amplio entre los sociólogos durante buena parte del siglo pasado).

Referencias bibliográficas

- Bernard, Luther Lee (1927), “The development and present tendencies of sociology in Argentina”, **Social Forces**, Chapel Hill, VI, 1: 13-27.
- Blanco, Teodoro (1995), *Ernesto Quesada, primer profesor de sociología de la UBA*, Primer Encuentro Nacional “La Universidad como objeto de investigación”, Buenos Aires, Mimeo.
- Briesemeister, Dietrich (1995), “El Instituto Iberoamericano de Berlín”, **Libros de México**, México, 36: 53-56.
- Canter, Juan (1936), “Bibliografía sociológica de Ernesto Quesada”, **Boletín del Instituto de Sociología**, (BIS), FFyL, UBA 1, 1942: 182-200.
- Caplow, Theodore (2000), “La invención de la sociología norteamericana: Fundadores e ideas”, Salustiano Del Campo (**La institucionalización de la sociología (1870-1914)**), CIS, Madrid: 61-70.
- Germani, Gino (1968), “La sociología en Argentina”, **Revista Latinoamericana de Sociología**, Buenos Aires, 3: 385-419.

- Gómez Rigoli, Estella Maris (1995), "Ernesto Quesada. Magistrado del fuero civil", **Revista de Historia del Derecho**, Buenos Aires, 23: 499-525.
- Levene, Ricardo (1947), "La cátedra y el instituto de sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires", **BIS**, 5: 125-137.
- Liehr, Reinhard (1983), "El fondo Quesada en el Instituto Iberoamericano de Berlín", **Latin American Research Review**, Austin, 18, 2: 125-133.
- Maresca, Bernardo R. (1979), *La teoría sociológica en Argentina. Los primeros sociólogos científicos*, Tesis de Licenciatura y Profesorado en Sociología, UBA, Mimeo.
- Marsal, Juan Francisco (1963), **La sociología en la Argentina**, Fabril, Buenos Aires.
- Pereyra, Diego (1998), *La enseñanza de sociología en la UBA, 1898-1921*, Tesis de Maestría, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, Mimeo.
- (1999) "Fantasmas, fanáticos e iluminados en la Universidad de Buenos Aires", **Estudios Sociales**, Santa Fe, IX, 16: 41-56.
- Pérez Amuchástegui, Antonio Jorge (1980), "El historiador Ernesto Quesada", Ezequiel Gallo y Gustavo Ferrari (Comps) **La Argentina, del 80 al centenario**, Sudamericana, Buenos Aires: 841-849.
- Posada, Adolfo (1908), **Principios de sociología**, Daniel Jorro, Madrid, 2 ed. 1929.
- Poviña, Alfredo (1959), **Nueva historia de la sociología latinoamericana**, Assandri, Córdoba.
- Pyenson, Lewis (2002), "Uses of cultural history. Karl Lamprecht in Argentina", **Proceedings of the American Philosophical Society**, Philadelphia, 146, 3: 235-255.
- Quattrocchi-Woissón, Diana, (1995), "El revisionismo de los años 20 y 30. Rosistas y Revisionistas ¿los rivales de la historia académica?" en **La Junta de Historia y Numismática Americana y el Movimiento Historiográfico en la Argentina (1893-1938)**, Buenos Aires.
- Quesada, Ernesto (1884), "Introducción" en Miguel Cané, **En Viaje 1881-1882**, La Cultura Argentina, Buenos Aires, s/f: 7-30.
- (1898) **La época de Rosas, Su verdadero carácter histórico**, Moen, Buenos Aires.
- (1905a) "La sociología, Carácter científico de su enseñanza", **Revista de la Universidad de Buenos Aires (RUBA)**, Buenos Aires, II, 3: 213-261.
- (1905b) "La influencia sociológica de las doctrinas de Comte", **RUBA**, II, 4: 255-272.
- (1905c) "Las ideas sociológicas de Stuart Mill", **RUBA**, II, 4: 346-362.
- (1905d) "Las doctrinas sociológicas de Buckle", **RUBA**, II, 4: 426-440.
- (1907a) "Herbert Spencer y sus doctrinas sociológicas", **RUBA**, IV, 7: 155-237.
- (1907b) "Conferencia inaugural del curso de economía política", **Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines**, La Plata, II, 6: 422-442.
- (1909) "Reportaje", **El Tiempo**, Buenos Aires, 31 de Mayo de 1909: 2-3.
- (1910a) "Augusto Comte y sus doctrinas sociológicas", **Anales del Instituto de Enseñanza General**, Buenos Aires, I, 1910: 93-183.
- (1910b) **La enseñanza de la historia en las universidades alemanas**, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad Nacional de La Plata.
- (1911) "La evolución social argentina", **Revista Argentina de Ciencias Políticas (RACP)**, Buenos Aires, I, 2, 11: 631-656.
- (1913) "Los fenómenos sociológicos australianos y el criterio argentino", **RACP**, I, 7, 38: 115-154.
- (1914) "La actual civilización germánica", **Revista de Derecho, Historia y Letras**, XVIII, 49: 162-211.
- (1921), "Una nueva doctrina sociológica, La teoría relativista spengleriana", **Nosotros**, Buenos Aires, XV, 37, 143: 417-429.
- (1924), "La evolución del derecho público, política y económica según la teoría spengleriana", **RUBA**, XXI, 1: 9-33.
- (1926), "Spengler en el movimiento intelectual contemporáneo, El problema sociológico iberoamericano", **De Humanidades**, Buenos Aires, XII, 5: 9-47.
- Rubione, Alfredo (comp. 1983), **En torno al criollismo. Textos y polémica**, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- Soler, Ricaurte (1959), **El positivismo argentino**, Buenos Aires, Paidós, 1968.
- Steelman, A. J. (1906), "Review. La sociología. Carácter científico de su enseñanza", **American Journal of Sociology**, Chicago, 12, 1: 119-122.
- Tarcus, Horacio (2007), **Marx en Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos**, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Terán, Oscar (1999), "Ernesto Quesada o como mezclar sin mezclarse", **Prismas. Revista de Historia Intelectual**, Universidad Nacional de Quilmes, n° 3, p.37-50.
- (2000) "Ernesto Quesada. Sociología y modernidad", **Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la cultura científica**, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, p. 207-287.
- Ward, Lester (1906), "The Establishment of sociology", **American Journal of Sociology**, 12, 5: 581-587 (version digital en www.asanet.org/page.wv?name=Ward+1906+Presidential+Address§ion=Presidents)
- Zimmermann, Eduardo (1993), "Ernesto Quesada. La época de Rosas y el reformismo institucional del cambio de siglo", Fernando Devoto (comp), **La historiografía argentina en el siglo XX**, CEAL, Buenos Aires, p. 23-44.
- (1995) **Los liberales reformistas, La cuestión social en la Argentina 1890-1916**, Buenos Aires, Universidad San Andrés-Sudamericana.

Resumen

A pesar del creciente reclamo por estudiar la vida y obra de Quesada, queda aún pendiente un estudio sistemático sobre su producción intelectual. Sin pretender cubrir totalmente esa expectativa, se plantea introducir algunos puntos críticos de su obra e invitar a un debate sobre el rol de sus ideas en la institucionalización de la sociología en Argentina. A través de una breve reconstrucción de la trayectoria académica e intelectual de Quesada y el examen de sus textos, se plantea una discusión sobre su perspectiva sociológica y su demanda por investigar científicamente la sociedad, buscando comprender los núcleos temáticos y conceptuales básicos de esta producción intelectual. Se estudiará entonces cómo esas ideas pudieron haber contribuido al desarrollo de una tradición de investigación empírica en el país. Por otra parte, se prestará especial atención a la repercusión fuera del país de las ideas de Quesada (particularmente su polémica con Miguel Cané) y cómo ellas fueron valoradas en un contexto internacional donde la sociología se encontraba en un incipiente proceso de institucionalización.

Palabras clave

Argentina, Historia de la Sociología, Ernesto Quesada.

Abstract

Although there is an increasing claim for studying Quesada's life and work, a systematic study on his intellectual production is still pending. Not filling entirely that gap, this paper seeks to introduce some key points in this academic work, inviting a debate on the role of his ideas in the institutionalisation of sociology in Argentina. Through a brief reconstruction of Quesada's intellectual and academic trajectory and the analysis of his texts, it discusses both his sociological perspective and demand to scientific social research, trying to understand main topics and concepts. The paper will study therefore how these ideas could have contributed to the development of an empirical research tradition in Argentina. Furthermore, it specially focuses on the abroad repercussions of Quesada's ideas (particularly a controversy between him and Miguel Cané) and how they were valorised within an international context when sociology was in an emerging institutionalisation process.

Keywords

Argentina, History of Sociology, Ernesto Quesada.

Quesada y la recepción académica del feminismo: la cuestión femenina en la naciente Sociología

Sol Denot

“En las últimas épocas, el asunto ha apasionado a las gentes y vamos padeciendo una verdadera epidemia de bibliografía sobre el feminismo.”
César García de Zúñiga (1920)

Introducción*

“¿Quién es este ensayista de quien hoy tan poco se sabe?” se preguntaba Rubione (1983) en el estudio preliminar a su compilación en torno al debate desencadenado a partir de un artículo de Quesada.¹ Y respondía a esa pregunta afirmando:

(...) fue un típico polígrafo de la generación del ochenta, para quien la vastedad y lo diverso no fueron un obstáculo. Fueron tan profusas sus obras y sus funciones que hoy causan asombro y curiosidad. Este escritor de aire adusto y de aspecto prusiano no gozó de mucha simpatía entre sus contemporáneos; su impresionante capacidad de trabajo puesta en materias tan extrañas no se acompañó ni con destrezas estilísticas ni con una personalidad atrayente. Eso sí, como muchos intelectuales argentinos en el ochenta, gran parte de los actos de su vida fueron fundacionales: ya sea por que fue el primero que creó una cátedra, una revista, o un cargo directivo o porque fue el primero en difundir un sistema de ideas o narrar el viaje a un lugar que nadie había ido antes. Esa condición, *ser el primero que*, tan absurdamente importante en nuestra historia intelectual, tiene en Ernesto Quesada, como veremos, un exponente característico (Rubione, 1983: 11).

Este relativo desconocimiento que señala Rubione parece indicar que “ser el primero que”, aunque sea tan absurdamente

importante en nuestra (como en cualquier) historia intelectual, no garantiza necesaria o automáticamente un lugar en la posteridad a un intelectual consagrado por su época. Pero el carácter dinámico de la historiografía intelectual y sus periódicas reelaboraciones, ha venido recuperando ciertos aspectos de la biografía y la obra de Ernesto Quesada.

Siguiendo este carácter fundacional señalado por Rubione, algunos investigadores han situado a Quesada como un actor central de la naciente sociología (Pereyra 1998; Terán, 2000). Otros trabajos se centraron en su papel en la introducción de Marx en los estudios universitarios y la disputa por una interpretación *científica* de su obra (Pereyra, 1999; Tarcus, 2007); y a los estudios sobre la cuestión obrera como emergente de la preocupación sobre la *cuestión social* en el seno de una elite de intelectuales caracterizada por Zimmermann (1995) como los “liberales reformistas”. Otros análisis de Quesada han puesto el eje en el debate en torno al criollismo y el rol de Quesada en la disputa por la organización de la lengua nacional (Rubione 1983; Oviedo, 2004). Asimismo, en el campo de la historiografía se ha remarcado el carácter revisionista de su obra **La época de Rosas**, ubicándolo junto a Adolfo Saldías en un lugar central en el inicio de esta corriente (Zimmermann, 1993; Quattrocchi-Woisson, 1995). Es posible seguir esta lista y sin dudas, dada la vastísima producción de este intelectual, las (re) lecturas de su obra continuarán iluminando aspectos y/o ofreciendo nuevas interpretaciones de su vida y obra.

El presente trabajo busca dar cuenta de un aspecto menos conocido en la producción intelectual de Quesada que se vincula a la emergencia de los análisis sobre la “cuestión femenina” y

¹ En realidad el origen de la polémica se remonta a la publicación de **El idioma nacional de los argentinos** de Lucien Abeille, el texto de Quesada al que refiere Rubione es “El criollismo en la literatura argentina” (Rubione, 1983)

* Deseo expresar mi agradecimiento a Diego Pereyra y a Laura Fernández Cordero cuyas atentas lecturas y comentarios han sido de gran ayuda para la elaboración de este artículo.

el feminismo en los ámbitos intelectuales y universitarios y su construcción como objeto de análisis sociológico.

En el clima cultural y político de la última década del siglo XIX y las primeras del nuevo siglo, algunos intelectuales de las incipientes ciencias sociales, y particularmente de la sociología, se plantearon nuevos problemas de análisis motivados por preocupaciones políticas y sociales. Si el gran eje de la generación intelectual precedente había sido la pregunta por la nación, los dilemas de ciertos sectores de la generación del '80 se organizaron en torno a la continuidad y las consecuencias del proceso de modernización. En el seno de esta "cultura científica", como la llamó Oscar Terán (2000), la pregunta sobre la situación de las mujeres, incitada por el feminismo en ciernes, promovió una serie de reflexiones que, aunque aisladas y minoritarias con respecto a otras preocupaciones, propiciaron la introducción del tema en los ámbitos intelectuales y universitarios. Las transformaciones existentes o demandadas al interior del universo femenino, fueron leídas como emergente del proceso de modernización y plantearon una serie de debates sobre sus consecuencias: natalidad, población, eugenesia, familia, elevación general de la educación. Algunas de estas preocupaciones y preguntas parecieron hilvanarse y derivar en la construcción de "la cuestión femenina" como nuevo problema de análisis para las ciencias sociales.

Si en algunos intelectuales este interés se vislumbraba tangencialmente y la cuestión femenina se mencionaba a partir de diferentes entradas de análisis, Quesada fue uno de los pocos actores ubicados en posiciones de prestigio que incluyó directamente el tema en sus escritos y en sus clases. El objetivo de este artículo es presentar los escritos de Quesada sobre la situación de las mujeres y el feminismo, examinando el rol de este intelectual en el proceso de construcción de la "cuestión femenina" como objeto de análisis sociológico.

Intelectuales finiseculares frente a la "cuestión femenina": la construcción del feminismo como objeto de las ciencias sociales.

El 20 de noviembre de 1898, en el acto de clausura de la Exposición Femenina celebrada en la ciudad de Buenos Aires e inspirada en las exposiciones que habían tenido lugar previamente en EE.UU.², Ernesto Quesada fue responsable de exponer un discurso de cierre. Esta disertación, titulada "La cuestión femenina" es considerada el primer uso público y examen del término feminismo; y las reseñas y notas sobre la conferencia en la prensa como su primera recepción (Barrancos, 2005).

Sin embargo, en ese mismo mes salía en *El Mercurio de América* un artículo de José Ingenieros con el llamativo título de "Bases del feminismo científico" dedicado a aportar un examen sociológico sobre el tema. El texto se escribió a partir de una invitación del Dr. Guglielmo Gambarotta quien desde el Foro de

Milán comenzó una "indagación sobre la mujer" (*Inchiesta sulla donna*) que motivó la publicación de una serie de artículos en varias revistas de sociología europeas por parte de algunas de las personalidades de la sociología y psicología positivistas de fines del siglo XIX³, y más tarde un libro.⁴

Aunque con menor repercusión que la conferencia de Quesada, el escrito de Ingenieros coincide en ser de los primeros exámenes del tema efectuados desde el discurso científico y legitimados por el peso intelectual de su autor.⁵

En realidad, ocho meses antes, se había publicado un artículo en *El Tiempo* titulado "Ocurrencias sobre el feminismo" y escrito por el reputado sociólogo y demógrafo Francisco Latzina (1898). En esa nota, Latzina defendía la inserción de la mujer en el mercado de trabajo, evaluando las ocupaciones y oficios que consideraba más aptos para ellas. Si bien Quesada en 1898 tenía aún una posición ambigua sobre el tema, Latzina se manifestó en contra de los derechos políticos para ellas.

Cierto es que, mucho antes de esta conferencia de Quesada, el artículo de Ingenieros y de la nota de Latzina, existieron numerosos textos, desde el periodismo femenino que emerge en 1830 con la publicación de *La Aljaba*, hasta la radicalidad del periódico comunista-anárquico *La Voz de la Mujer*, pasando por múltiples artículos y notas de periódicos donde tanto mujeres como hombres debatieron la situación de la mujer. De hecho, en 1873, José Miguel Olmedo, quien sería más tarde diputado por la provincia de Córdoba, fue invitado a exponer un disertación sobre un tema de su elección en el Club Social local. Para sorpresa del aristocrático público, la disertación titulada "La mujer ciudadana"⁶ fue un encendido alegato por la igualdad civil y política de ambos sexos. Asimismo, en 1882 se había publicado en Buenos Aires, *La mujer ante la ley civil, la política y el matrimonio* del literato y diplomático boliviano Santiago Vaca Guzmán, donde discutía a favor de sus derechos y consideraba que su posición subordinada resultaba un obstáculo para el progreso de la sociedad argentina en su conjunto.

Sin embargo, aunque se verifique que el tema ya había comenzado a insertarse en los debates públicos y puedan rastrearse diversas expresiones anteriores, la exposición y posterior publicación del texto de Quesada, conjuga varios factores que lo colocan en un lugar distinto al de los ejemplos pasados y que permiten atribuirle un carácter inaugural. El lugar y el público frente a quien es expuesto, el uso del término feminismo, la reseña histórica y evaluación política del movimiento en Europa y

3 Entre otros: Max Nordau, Cesare Lombroso, Maffeo Pantaleoni, Jacques Novicow, Scipio Sighele. (Cfr. Ingenieros, 1898).

4 Gambarotta, Guglielmo (comp.) *Inchiesta sulla donna*. Firenze, Torino, Roma, Fratelli Bocca, 1899.

5 Por razones de espacio, y por ser un trabajo centrado en la figura y la producción de Ernesto Quesada, no se examinará aquí el escrito de Ingenieros, que merece un estudio aparte.

6 Debemos el descubrimiento de esta rara fuente histórica al Dr. Néstor Tomás Auza. Ver: "Un precursor olvidado de la igualdad civil y política" en, Auza, N. T. *Periodismo y feminismo en la Argentina 1830-1930*. Buenos Aires, Emecé, 1988. pp.117-119.

2 La experiencia en EE.UU. en realidad había sido la incorporación de un pabellón femenino y luego directamente de un edificio (el *women's building*) en la *Centennial Exhibition in Philadelphia* en 1876, y la *World's Columbian Exposition in Chicago*, en 1893. En Argentina la situación parece haber sido similar, al incorporar una sección femenina a la exposición nacional.

Estados Unidos (incluyendo sus textos y figuras centrales) y su construcción como objeto de análisis sociológico. Este último punto es de particular importancia, dado que la conferencia de Quesada sobre la cuestión femenina puede pensarse como un punto de inflexión al inaugurar la construcción analítica del problema de la situación de las mujeres.

El texto completo de la conferencia fue publicado por la revista **La Quincena** inmediatamente después del evento, con la siguiente nota introductoria:

El acto de clausura revistió una solemnidad inusitada: más de 3.000 personas, entre las cuales se contaba lo más granado de la sociedad argentina, asistió a la ceremonia, en la que se encontró el Presidente de la República, y también el Arzobispo de Buenos Aires” (**La Quincena**, noviembre-diciembre de 1898, s/a).

El contexto de presentación de la conferencia no es un dato menor. No sólo el público es numeroso, sino que se cuentan entre sus interlocutores figuras de poder político como el presidente Julio A. Roca y otros actores tradicionalmente resistentes a las transformaciones del universo femenino, como las figuras eclesásticas.

Al ser este el primer texto en el que analiza el tema,⁷ resulta difícil rastrear los motivos de su elección para esta exposición: ¿por qué Ernesto Quesada? En un artículo posterior, escrito a pedido de la Unión Feminista Nacional, Quesada explicaría su elección aduciendo que dicha solicitud partía de la constatación de que más de una vez había analizado el problema del feminismo en su cátedra de sociología (Quesada, 1920a; 1920b). Sin embargo, en 1898 Quesada no era aún docente de esa materia, aunque ya tenía una producción relativamente importante y ese mismo año se había publicado su voluminoso estudio histórico **La época de Rosas**, que lo ubicaba en un lugar de prestigio dentro del campo intelectual. Apparently, esta vez su elección también podría haberse debido al lugar de Quesada en las ciencias sociales, tal como lo refleja la nota de **La Quincena**:

El hecho de que discurso semejante, sobre tema tan delicado y que tan íntimamente se relaciona con las ciencias sociales, fuera pronunciado en esa circunstancia, demuestra que la cuestión femenina tiene ya entre nosotros los caracteres de un asunto de interés palpitante, y respecto del cual es conveniente se pronuncie la opinión elevada de los que han estudiado el gran problema” (**La Quincena**, noviembre-diciembre de 1898, s/a).⁸

La “cuestión femenina” emergía, entonces, como un problema relacionado con las ciencias sociales y que por lo tanto debería ser estudiado por sus especialistas. Esta conferencia había sido de una radicalidad inusitada teniendo en cuenta el público pre-

sente. Quesada había argumentado con ímpetu, y asentado en su *expertise*, la necesidad de reformar la legislación vigente. Frente a las máximas autoridades políticas y religiosas había protestado: “.. continúa cuasi soberana la “ficción legal” de la incapacidad de la mujer, equiparada por las leyes a los menores de edad o a los faltos de juicio, lo que implica un desconocimiento de su personalidad” (Quesada, 1898: 7) y había hecho referencias a libros feministas como **A Vindication of the Rights of Woman** (1792) de Mary Wollstonecraft. Pero el tono de la conferencia no había sido sólo declamativo. Argumentando que “...la fuerza de las cosas exige entre nosotros, como en todas partes, el atento estudio del problema” (*Ibidem*: 5), realizó una evaluación que incluyó el uso de estadísticas censales insertando la “cuestión femenina” en el marco de un proceso de transformaciones sociales que riga la evolución de países nuevos como el nuestro. Quesada inauguraba una lectura del feminismo como emergente del proceso de modernización que se fue generalizando entre algunos científicos sociales de su tiempo. En su magnífica obra **La Educación**, Carlos O. Bunge (1902: 426) presentó al feminismo como una “nueva consecuencia del principio universal de la división del trabajo”, ubicándolo así, al igual que Quesada, como parte de un proceso histórico del desarrollo de las sociedades.

Otro tema central de la conferencia de Quesada fue el análisis del movimiento y los textos feministas europeos. Como lector-receptor de esas producciones, insistió en que la cuestión femenina requería un análisis sociológico que atendiera a la realidad nacional:

Al tener en cuenta el análisis del problema femenino y las soluciones propuestas por los pensadores europeos, necesario es, pues, no olvidar la idiosincrasia nacional, que modifica grandemente la cuestión. (Quesada, 1898: 27).

Su advertencia partía del hecho de que, a diferencia de los países europeos, la Argentina tenía una población escasa y mayoritariamente masculina. Valiéndose del uso de censos, mostró cómo el “problema femenino” se vinculaba con varios temas del quehacer nacional y debía ser analizado a partir de ese entramado analítico. Si el feminismo era un emergente inevitable del proceso de modernización, para Quesada el problema no era cómo frenarlo, sino cómo tornarlo autóctono. Sus escritos sobre el tema y sus demandas a las organizaciones feministas volverían siempre sobre este punto.

El feminismo en la Facultad de Filosofía y Letras y en la naciente sociología.

La construcción de la “cuestión femenina” como objeto de análisis de las ciencias sociales se reflejó también en los claustros universitarios, particularmente en las clases de sociología dictadas en la nueva Facultad de Filosofía y Letras. Si el interés por el tema ya aparecía entre algunos intelectuales de las ciencias sociales, la presencia masiva de mujeres en esa facultad⁹ favoreció

7 Siete años antes, Quesada había publicado **Goethe y sus amores: de la influencia de la mujer en las obras literarias**. Sin embargo, esta obra no analiza ni el feminismo ni los problemas de las diferencias de género, sino los vaivenes del amor y el desamor y su impacto en la obra de este literato alemán.

8 Las cursivas nos pertenecen.

9 Desde la primera cohorte de graduados en 1901 (sobre 9 doctores, 4 fueron mujeres) en adelante, la cantidad de graduadas de sexo femenino osciló alrededor

particularmente su introducción en los programas de los cursos y en los temas de investigación de monografías y tesis.

En 1898, en la recientemente creada Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, una reforma del plan de estudios permitió la creación de la primera cátedra de sociología en nuestro país. Esta cátedra fue otorgada de forma provisoria al profesor Antonio Dellepiane, quien dictó el curso de 1899. Aunque el programa de la materia no fue publicado, existen algunos indicios que permiten suponer que desde que fue dictada por primera vez, los problemas planteados por el feminismo fueron objeto del análisis del curso. En 1900 la facultad había emitido una ordenanza especial, según la cuál los temas de tesis debían ser elegidos en función de una terna propuesta por cada profesor de la facultad, según las temáticas tratadas en sus materias (Buchbinder, 1997). Ese mismo año, dentro de la terna propuesta por Dellepiane para el área de sociología uno de esos tres temas fue “El movimiento feminista: historia, significado, alcance y estado actual, conjeturas sobre sus resultados en el futuro.”¹⁰ Elvira López, una de las alumnas de Dellepiane y bajo su dirección presentó al año siguiente su tesis titulada **El movimiento feminista**.

Aunque sea difícil corroborar que haya sido incluido en el temario de la materia de sociología, lo cierto es que el feminismo y la situación de la mujer estuvieron entre las primeras nueve tesis de doctorado de la Facultad de Filosofía y Letras y que esto se gestó en la materia de sociología. A partir de la designación de Quesada como profesor titular en 1905, esta tendencia se profundizaría. Además de los programas publicados, Quesada hizo referencia en otros artículos sobre el hecho de que en su cátedra había incluido el análisis de la situación de la mujer en diferentes épocas y diversas sociedades (Quesada, 1920a).

La cátedra de sociología tenía dos profesores suplentes: Carlos Saavedra Lamas y Alfredo Colmo. El segundo (1906; 1907) incluyó el feminismo en el programa de sus clases. El interés y el conocimiento de Colmo sobre el tema se evidencia también a partir de su biblioteca personal que concentra una cantidad considerable de volúmenes sobre la situación de la mujer escritos antes de 1930.¹¹

Por otra parte, Quesada tenía una dinámica particular en su cátedra, ya que vinculaba la influencia de las mujeres en las trayectorias biográficas de los autores que enseñaba en sus clases. Este interés se había iniciado mucho antes de asumir la cátedra de sociología. En 1881, apasionado por la publicación de la correspondencia de Goethe, Quesada escribió y publicó un texto titulado **Goethe: sus amores. De la influencia de la mujer en sus obras literarias**. Desde ese momento, se interesó por algunos

aspectos de la historia intelectual y argumentó sobre la importancia de analizar en clave biográfica las obras de los “grandes hombres”. Allí concluía que:

Es solamente aplicando este examen implacable al estudio crítico de los grandes hombres que se puede llegar a asistir, por decirlo así, a la generación misma de sus obras, descubriendo sus causas, ínfimas a veces, que han originado o influido notablemente en sus producciones. (Quesada, 1881, reproducido en **Verbum** n° 52: 668).

Convencido del valor de este método, Quesada desarrolló un esquema de trabajo a partir del cual analizaba en clave biográfica la obra de los autores que enseñaba en su cátedra de sociología. El aspecto novedoso de este examen biográfico es el hecho de que repetidamente intentará componerlo rastreando la influencia de las mujeres en sus obras. Gran parte de los pensadores que Quesada enseñó en su cátedra: Spencer, Buckle, Comte y Stuart Mill, fueron examinados en esa clave.¹² En 1919, uno de sus ex alumnos publicó en **Verbum**, la revista del centro de estudiantes de la facultad, una compilación que incluyó los extractos de los textos de Quesada en donde analizaba la influencia de las mujeres en esos autores (Binayán, 1919). Sin embargo, con excepción de Mill, en la mayoría de los casos esa influencia era tematizada bajo los estereotipos femeninos de entonces: los cuidados maternos (en el caso de Buckle) o el amor platónico de una “frágil y enferma mujer” (Comte). En el caso de Stuart Mill, retomando su autobiografía, mostró los cambios de rumbos de su filosofía operados por la influencia —esta vez sí intelectual— de Harriet Taylor. Asimismo, Quesada siguió con mucho interés la polémica epistolar entre Comte y Stuart Mill, quienes durante meses discutieron sus posiciones sobre la mujer y la desigualdad social de los sexos.¹³ Una lectura de lo que ha escrito Quesada sobre el tema permite inferir que éste se terminó posicionando en un punto medio entre el feminismo de Mill y la misoginia comteana, mutando de una posición inicial más cercana al filósofo inglés hacia una postura más crítica al feminismo a medida que pasaron los años.

Pero si algunos habían querido entender que ese ejercicio biográfico implicaba, por parte de Quesada, una defensa del trabajo intelectual en las mujeres, éste se encargó de desmentirlo. Quesada defendía la educación superior femenina como forma de elevación intelectual de quienes había sido relegadas largo tiempo al ostracismo hogareño. Pero la *función* de intelectual le resultaba antinómica con la condición femenina. Gobernada por su fecundidad, la mujer es madre en el sentido figurado e individual y su condición de madre, en el sentido social y metafórico, se proyecta a “la vida del Estado: en la beneficencia pública en la

del 50%. A lo largo de los primeros 30 años (entre 1901 y 1931) la distribución de graduados del doctorado fue la siguiente: 52% de mujeres y 48% de varones. Si dividimos estos 30 años en dos períodos de 15 años, entre 1901 y 1916 la distribución de graduados por sexo fue: 65% hombres y 35% mujeres, en el segundo período (1917-1931): 59% mujeres, 41% hombres (Denot, 2007).

10 **Anales de la Universidad de Buenos Aires**. Tomo XIV, 1899-1900, pp. 151-157. (Citado en Pereyra, 1998)

11 Cfr: Archivo Colmo, Biblioteca Nacional de Maestros.

12 Ver: **Stuart Mill: su obra sociológica** (1905), **H. T Buckle: su papel en sociología** (1905), **Herbert Spencer y sus doctrinas sociológicas** (1907) **Augusto Comte y sus doctrinas sociológicas** (1910), entre otros.

13 Quesada creía que en esa polémica epistolar se hallaba el origen de un relativo distanciamiento entre Comte y Stuart Mill y que era, por lo tanto, un dato fundamental para comprender los rumbos divergentes que fue tomando el pensamiento de ambos autores.

asistencia, la educación de la niñez, el cuidado de los enfermos, etc.” (Quesada, 1920b: 20). Como veremos más adelante, en realidad Quesada discutía con la concepción de “mujer creadora” desarrollada en los libros de Helene Lange, una feminista alemana quien según su lectura había tenido una importante recepción en Argentina.

Más allá de la práctica de rastrear la influencia femenina en la obra de los autores que enseñaba en sus clases, o de su posición sobre el carácter antinómico de la función intelectual con la condición femenina, lo cierto es que Quesada y su suplente Alfredo Colmo introdujeron el análisis de la situación de la mujer y del fenómeno del feminismo en los programas de las clases de sociología más de una vez a lo largo de los años.

Intelectuales, feminismos y sociología: las transformaciones del '20.

En 1920, Quesada publicó un segundo artículo sobre el feminismo, más extenso y completo que la conferencia de 1898, en la **Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias y Educación** dirigida por José Ingenieros (Quesada, 1920a). El origen de este texto tiene una historia curiosa. Su escritura se originó en el pedido de la Unión Feminista Nacional (UFN), que había planeado para el mes de noviembre de 1919 una conferencia en honor al regreso al país de su presidenta Alicia Moreau, quien había viajado en misión a EE.UU. Aparentemente, el plan de la UFN era que, en el marco de esa ceremonia de agasajo y bienvenida, fuesen Quesada y Alicia Moreau los que pronunciaran conferencias sobre el feminismo. Sin embargo, Quesada no pudo cumplir con el pedido dado que uno de sus hijos enfermó ese mismo mes y falleció al siguiente. La conferencia quedó, entonces, pendiente y debió reprogramarse para marzo de 1920. Pero ese mismo mes, tuvo lugar un hecho que fue un punto de inflexión en el movimiento feminista local, cuando varias organizaciones, entre ellas la UFN, organizaron el primer ensayo electoral de mujeres. El hecho no pasó sin escándalo: a los comentarios sarcásticos de la prensa se sucedieron libros y artículos que alertaban contra el peligro de la radicalización del movimiento al estilo europeo.¹⁴

Finalmente, la conferencia de Quesada no fue presentada para la UFN, sino en el Consejo Nacional de Mujeres (CNM), en el mes de junio de 1920. El texto, profundamente crítico de los supuestos cambios de rumbo político¹⁵ de la organización comandada por Alicia Moreau, había sido simultáneamente enviado para su

publicación a la **Revista de Filosofía** que salió en julio de ese mismo año. El conflicto dejó marcas en los textos. Aunque son prácticamente idénticos, el publicado en la revista de Ingenieros lleva por título “La lógica de nuestro feminismo” y dice haber sido escrito a pedido de la UFN; y el otro, publicado como folleto por los Talleres Rosso con el título “El feminismo argentino. Tendencias y orientaciones”, haber sido escrito a pedido del Consejo Nacional de Mujeres.

El cambio de interlocutores no es un dato menor. Ambos sectores ya se habían enfrentado diez años antes cuando, en vistas de las celebraciones del centenario, no se habían puesto de acuerdo para la realización de un congreso femenino. En aquel entonces, las diversas perspectivas sobre los rumbos de las luchas de las mujeres, habían derivado en la realización de dos congresos casi simultáneos. El oficial, como no es de extrañar, terminó siendo el del sector más conservador, organizado por el CNM. El otro, organizado por la Asociación “Universitarias Argentinas” y apoyado por otras múltiples organizaciones, fue un congreso internacional en el que participaron mujeres de diversos países. Antes de este conflicto, algunas de las inspiradoras de la creación de la Asociación “Universitarias Argentinas”, como la Dra. Cecilia Grierson, habían formado parte de la creación del Consejo Nacional de Mujeres y con el tiempo habían partido manifestando diferencias. Si bien este Consejo había funcionado como organismo coordinador de las múltiples organizaciones de mujeres¹⁶ que existían a principios de siglo, las diversas tendencias en el interior del movimiento ponían en cuestión esta función y existían numerosas organizaciones por fuera de él. Si esto ya era así hacia 1910, diez años después, las diferencias se profundizarían por el ímpetu tomado por el sector que asumió la lucha por el sufragio.

La crítica de Quesada al cambio de rumbo del feminismo, se construía desde un análisis sociológico de la realidad nacional que buscaba evidenciar la inconveniencia de sus nuevas tendencias. Allí, él retomaba su argumento de 1898, pero pasando de la insistencia a la advertencia. Su mensaje era claro. Desde hacía más de 20 años las dirigentes del feminismo argentino habían viajado para participar en congresos y reuniones internacionales, y los contactos con el movimiento en Europa y EE.UU. eran importantes. Quesada atribuye la “mudanza” hacia el sufragismo a la imitación de las tendencias en otros países y les advierte:

(...) apreciado rectamente el moderno feminismo, como un movimiento sociológico, es evidente que su aspecto exterior —la fachada de su grandioso edificio— da mil resplandores y vislumbres, considerándolo como un conjunto internacional y prescindiendo de las peculiaridades regionales. *A los que inadvertidamente lo contemplan, los pone la luz muy de lleno en lleno, con lo cual se encandilan.* Ibídem: 9-10. Las cursivas nos pertenecen).

14 Los ecos en la prensa se encuentran reseñados por Dora Barrancos (2001). En 1920 se publica un libro dedicado a cuestionar los hechos de marzo, ver: Zicari (1920).

15 Quesada estaba convencido de que la Unión Feminista Nacional había cambiado su programa luego de 1920. Si bien es cierto que, como él lo hace notar, esta organización no había incluido en sus bases la demanda del sufragio, muchas de sus militantes, incluyendo su presidenta Alicia Moreau, lo demandaban desde mucho antes de esa fecha. Ocurre que muchas feministas participaban simultáneamente de varias organizaciones y en cada una se habían logrado distintos consensos sobre sus bases o programas mínimos. Aunque la UFN no había incluido el sufragio en su programa inicial, fue una de las que se plegaron a las actividades de marzo de 1920.

16 Todas estas referencias remiten al sector “burgués” de los movimientos feministas y de mujeres. Los sectores anarquistas, aunque tenían una posición verdaderamente radical en su demanda de emancipación de la mujer, no se reconocían como feministas puesto que identificaban el vocablo con los sectores burgueses o el reformismo de las socialistas (Barrancos, 1996).

Quesada no se ubicaba como ciudadano común frente al debate, sino como sociólogo e intelectual frente a un objeto que debe ser analizado desde el terreno de las ciencias sociales. No es una posición que él asumía unilateralmente. En la nota anteriormente citada de **La Quincena**, el periodista hacía un llamado a que “sobre tema tan delicado y que tan íntimamente se relaciona con las ciencias sociales” se pronunciara “la opinión elevada de los que han estudiado el gran problema”. Lo mismo puede decirse de la UFN, que había sido la que originalmente había pedido a Quesada que, en tanto intelectual y sociólogo, se pronunciara sobre el tema. Y es desde ese lugar que Quesada argumenta:

Es verdad que el observador superficial, por lo general, al darse a la contemplación de un edificio de aspecto tan majestuoso como el feminismo actual, considera (...) su exterior más o menos atrayente. Pero al sociólogo, como al constructor reposado, no se le apartan de la mente los cimientos del edificio, pues sabe que los errores artísticos de la fachada pueden fácilmente corregirse borrando y desborrando, puliendo y retocando, pero que las fallas o puntos débiles de los cimientos ponen en gran riesgo la solidez futura de todo el seductor edificio. He ahí por qué, al examinar con madurez el movimiento feminista contemporáneo, desearía proceder como el constructor de mallas, que primeramente comprueba despacio si los cimientos son o no sólidos y si tienen o no puntos débiles, para que ninguno se pierda de vista. (Quesada, 1920a:15).

Esta posición de Quesada no era nueva y está profundamente enraizada en su intervención en la sociología y en lo que él pensaba que ésta debía ser. En el inicio de **La cuestión obrera y su estudio universitario**, conferencia con la que había inaugurado públicamente su curso de economía política en la Universidad Nacional de La Plata, había argumentado sobre la importancia de estudiar la cuestión obrera argentina. “Hasta los más indiferentes se dan cuenta de que se encuentran en presencia de un problema que no es posible solucionar a *poncho limpio*, sino que es menester estudiar en sus diversos aspectos” (Quesada, 1907: 3). Pero al mismo tiempo denunciaba que:

Universitarios y políticos han hecho gala, entre nosotros de rehuir hasta ahora ese estudio, como si de esa manera se quitara importancia a la cuestión, sin percatarse de que, con tan cándido temperamento, se magnificaba el problema y se le entregaba por completo a la propaganda de agitadores profesionales, dejando al público sin la suficiente preparación para contrarrestar esa prédica o para valorarla convenientemente. (Ibídem: 5).

Este texto, distintivo de su posición sobre las ciencias sociales, muestra cómo Quesada impulsaba entre sus contemporáneos, la “preocupación por orientar las incipientes ciencias sociales argentinas hacia el estudio de problemas prácticos” (Zimmermann, 1995: 71). De hecho, fue uno de los primeros intelectuales que introdujo el marxismo y el análisis de la cuestión obrera en las aulas de la universidad, en un tipo de intervención que, como evidenció Pereyra (1999: 42), “generó una puja entre el discurso

científico y el discurso político, entre el espacio académico y el espacio cultural, por apropiarse de la verdad y la legitimidad de la teoría marxista”.

Una clave de lectura posible de la obra de Quesada parecería indicar que el interés, tanto de generar en nuestro país un análisis sobre la clase obrera, como sobre la cuestión femenina a nivel académico universitario, fue influenciado por su lectura de Stuart Mill. Si su forma de concebir a la sociología como ciencia omnicomprensiva de lo social es una clara reminiscencia comteana, algunas de sus elecciones temáticas, es decir de sus objetos de análisis, parecen remitir al pensador inglés.¹⁷ La obra de ambos había sido analizada en sus primeras clases de sociología.

Cierto es que de defensor inicial del feminismo en **La cuestión femenina**, se produce 22 años después de esta conferencia un viraje que se expresa en la crítica al sufragismo y que lo acerca a sectores más conservadores de los movimientos de mujeres. Es factible que por la radicalidad de su conferencia de 1898, y por la labor desarrollada en su cátedra de sociología, se haya difundido una visión que atribuía a Quesada ciertas ideas respecto al feminismo que no eran tales. En su primera conferencia había expresado:

(...) ¿es razonable el feminismo que tiende a acordar derechos políticos a las mujeres? Teóricamente no puede ser más justificado, pues se basa en la mismísima razón que acuerda a los varones dicha franquicia: en el hecho de que todo contribuyente tiene derecho para ser gobernante, es decir, elector y elegible. En realidad, ante la persona moral del Estado, ambos sexos son iguales, Pero ¿no producirá esa reforma, caso de triunfar, una inversión completa en las costumbres, y, al convertir a las mujeres en miembros del parlamento y “hombres de estado”, no relegará acaso a los varones (...) a ser amas de cría... y todo lo demás..” (...) ¿No se corre quizá el peligro de violar leyes eternas, al apartar a la mujer del reinado del amor, y al virilizar demasiado al sexo femenino? (...) La mujer en este fin de siglo parecería aspirar, por una inconsecuencia verdaderamente digna de su sexo, a despojarse de lo femenino, en lo más íntimo e irremplazable del concepto; y a competir con los varones, a brazo partido, en la lucha prosaica por la vida. Si las cosas se extreman (...) traerá consigo una verdadera y honda perturbación social, de la que quizá no salga lo mejor parada la mujer. (Quesada, 1898: 33-36).

Junto a la afirmación primera del derecho al sufragio, planteando la igualdad política frente al Estado en abstracto, se sigue una pre-ocupación en tono de pregunta sobre las posibles consecuencias de esta transformación a nivel concreto. Esta ambigüedad debe

17 Quesada atribuía a Stuart Mill la emergencia de una corriente orientada al análisis de problemas prácticos. Asimismo, estaba convencido de que la obra de Mill que inauguró dicha corriente (Political Economy) fue una influencia clave en los desarrollos de Marx, y en especial el de su obra **Das Kapital**. Cfr. Quesada, E., **Stuart Mill: su obra sociológica**, Buenos Aires, 1905. Extracto publicado en, **Verbum Revista del centro de estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras**, n° 52, oct-dic 1919, pp. 677-680.

haber generado distintas interpretaciones en su tiempo. También en la actualidad genera disidencias: algunos concluyeron que había allí una defensa del sufragio (Barrancos, 2005). Por eso, cuando hacia 1920 los sucesos del ensayo electoral ubicaron las preguntas en el terreno de lo concreto, Quesada, recurriendo a una típica e inteligente operación intelectual se auto-cita, e inserta esos mismos párrafos de la conferencia de 1898 en su nuevo artículo (Quesada, 1920a: 7-8) intentando demostrar que desde siempre su oposición al sufragismo había sido manifiesta.

El centro de la argumentación de este segundo texto, se organizaba en torno a demostrar la existencia de tres falacias en el feminismo argentino. La primera desarrollaba el “maridaje ilógico” [sic] que vinculaba la idea de la liberación o independencia de la personalidad femenina con la emancipación económica y la igualación civil y política. Para Quesada, la idea de liberación o emancipación respondía a un proceso individual y estaba atada a una redención del orden religioso o metafísico. La independencia económica, civil y política correspondía, en cambio, al ámbito social y su realización se vinculaba a la organización colectiva. La primera falacia del feminismo era, entonces, la de creer, y aun peor: *hacer creer* que la independencia económica, social y política (junto con sus respectivos derechos) traería la emancipación de la mujer. Partiendo de la “dolorosa comprobación de que la mujer, como tal está por secular atavismo más ligada a las prosaicas exigencias de la vida”, Quesada (1920b: 17) les advertía que la liberación femenina no era posible, por estar atada a su destino biológico de madres.

La segunda falacia, sustentada en la idea de la “mujer creadora” de la feminista alemana Helene Lange, correspondía al hecho de sugerir la idea de una mujer intelectual. Según él:

(...) o la personalidad femenina es creadora y entonces no es propiamente madre (...) o por el contrario, en realidad es mujer, que tiene todas las potencias ocupadas por el amor de esposa, y entonces no es creadora ni saca a la luz mundos de la nada. La idea de una mujer a la vez creadora y fecunda, trabajadora intelectual y madre, encierra en sí tal contradicción que no puede disimularse la antítesis ni esconder su deformidad: va contra la verdad íntima. (Quesada 1920b: 20).

Por último, el tercer yerro era el de orientarse en contra de la esencia femenina. Como la esencia fundamental de lo femenino correspondía a la maternidad, para Quesada el feminismo debía propender a la expansión social de este “destino biológico”: a la proyección de la familia en el Estado, a través de la beneficencia pública y la “asistencia de todo lo que representa la conservación de la vida” (Ibidem: 23).

Si bien Quesada había sido un defensor de muchas propuestas del feminismo, a partir de la radicalización del movimiento, como se vislumbra en el artículo de 1920, fue mutando su posición. Como muchos otros intelectuales, lo había celebrado en sus inicios, cuando éste parecía orientarse a buscar la “elevación moral” de la condición femenina a través de la educación y su participación de la vida del Estado bajo la lógica del maternalismo político.

Pero la relación de Quesada con el feminismo no puede resumirse sólo a este momento, ni al análisis de estos textos de forma aislada. Si por el contrario los leemos en función de su biografía intelectual y del contexto social y político que la excede, se evidencia que hacia la fecha de publicación de **La lógica de nuestro feminismo** Quesada ingresaba en su etapa de crisis y desencantamiento que concluiría con la decisión de dejar su cátedra de sociología, y un tiempo después, partir hacia Europa. De la misma forma, si el feminismo 20 años atrás había sido relativamente bien recibido por ciertos sectores del ámbito cultural e intelectual, las nuevas tendencias sufragistas eran objeto de numerosas críticas. Por otra parte, el feminismo, más que un movimiento era una variedad de movimientos que entre ellos no compartían la misma visión sobre su quehacer; y el feminismo moderado y el maternalismo político defendido por Quesada, había sido compartido por muchas mujeres de distintas organizaciones (Lobato, 2000; Nari, 2004).

Al principio de estas notas retomábamos el retrato de Rubione sobre Quesada donde remarcaba su posición pionera en las más diversas áreas. Posiblemente, dicha condición tenga origen en su interés por transformar en objeto sociológico y en programa de estudio universitario, aquellas cuestiones que a sus pares le producían “extrañeza” o “incómodo desgano”, como lo denunciaba en su curso de economía política (Quesada, 1907). Atendiendo a esta posición, no es de extrañar que haya sido él, *el primero que* haya analizado el feminismo a partir de la sociología, y haya sido uno de los grandes contribuyentes a introducir en las aulas universitarias el examen de la división sexual como problema social. Si tenemos en cuenta el tiempo que llevó, tanto en nuestro país como en el resto del mundo, para que los estudios de género emergieran de manera institucional en el ámbito académico, el carácter precursor de estas décadas de “feminismo en la universidad” se vuelve aun más evidente.

Examinando el proceso desde este punto de vista, resulta claro que el problema no es el de definir a Quesada como feminista o antifeminista, como defensor o crítico de su causa. Como muchos otros intelectuales de su época, defendía algunos aspectos, criticaba otros y fue cambiando de posición conforme a la evolución del movimiento. Como en lo referido a otros temas, la moderación y el reformismo eran rasgos predominantes en el pensamiento de Quesada. Pero esta moderación no debe confundir. No era él un exponente de un conservadurismo crítico con los fenómenos de la modernidad. Quienes han estudiado su obra al detalle, como Terán (2000: 213) lo ubican como “...un punto de *liaison* entre el viejo mundo patricio y señorial por una parte, y, por la otra, el deslumbramiento gozoso ante los logros de la modernidad”. Y en esa *liaison* juega un rol central su manera de concebir la sociología, porque como afirma Terán “...si ese pasaje entre tradición y modernidad no lo espanta es porque de esa modernidad Quesada creía efectivamente conocer las leyes, y ese saber en el que confiaba era el que le brindaba la sociología —tenida como ámbito de comprensión y resolución de las fracturas que esa misma modernidad no puede sino generar—” (Ibidem).

Conclusiones

Desde finales del siglo XIX y a lo largo de las primeras dos décadas del siglo XX en el marco de importantes transformaciones culturales y sociales, el feminismo y los problemas planteados por las desigualdades de género formaron parte de los debates del momento.

Pero este fenómeno no fue, como a veces parece creerse un fenómeno inmanente al mundo femenino y a los movimientos de mujeres, como tampoco puramente restringido al campo político. Inserto también en el campo cultural, algunos intelectuales debatieron y analizaron la "cuestión femenina" en los espacios y a partir de las nociones de las ciencias sociales en general y la sociología en particular. Y si esto fue así, fue porque ciertos intelectuales agrupados en la corriente "liberal reformista" impulsaron un tipo de orientación de las nascentes ciencias sociales hacia el estudio de los problemas prácticos (Zimmermann, 1995). El optimismo inicial de la generación del '80, cuando con la instauración del estado moderno parecían haberse resuelto las preocupaciones de las generaciones intelectuales que los precedieron, había decaído tras la Revolución del '90. Pero ese optimismo inicial se refundaría en las filas de una minoría de la intelectualidad positivista sustentada en la fe en las modernas ciencias sociales como el instrumento más idóneo para encarar soluciones a la *cuestión social*.

A pesar de que Gino Germani (1968), décadas después construiría una historia de la sociología que autosustente su mito de *héroe fundador*, ésta no fue en su nacimiento idealista y abstracta como él la calificó, sino que desde sus primeras expresiones institucionales se orientó hacia una preocupación por los problemas prácticos y buscó fundamentar su carácter científico.¹⁸ En las primeras cátedras de sociología y los escritos de sus primeros docentes sobresalen los análisis de los temas que preocupan en la época: la cuestión obrera, el comportamiento de las masas, los problemas planteados por las migraciones y por el feminismo, entre otros.

De esta forma, varios de los acontecimientos fundacionales en relación a la emergencia de los interrogantes que más tarde constituirían el campo de los estudios de género, en nuestro país aparecieron intelectual e institucionalmente ligados al nacimiento de la sociología. Esta primigenia construcción de los problemas de la desigualdad de género como objeto de las ciencias sociales no fue ni un plan explícito, ni fruto del progresismo de quienes tuvieron un rol clave en ese proceso, como Ernesto Quesada. Pero ese contexto de transformaciones culturales y las nuevas orientaciones de los estudios de las ciencias sociales resultaron favorables para quienes, como Elvira López, en los intersticios de un sistema aún hostil, se doctoró con una producción intelectual novedosamente radical para la época.

18 Ver: Quesada, E., *La sociología. Carácter científico de su enseñanza*, Buenos Aires, Menéndez, 1905. Más información en este número, ver el artículo de Diego Pereyra "Sociología e investigación social en la obra de Ernesto Quesada. Algunas reflexiones sobre la repercusión internacional de sus ideas y el desarrollo de las ciencias sociales en Argentina", en particular lo referente a la polémica entre Quesada y Cané.

Referencias bibliográficas

- Barrancos, D. (1996), "Mujeres de 'Nuestra Tribuna': El difícil oficio de la diferencia", en *Revista Mora*, n° 2, Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género.
- Barrancos, D. (2001), *Inclusión/Exclusión. Historia con mujeres*, Buenos Aires, FCE.
- Barrancos, D. (2005), "Primera recepción del término 'feminismo' en la Argentina", en *Labrys estudios feministas/études féministes*, N° 8 agosto-diciembre 2005.
- Binayán, I. (comp.), "La influencia femenina en el trabajo intelectual" en, *Verbum Revista del centro de estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras*, N°52, oct-dic 1919.
- Buchbinder, P. (1997), *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, EUDEBA.
- Bunge, C. O. (1902), *La Educación*, Madrid, La España Moderna.
- Colmo, A. (1906), "Programas de sociología de 1906", en *Archivo de la Facultad de Filosofía y Letras*, caja 25. Doc. N° 5. *Ídem* 1907.
- Denot, S. (2007), "La emergencia de las mujeres en la Universidad de Buenos Aires: transformaciones del campo intelectual y nuevos sujetos, 1889-1930". V Encuentro Nacional y II Latinoamericano La universidad como objeto de investigación, UNICEN, Tandil. ISBN 978-950-658-187-9.
- García de Zúñiga, C. (1920), "Prologo", en Zicari, E., *El feminismo y la mujer argentina*, Buenos Aires, s/e.
- Germani, G. (1968), "La sociología en Argentina", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, N° 3, Buenos Aires, noviembre de 1968.
- Ingenieros, J. (1898), "Bases del feminismo científico", en *El Mercurio de América*, Año I, T. I, Buenos Aires, noviembre de 1898.
- Latzina, F. (1885), "Ocurrencias sobre el feminismo", en *El Tiempo*, 14 de marzo de 1898.
- Lobato, M. Z. (2000), "Entre la protección y la exclusión: discurso maternal y protección de la mujer obrera, Argentina 1890-1934", en Suriano, J. (comp.) *La cuestión social en argentina 1870-1943*, Buenos Aires, La Colmena.
- López, E. (1901), *El Movimiento Feminista*, Tesis presentada para optar al Doctorado en Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Imprenta Mariano Moreno.
- Nari, M. (2004), *Políticas de maternidad y maternalismo político*, Buenos Aires, Biblos.
- Oviedo, G. (2004), "Una aporía del patriotismo filológico: el argentinismo extranjero", en *La Biblioteca. Revista fundada por Paul Groussac*, N° 1, verano, 2004/2005, Buenos Aires, Biblioteca Nacional.
- Pereyra, D. (1998), *La enseñanza de sociología en la UBA (1898-1921)*, Tesis presentada para optar al grado de Magíster en Investigación en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, diciembre de 1998, mimeo.

- Pereyra, D. (1999), "Fantasmas, fanáticos e iluminados en la UBA. Reformismo, socialismo y política en el debate sobre el marxismo en las clases de sociología durante la primera década del siglo", en **Estudios Sociales**, IX, 16, Santa Fe.
- Quattrocchi Woisson, D. (1995), **Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina**, Buenos Aires, Emecé.
- Quesada, E. (1881), **Goethe: sus amores. De la influencia de la mujer en sus obras literarias**, Buenos Aires, Imprenta Mayo.
- Quesada, E. (1898), **La cuestión femenina**, Buenos Aires, Coni.
- Quesada, E. (1907), **La cuestión obrera y su estudio universitario**, Buenos Aires, Librería de J. Menéndez.
- Quesada, E. (1920a), "La lógica de nuestro feminismo", en **Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias y Educación**, Buenos Aires, AñoVI, N° 4.
- Quesada, E. (1920b), "El feminismo argentino. Tendencias y orientaciones" presentado en el Consejo Nacional de Mujeres el 21 de junio de 1920, Buenos Aires, Rosso.
- Rubione, A. (1983), "Estudio preliminar", en Rubione, A. (comp.) **En torno al criollismo**, Buenos Aires, CEAL.
- Tarcus, H. (2007), **Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos**, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Terán, O. (2000), **Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la cultura científica**, Buenos Aires, FCE.
- Vaca Guzmán, S. (1882), **La Mujer ante la ley civil, la política y el matrimonio**, Buenos Aires, Coni.
- Zícarí, E. (1920), **El feminismo y la mujer argentina**, Buenos Aires, s/e.
- Zimmermann, E. (1993), "Ernesto Quesada, La época de Rosas, y el reformismo institucional del cambio de siglo", en Devoto, F. (comp.) **La historiografía argentina en el siglo XX**, Buenos Aires, CEAL.
- (1995), **Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina 1890-1916**, Buenos Aires, Sudamericana/Universidad de San Andrés.

Resumen

Este artículo busca dar cuenta de un aspecto poco conocido y poco trabajado de la obra de Ernesto Quesada: sus escritos sobre la "cuestión femenina" y el feminismo. A pesar de no haber trabajado profunda o extensamente el tema, este intelectual fue uno de los pocos y uno de los primeros en escribir sobre la situación de las mujeres y sobre el emergente feminismo en Argentina. En su carácter pionero, Quesada tuvo un rol importante en la temprana recepción del feminismo en los ámbitos académicos. El objetivo de este artículo es presentar los escritos de Quesada sobre la situación de las mujeres y el feminismo examinando el rol de este intelectual en el proceso de construcción de la "cuestión femenina" como objeto de análisis sociológico.

Palabras Clave

Ernesto Quesada, Feminismo, Sociología.

Abstract

This paper aims to highlight a less known and insufficiently examined aspect of Quesada's work: his writings on the "feminine issue" and feminism. Although Quesada has not extensively researched the subject, he was one of the first—and the few—to write on the women's situation and on the emergent feminism. Being a pioneer, Quesada had a central role in the early academic reception of feminism. This paper examines his academic production on women situation and feminism, focusing in his intellectual role in the process in which the "women issue" was constructed as sociological object.

Keywords

Ernesto Quesada, Feminism, Sociology.

Rómulo Carbia y la canonización historiográfica de Ernesto Quesada

Gerardo Oviedo

Temática y problemática

Cuando en 1898 Ernesto Quesada publica lo que resultaría solo la primera versión de **La época de Rosas**, no podía imaginar que la historia de influencias del libro alcanzaría a colocarlo en un sitial de historiador que rebasaba palpablemente lo que pronto serían sus propias expectativas como “sociólogo”. Y ello, acaso, consecuentemente con convicciones y compromisos cognoscitivos del propio Quesada, que se encaminaban a formular su teoría de la historia “evolutiva y orgánica” tan especulativamente, que apenas desmentían sus intenciones conceptivas de fondo. Esto es, los motivos de un corpus de investigaciones cuyas pretensiones de universalidad y alcance explicativo, y a veces, aun metafísico, conducían a elaborar una arquitectónica intelectual que cada vez se avenía menos con los límites impuestos por la “ciencia empírica”. Sin duda ello tuvo implicancias en los destinos posteriores de su obra. En principio, los inconvenientes propios de un pensamiento que profesaba el gusto por la hibridación de los géneros y se alojaba con soltura en las fronteras de disciplinas que, por entonces, buscaban denodadamente definir su puesto en la cultura universitaria. Atributos distintivos que terminaron por convertir a Ernesto Quesada en una especie de autor inclasificable, carente de inscripciones definidas en las genealogías histórico-intelectuales argentinas.

Es que sus copiosas, y en muchos casos, voluminosas indagaciones y reflexiones, no compartían solo las incumbencias del sociólogo y las del historiador en un sentido profesionalista que el propio Quesada era propenso a introducir y consagrar novedosamente. Menos contribuían a definir ese perfil de profesional especializado que promovía la nueva cultura académica, sus desempeños como filólogo, archivista, jurista, publicista político, crítico literario, periodista y hasta cronista de viajes. Sino que, al acompasar las formas de ejercicio liberal del oficio que habían de reemplazar al erudito independiente y finalmente al *gentleman*-profesor que, también, era el propio Quesada, lo hacía con flexiones y proyecciones que cabriolaban por zonas y recodos muy alejados de lo que podría esperarse de la aplicación de un “método” del que, entretanto, también procuraba detentar sus cada vez más prestigiosos títulos. En fin, y yendo al punto: la evidencia de que la potencia intelectual y la vasta formación de Quesada discurrían, antes que por esas lípidas demarcaciones de esfera que querían instaurar la historiografía y la sociología de acuerdo a sus facultades lógicas y también a sus aspiraciones institucionales, más bien, decíamos, ese pensamiento llegaba a desplegarse en los dominios siempre sinuosos y abismados de la *filosofía* y del *ensayo*.

Ante ese contenido innegablemente filosófico, o al menos filosofante, y ensayístico de su obra, procedentes del fuerte carácter teórico y ontológico que nutría su comprensión histórica y sociológica, e inseparable de su modernismo romántico antiliberal, se planteaba ya la doble dirección que tomaría la “recepción” de su legado entre nosotros, por utilizar una expresión metodológica quizá exagerada para referirnos al derrotero del pensamiento quesadiano en el siglo XX. Vemos, por un lado, la tendencia a definir a Quesada como un sociólogo, incluso como el primer sociólogo en sentido académico, y en consecuencia, la propensión a valorarlo por su condición de representante del positivismo. Este trayecto tomaba a su cargo la faz más teórica y modernizante del autor. Pero por otro lado, prosperaba la tendencia a ver en Quesada, eminentemente, un historiador, siguiendo un recorrido que daba cuenta de su quehacer más erudito, filológico y archivológico. Esta línea, a su vez, se ha subdividido entre la vertiente “revisionista” y la vertiente “académica”, siendo reclamado simultáneamente por una y otra. Frente a estos itinerarios de la recepción de Quesada en el siglo XX, creemos pertinente señalar dos rasgos notorios. 1) La escasa o inexistente comunicación entre ambas direcciones o tendencias que recogieron el aporte quesadiano, la sociológica y la historiográfica, lo que se manifiesta en una fragmentación y desconexión trasladada al interior de la obra del autor. Así surge la imagen de un Quesada que aborda múltiples temáticas sin mayores enlaces internos entre sí (Rosas, el criollismo, la cuestión social, el antiimperialismo, la antropología americanista, etc.). 2) El hecho indudable de que la línea historiográfica es la que más atenta y sostenidamente ha mantenido un vínculo con la herencia de nuestro autor a lo largo del siglo XX, dando por resultado, sin embargo, una doble genealogía. En menor medida: a) quienes ven en Quesada un predecesor de la historiografía “académica”; y mayoritariamente: b) quienes sostienen que Quesada es un historiador “protorevisionista”.

Frente ello, nosotros creemos necesario articular orgánicamente tan bifurcadas y desdobladas apropiaciones. Si bien, creemos acertada la perspectiva de ver en Quesada a un historiador filosófico asistido por la teoría social, antes que un “sociólogo” en un sentido restringido del término. En virtud de que el contenido de la “sociología” de Quesada estriba, en rigor, en una *teoría de la sociedad* tan generalizadora y abstracta, por un lado, y tan centrada en la aplicación a la comprensión historiográfica, por el otro, que nos parece del todo justificado, o al menos, ajustado, hablar de una *filosofía de la historia sociológicamente informada*,

antes que de una “sociología” sin más, a la hora de calificar su legado intelectual. Por su puesto, sin cargar demasiado a la cuenta de los rótulos la valoración de su pensamiento. Evidentemente ello no excluye la obsesiones del autor específicamente referidas al “carácter” de ese nuevo saber de la modernidad que era la Sociología, ni muchos menos viene a soslayar sus adherencias científicas más pronunciadas, sobre todo en los escritos que rondan el 900.¹ Más bien, nuestro interés consiste en interpretar el vuelco spengleriano experimentado por Quesada hacia la primera posguerra, como una maduración y consumación de una reflexión filosófico-históricamente ya encaminada desde un principio, esto es, en sus estudios sobre las guerras civiles. Y ello, no obstante que la influencia posterior de Oswald Spengler bastaría por sí sola para remitirlo al terreno de la filosofía de la historia sin más trámite. Aun cuando ella se corresponda, en la autocomprensión del autor, con la aparición de una más amplia “sociología relativista”. Que a su juicio conformaba una innovadora y poderosa escuela de teoría social destinada a desplazar, exitosa y definitivamente, a las más moderadas o débiles versiones de procedencia francesa y británica, sobre todo las de Auguste Comte y Herbert Spencer, todavía dependientes de un falso progresismo iluminista. A Oswald Spengler cabría el rango de clásico fundador de una sociología definitivamente universal de los ciclos históricos mundiales de las culturas. Rango que hoy la teoría social confiere a pensadores de muy distinta índole y talante. Cuánto se equivocaba Ernesto Quesada en ello, es harina de otro costal. En efecto tuvo su precio: que las primeras historias de la sociología en la Argentina no lo cuenten sino a lo sumo como antecedente nominal, y sobre todo, que la fundación de la Carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires desestime totalmente remitirse a ese origen genealógico, a pesar de que formaba parte de su propia historia.² Y claro, que Quesada nunca llegue a formar parte de sus programas de lecturas.

En suma: cuando Quesada dice “sociología”, nosotros leemos, incluso antes de su inflexión spengleriana, más bien *filosofía de la historia*. En todo caso: la sociología quesadiana no deja de ser nunca una filosofía de la historia, como es el caso cuando declaraba guiarse por la “historia sociológica” de Karl Lamprecht.³ En tal modo, la recepción de Spengler⁴ no hizo más que confirmar y reforzar una disposición previa. De ahí que en este lugar no indagaremos dicho vuelco spengleriano, tan locuaz por sí mismo y nada sorprendente en cuanto al tipo de intelectual que era Quesada, un erudito polígrafo de lealtades y adhesiones filogermánicas, como terminó por demostrarlo la forzada donación de

su formidable Biblioteca. Sesgo “germanista” que, asimismo, resultara tan costoso para la valoración de su legado en el siglo XX. Cercana, si bien no a su completo olvido, sí al confinamiento de su herencia intelectual a la mera trama de los precedentes genealógicos. Mas esa legación, últimamente, da saludables y notorias muestras de reconstrucción y revitalización. En la misma tesitura, nos preocupa de momento dar un paso previo a la indagación de su spenglerismo, dejándola en suspenso. Para aducir que ese aspecto “filosófico-histórico” ya se registra, como afirmáramos atrás, en su corpus de estudios historiográficos sobre las guerras civiles argentinas. Precisamente su “canonización” en la historia de la historiografía argentina lo prueba, o al menos contribuye a abonar nuestra hipótesis, que hacemos tributaria de Rómulo Carbia. Antes permítasenos dar un breve y apretado rodeo que muestre la visibilidad de Quesada en las referidas líneas de recepción, a fin de resaltar, posteriormente, las posibilidades hermenéuticas que admite la lectura “canonizante” de Rómulo Carbia.

Referencias y acogimientos.

Tanto en la **Historia crítica de la historiografía argentina** de Rómulo Carbia, escrita en el primer lustro de la década del veinte, como en los estudios coordinados por Fernando Devoto bajo el título **La historiografía argentina en el siglo XX**, editados en el primer lustro de la década del noventa, Ernesto Quesada ocupa una posición prominente. Entre ambos estudios, sin embargo, su influjo quedó sensiblemente menguado, por ser reducida su obra a servir tan solo de antecedente genealógico de corrientes de pensamiento posteriores. Así aconteció en el llamado *revisiónismo* histórico, y en parte, en los estudios sobre el positivismo argentino. La “historiografía académica” argentina, sin embargo, no rebajó el status del legado quesadiano a la condición de la mera precedencia. Lo que no quiere decir que su legado intelectual deba atenerse unilateralmente a una apropiación historiográfica, puesto que, decíamos, ésta ha de convivir, y en lo posible, articularse con su recepción sociológica, con su recepción filosófica y también con su recepción lingüística y crítico-literaria en las tradiciones de investigación argentinas. Por más que, evidentemente, muchas veces estas líneas se presenten entrecruzadas. Un vistazo sumario a las fuentes editadas, si bien no pretende ser exhaustivo, puede dar prueba de ello como imagen general.

Es una característica de Ernesto Quesada su presencia en los más diversos territorios disciplinarios. Comencemos por recordar que la participación de Ernesto Quesada en las querellas lingüísticas por el idioma nacional nunca ha sido olvidada. Con antecedentes que se remontan a Arturo Costa Álvarez,⁵ o más acá, a Ángel Rosemblat,⁶ la labor lingüística de Ernesto Quesada

1 Cfr. Quesada, Ernesto, **La Sociología. Carácter científico de su enseñanza**, Buenos Aires, Librería Menéndez, 1905; **La teoría y la práctica en la cuestión obrera. El marxismo a la luz de la estadística en los comienzos de siglo**, Buenos Aires, Arnoldo Moen, 1908.

2 Ver: Blanco, Alejandro, “La sociología: una profesión en disputa”, en Neiburg, Federico, y Mariano Plotkin, **Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina**, Buenos Aires, Paidós, 2004.

3 Cfr. Quesada, Ernesto, **La enseñanza de la historia en las universidades alemanas**, Buenos Aires, Imp. Coni, 1910.

4 Cfr. Quesada, Ernesto, **La sociología relativista spengleriana**, Buenos Aires, Imp. Coni, 1921; **Spengler en el movimiento intelectual contemporáneo. El problema sociológico iberoamericano**, Buenos Aires, Imp. Coni, 1926.

5 Costa Álvarez, Arturo, **Nuestra Lengua**, Buenos Aires, Sociedad Editorial Argentina, 1922.

6 Rosemblat, Ángel, **Las generaciones argentinas del siglo XIX ante el problema de la lengua**, Buenos Aires, Instituto de Filología Hispánica “Dr. Amado Alonso”, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1961.

da es revalorada por Alfredo Rubione,⁷ que reedita su estudio sobre el criollismo de 1902, y dimensiona su aporte como uno de los estudios fundamentales que se han hecho sobre la materia. También en la línea sobre las disputas en torno al criollismo y la modernización cultural de la identidad nacional, se sitúa la valoración de la aportación lingüística quesadiana por parte de Adolfo Prieto.⁸ Por cierto, Quesada no deja de protagonizar los debates sobre el tema de la lengua nacional y el criollismo en investigaciones posteriores, como lo constatamos por ejemplo con Norma Carriburo⁹ y en Walter Burruquini.¹⁰ Junto a esa clave de recepción tenemos la de la historia del positivismo en general, donde se superponen los niveles sociológicos y filosóficos de su producción. Quesada es mencionado al pasar por Juan Adolfo Vázquez en la introducción a su antología filosófica argentina.¹¹ Ciertamente no es omitido bibliográficamente en el célebre estudio de la formación del positivismo argentino que debemos a Ricaurte Soler,¹² pero no puede decirse que su pensamiento siquiera encuentre allí un comentario atento. Ernesto Quesada es referido en distintas secciones del informe bibliográfico-filosófico de Celina Ana Lértora Mendoza.¹³ La contribución de Ernesto Quesada al positivismo argentino no es desconsiderada por Marcelo Monserrat,¹⁴ pero halla un reconocimiento más preciso como pensador positivista por parte de Alberto Caturelli,¹⁵ aunque a modo de noticia.

Acoplada con su recepción de intelectual positivista, tenemos aquellas líneas que lo evocan como sociólogo. En su estudio sobre la formación de la sociología argentina, Juan Marsal reconoce en Quesada la influencia de Spengler, aunque se decide por inscribirlo en la corriente de lo que llama “la sociología positivista universitaria”.¹⁶ Una mera mención cronológica halla en Juan

Carlos Agulla,¹⁷ a propósito de su rol como docente inaugural de la materia, por cierto que contiguamente a Antonio Dellepiane. Si bien Quesada no queda desdibujado en las observaciones de Javier Trímboli,¹⁸ debemos esperar a Horacio González para que se le destine un lugar de excepción en la constelación de los sociólogos fundacionales argentinos. En efecto, Horacio González llega a afirmar que “la importancia de Ernesto Quesada para la sociología argentina no solo es la del que fuera responsable de una de las primeras cátedras con ese nombre en la Argentina —si exceptuamos la experiencia anterior de Antonio Dellepiane, y cierta simultaneidad con la de Juan Agustín García—, sino el de quien formula los alcances posibles de ese concepto y esa palabra en el terreno de muy diversos debates.”¹⁹ Mayor es el énfasis todavía que como sociólogo halla Quesada en el tratamiento que le dispensa Oscar Terán, por cierto sumamente detallado en este punto, aunque limitado, también hay que decirlo, a la faz más “positivista” y modernizante de su pensamiento. En efecto Terán asevera que “Ernesto Quesada es representativo de cierto estándar de opinión de la generación del 90”, añadiendo que no “se halla compelido a adherir de manera irrestrictamente programática al credo positivista, pero tampoco está dispuesto a despreciar el carácter de seguridad que la presunta cientificidad de las disciplinas sociales pudiese garantizarle”.²⁰ Posteriormente, Terán intentará perfilar al archivista que también fue Quesada.²¹ De similar manera, Quesada merece una estimación breve pero atenta por parte de Carlos Altamirano, al juzgarlo un protagonista decisivo de los orígenes de la sociología en la Argentina. No obstante esta filiación, Altamirano sostiene que “su perfil era en 1904 más el de un polígrafo y un historiador que el de un sociólogo, aunque había hecho estudios de ciencias sociales en Alemania”.²² Recientemente, Horacio Tarcus recoge y explora la veta de la cuestión social en Ernesto Quesada, al culminar su exhaustivo estudio sobre la recepción de Marx en la Argentina. Tarcus encuentra, sin embargo, que “Quesada no sólo no acompaña a Marx en la ‘solución colectivista’ sino que cuando adhiere a su

7 Rubione, Alfredo (comp.), *En torno al criollismo. Textos y polémicas*, Buenos Aires, CEAL, 1983.

8 Prieto, Adolfo, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.

9 Carriburo, Norma, *El voseo en la literatura argentina*, Madrid, Arco/Libros, 1999.

10 Burruquini, Walter, “Alcances nacional y americano del criollismo popular (1870-1910)”, en Clara Alicia Jalif de Bertranou (comp.), *Argentina en el espejo. Sujeto, nación y existencia en el medio siglo (1900-1950)*, Mendoza, EDIUNC, 2006.

11 Vázquez, Juan Adolfo, *Antología filosófica argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Eudeba, 1965.

12 Soler, Ricaurte, *El positivismo argentino*, Buenos Aires, Paidós, 1968.

13 Lértora Mendoza, Celina A., *Bibliografía Filosófica Argentina (1900-1975)*, Buenos Aires, FECIC, 1983.

14 Monserrat, Marcelo, *Ciencia, historia y sociedad en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, CEAL, 1993.

15 Caturelli, Alberto, *IIº Congreso Nacional de Filosofía. La filosofía en la Argentina actual*, Buenos Aires, Sudamericana, 1971; *Historia de la Filosofía Argentina 1600-2000*, Buenos Aires, Ciudad Argentina-Universidad del Salvador, 2001.

16 Marsal, Juan, *La Sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Los libros del Mirasol, 1963.

17 Agulla, Juan Carlos, “Las ciencias sociales como formación general: 1898-1957”, en Juan Carlos Agulla (comp.), *Ideologías políticas y ciencias sociales. La experiencia del pensamiento social argentino (1955-1995)*, Buenos Aires, Instituto de Derecho Público, Ciencia Política y Sociología, 1996.

18 Trímboli, Javier, “Masas y simuladores a través de la literatura y la ensayística argentina de fin de siglo”, en González, Horacio y Eduardo Rinesi (comps.), *Las multitudes argentinas*, Buenos Aires, IDEP, 1996.

19 González, Horacio, “Cien años de sociología en la Argentina: la leyenda de un nombre”, en Horacio González (comp.), *Historia crítica de la sociología argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes*, Buenos Aires, Colihue, 2000, p. 38.

20 Terán, Oscar, “Ernesto Quesada: sociología y modernidad”, en *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo. Derivas de la “cultura científica” (1880-1910)*, Buenos Aires, FCE, 2000, p. 213.

21 Terán, Oscar, “Ernesto Quesada: archivar e historiar (la patria)”, en Revista *La Biblioteca*, Buenos Aires, nº 1, Verano de 2004/2005.

22 Altamirano, Carlos, “Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la ‘ciencia social’ en la Argentina”, en op. cit., nota 2.

diagnóstico, lo hace más empeñado en cuestionar el liberalismo que el capitalismo.”²³

Hemos consignado previamente que es en el campo de la historia de la historiografía argentina en donde Ernesto Quesada ha encontrado una recepción más sostenida. Y ello, tanto en su vertiente académica como en su vertiente “militante”, aunque en esta última se limite a servir de mero precedente, por lo general, supeditado o adyacente a la figura de Adolfo Saldías. Efectivamente, dentro de las genealogías de los historiadores “revisionistas”, Ernesto Quesada representaba poco más que un antecedente o un lejano precursor sin mayor incidencia en lo que luego sería un franco rosismo. Nos limitaremos a recordar que ya Ernesto Palacio cifra los orígenes de dicha escuela en Quesada y Saldías.²⁴ Este juicio del par precedente Quesada-Saldías se torna un lugar común en los revisionistas. Lo replican, entre otros, los influyentes Arturo Jauretche²⁵ y Juan José Hernández Arregui.²⁶ En cuanto a los antecedentes bibliográficos del revisionismo, Quesada ciertamente es reconocido con mayor perspicacia histórica por Hebe Clementi, quien llega a afirmar, a propósito de la comprensión de Rosas debida a nuestro autor, que “las conclusiones a que llega Quesada serán básicamente valiosas y las repetirá la escuela revisionista no siempre con la misma riqueza conceptual, sino con machacona fijeza.”²⁷ Difícilmente los revisionistas suscriban el juicio de Hebe Clementi, aun cuando Quesada siga siendo bibliográficamente estimado como protorevisionista, como sucede con Roberto Etchepareborda,²⁸ y en la misma línea pero en menor medida, con Miguel Ángel Scenna,²⁹ e igualmente, con Carlos Rama.³⁰ Aunque en clave autobiográfica o testimonial, Julio Irazusta tampoco había negado su influjo.³¹ No obstante en una minúscula referencia, no deja de olvidarlo José Pablo Feinmann³² como precursor revisionista. En desarrollos muy escuetos, Norberto Galasso reitera el gesto de ver en Quesada un puro predecesor rosista,³³ aunque Fermín

Chávez lo muestre como “filósofo de la historia”, si bien en una mera referencia.³⁴

Igualmente poblada de remisiones a Quesada se nos presenta la tradición académica, aunque más en los últimos años. No deja de ser elocuente, como dato de la recepción académica, o al menos, universitaria de Ernesto Quesada, la aparición del informe biobibliográfico de Juan Canter, que tampoco podría ser subestimado en su valor reivindicativo.³⁵ Tampoco deja de ser precisa la observación que halla por parte de José Luis Romero en su historia de las ideas argentinas de (la primera mitad) del siglo XX, quien a pesar de emparentarlo con Saldías en su estudio sobre Rosas, observa que Ernesto Quesada “se interesó por las circunstancias que lo explicaban, guiado por la influencia de los sociólogos y de los historiadores de tendencia sociológica”.³⁶ Esta misma estribación doble, como precursor revisionista e historiador académico, la hallamos en los estudios sobre historiografía argentina de Tulio Halperín Dongui, de quien no podemos decir que la figura de Ernesto Quesada lo haya cautivado. En su ya clásico trabajo de 1970, Halperín Donghi asocia a Quesada con esos historiadores cuyas motivaciones “eran inspiradas por una voluntad de reivindicación más personal y familiar que doctrinaria”.³⁷ No es más favorable su apreciación en “La historiografía: treinta años en busca de un rumbo”, informe presentado en la compilación de Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo, en donde Halperín Dongui señala críticamente que en su analogía de Rosas con Luis XI, Quesada se hallaba “falto de instrumentos más válidos para pensar la historia”.³⁸ Acaso esta desaprobación, por venir de tan autorizada voz, contribuyó a fomentar el menosprecio por el legado historiográfico de Quesada. Juicio que aún hoy plantea un desafío a los jóvenes historiadores de las ideas. Con todo, en el mismo trabajo compilado por Ferrari y Gallo, sin embargo Ernesto Quesada encuentra una reivindicación como historiador por parte de Antonio Pérez Amuchástegui. Este profesor afirma enfáticamente que “Ernesto Quesada fue el primero que, en la historiografía argentina, ensayó con seriedad y fundamento una renovación metodológica de fondo”.³⁹ Pérez Amuchástegui subraya la influencia que sobre Quesada ejerció la hermenéutica historicista alemana de Dilthey y Droysen, según la cual Quesada admitía metodológicamente que “era preciso enseñar a comprender la historia mediante el régimen de la razón

23 Tarcus, Horacio, **Marx en la Argentina**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007, p. 476.

24 Palacio, Ernesto, **La historia falsificada**, Buenos Aires, Difusión, 1939.

25 Jauretche, Arturo, **Política Nacional y Revisionismo Histórico**, Buenos Aires, Peña Lillo, 1959.

26 Hernández Arregui, Juan José, **La formación de la conciencia nacional (1930-1960)**, Buenos Aires, Plus Ultra, 1960.

27 Clemente, Hebe, **Rosas en la Historia Nacional**, Buenos Aires, La Pleyade, 1970, p. 19.

28 Etchepareborda, Roberto, **Rosas: controvertida historiografía**, Buenos Aires, Pleamar, 1972.

29 Scenna, Miguel Ángel, **Los que escribieron nuestra historia**, Buenos Aires, La Bastilla, 1976.

30 Rama, Carlos, **Nacionalismo e historiografía en América Latina**, Madrid, Tecnos, 1981.

31 Irazusta, Julio, **Memorias (Historia de un historiador a la fuerza)**, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1975.

32 Feinmann, José Pablo, **Filosofía y Nación. Estudios de pensamiento argentino**, Buenos Aires, Legasa, 1982.

33 Galasso, Norberto, **De la historia oficial al revisionismo rosista. Corrientes historiográficas en la Argentina**, Buenos Aires, Cuadernos I, Centro Cultural E. S.

Discépolo, 1999.

34 Chávez, Fermín, **El pensamiento nacional. Breviario e itinerario**, Buenos Aires, Nueva Generación/Pleamar, 1999.

35 Canter, Juan, “Bibliografía de Ernesto Quesada” en **Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas**, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, T. XX, 1936.

36 Romero, José Luis, **El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX**, México, FCE, 1965, p. 74.

37 Halperín Donghi, Tulio, **El revisionismo histórico argentino**, Buenos Aires, Siglo XXI, 1970, p. 21.

38 Halperín Donghi, Tulio, “La historiografía: treinta años en busca de un rumbo”, en Ferrari, Gustavo y Ezequiel Gallo (comps.), **La Argentina del Ochenta al Centenario**, Buenos Aires, Sudamericana, 1980, p. 836.

39 Pérez Amuchástegui, Antonio, “El historiador Ernesto Quesada”, op. cit., p. 841.

histórica". Pérez Amuchástegui no obstante no hace referencia a la influencia de Spengler en Quesada, lo que tal vez arroje un manto de duda sobre la penetración de su lectura. Será el propio Halperín Donghi quien, en su estudio de 1984 "El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional", recuerde que Ernesto Quesada fue uno de los introductores de Spengler entre nosotros, del que, apunta, "había ofrecido una presentación general de sus ideas", aunque, añade Halperín, probablemente para moderar un posible entusiasmo sobre la originalidad de esta recepción, que "su propia obra gozaba de circulación bastante amplia".⁴⁰ Este mismo tópico de las precedencias se mantiene en la perspectiva que ofrece Ángel Castellan⁴¹ en el estudio compilado por Hugo Biagini, y en los propios estudios de Biagini, donde no dejamos de ver a Quesada formando los elencos de los grupos positivistas argentinos.⁴²

Por cierto, tras estos trabajos, la figura de Quesada no cesó de ser tenida en cuenta. Así por ejemplo con Diana Quattrochi-Woisson⁴³, además de, especialmente, Eduardo Zimmermann.⁴⁴ Ezequiel Gallo y Natalio Botana no omiten su aporte como historiador positivista al incorporarlo a su antología.⁴⁵ Pablo Buchbinder destaca el rol pedagógico de Ernesto Quesada en la Universidad de La Plata, consignando que la investigación sobre la enseñanza de la historia en las universidades alemanas que le encomendara Rodolfo Rivarola "tuvo una notable repercusión en los medios académicos y presumiblemente debió ser tenido en cuenta en la reformulación del plan de estudios de la Facultad de 1912",⁴⁶ refiriéndose a la facultad de Humanidades de dicha universidad. Encontramos una valoración precisa de Ernesto Quesada como pensador nacionalista y no como mero profesor o precursor del revisionismo histórico en el trabajo de Lilia Ana Bertoni, a pesar de asociarlo exclusivamente a las disputas en torno al idioma nacional.⁴⁷ Fernando Devoto dedica una atenta mención a Quesada como historiador patriótico,⁴⁸ pero es en otro lugar donde Devo-

to observa que para Quesada la "utilización de la historia como pedagogía cívica era el instrumento privilegiado para galvanizar la conciencia patriótica".⁴⁹ Daniel Campione ve en Ernesto Quesada un historiador ensayístico previo a la fase académica más profesional de la Nueva Escuela.⁵⁰ Tampoco Quesada es omitido en la compulsa sobre las querellas lingüísticas criollistas ni en las polémicas metodológicas que relevan Alejandro Cataruzza y Alejandro Eujanian,⁵¹ ni es descuidado, aunque reiterando el viejo tópico de la precedencia, por Jorge Myers,⁵² ni por Martha Rodríguez.⁵³ Y aunque sea también por medio de meras referencias, Quesada no deja de estar presente en muchos de los estudios compilados por Hugo Biagini y Arturo Andrés Roig.⁵⁴

Vemos con ello que la figura de Ernesto Quesada no queda oculta del horizonte de los historiadores académicos más jóvenes. Pero creemos que el punto de inflexión en la revaloración historiográfica de Quesada debe inscribirse en la referida investigación coordinada por Fernando Devoto. No deja de ser altamente significativo al respecto que, en el primer texto que se propone trazar un balance de conjunto sobre la historiografía argentina del siglo XX, el primer caso considerado en particular sea el de Ernesto Quesada, y en particular **La época de Rosas**. Ese gesto canonizante no se verificaba desde los tiempos de Rómulo Carbia. Precisamente nuestras consignaciones bibliográficas pretendieron mostrar el crepúsculo en que se sume la obra de Quesada sobre todo a manos del revisionismo que, paradójicamente, al reivindicarlo como antecedente, contribuyó a ensombrecerlo hermenéuticamente, exceptuando los casos en que se dio a la empresa de reeditarlo.⁵⁵ Queremos decir: ese rescate como mero precursor implicó perder de vista el valor historiográfico y doctrinario inherente a su obra. Con todo, la doble apropiación por parte de la "historiografía académica" y de la "historiografía militante" habla a favor de Quesada, poniendo de manifiesto la riqueza y amplitud de su legado. Volviendo al punto de inflexión señalado, vemos que Fernando Devoto se remite a Carbia para calibrar la justa apreciación que merece nuestro autor. En efecto leemos: "Si no hubieran bastado los numerosos actos deferentes que, por ejemplo, el Instituto de Investigaciones Históricas de la

40 Halperín Donghi, Tulio, "El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional", en *Ensayos de historiografía*, El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1996.

41 Castellan, Ángel, "Accesos historiográficos", en Biagini, Hugo E. (comp.), *El movimiento positivista argentino*, Buenos Aires, De Belgrano, 1985.

42 Biagini, Hugo, *Filosofía americana e identidad. El conflictivo caso argentino*, Buenos Aires, Eudeba, 1989; *Lucha de ideas en Nuestra América*, Buenos Aires, Leviatán, 2000.

43 Quattrochi-Woisson, Diana, *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Emecé, Buenos Aires, 1995.

44 Zimmermann, Eduardo, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina (1890-1916)*, Buenos Aires, Sudamericana-Universidad de Quilmes, 1994.

45 Botana, Natalio y Ezequiel Gallo, *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*, Buenos Aires, Ariel, 1997.

46 Buchbinder, Pablo, "La Facultad de Filosofía y Letras y la enseñanza universitaria de la historia", en AA.VV., *Estudios de historiografía argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1997, p. 37.

47 Bertoni, Lilia, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, FCE, 2001.

48 Devoto, Fernando, "Entre ciencia, pedagogía patriótica y mito de los orígenes. El momento de surgimiento de la historiografía profesional argentina", en AA.VV.,

Estudios de historiografía argentina II, Buenos Aires, Biblos, 1999.

49 *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, pp. 26-27.

50 Campione, Daniel, *Argentina. La escritura de su historia*, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación-IMFC, 2001.

51 Cataruzza, Alejandro y Alejandro Eujanian, *Políticas de la historia. Argentina 1860-1960*, Madrid-Buenos Aires, Alianza Editorial, 2003.

52 Myers, Jorge, "Pasados en pugna: la difícil renovación del campo histórico argentino entre 1930 y 1955", op. cit., nota 2.

53 Rodríguez, Martha, "Un historiador piensa la historia en los 60. ¿Cómo superar la vieja antinomia revisionismo/liberalismo?", en Devoto, Fernando y Nora Pagano (eds.), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Biblos, 2004.

54 Biagini, Hugo E. y Arturo A. Roig (dirs.), *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX. Identidad, utopía, integración (1900-1930)*, Tomo I, Buenos Aires, Biblos, 2004.

55 Cfr. Quesada, Ernesto, *La época de Rosas*, Buenos Aires, Ediciones del Restaurador, 1950.

Facultad de Filosofía y Letras deparó a Ernesto Quesada, el trato cuidadosamente encomiástico que Carbia dedica a **La época de Rosas** hubiera debido servir por sí solo para matizar una visión tan unilateral de la recepción que los medios académicos hicieron de esa obra como la que propuso el revisionismo histórico —y de la que se hicieron eco luego otros historiadores profesionales— acerca del silencio al que la cultura oficial habría condenado a las osadías protorevisionistas de su autor.⁵⁶ Por supuesto, esta restitución que encara Devoto se efectiviza con el encargo a Eduardo Zimmermann de dar cuenta del más importante estudio histórico de Ernesto Quesada, precisamente en el estudio que encabeza la compilación.⁵⁷ Es este tipo de acogimiento más preocupado por dar cuenta del pensamiento historiográfico de Quesada el que nos interesa proseguir. Acogimiento cuyo puntal fundacional, precisamente, es plantado por Rómulo Carbia.

Valoración

I

La canonización historiográfica de Ernesto Quesada gira en torno de su investigación sobre Rosas, con especial referencia, y sobre las guerras civiles argentinas, visto en perspectiva. Tenemos ante la vista las tres ediciones de **La época de Rosas** publicadas en vida del autor. La primera edición solo viene precedida de una advertencia editorial donde presumiblemente Ernesto Quesada, en tercera persona, da cuenta de su programa historiográfico, al declarar que el “trabajo no es sino un fragmento de la **Historia de la guerra civil argentina**, durante la referida época de Rosas.”⁵⁸ La tercera edición añade una nueva advertencia y el prólogo titulado “Criterio doctrinario en estas investigaciones históricas”, con la novedad de que cumple con la vieja aspiración de reunir todas las investigaciones sobre las guerras civiles argentinas, ahora publicadas en cinco tomos de tapa dura.⁵⁹ La más relevante desde un punto de vista histórico-intelectual, creemos, es la segunda edición, efectuada en 1923,⁶⁰ debido a los estudios complementarios que posee, pertenecientes a Narciso Binayán, “El concepto de la dictadura de Rosas”, y al propio Quesada, que recoge su ensayo de 1911, “La evolución social argentina”. Y es esta edición la que termina por comparecer ante el juicio crítico de Rómulo Carbia. Por ello, las consideraciones de Carbia venían precedidas del estudio, aunque puramente exegético, consagratorio de Narciso Binayán. Es cierto que ya en 1907 José María

Ramos Mejía había advertido que “el doctor Ernesto Quesada ha publicado también valiosas contribuciones a la historia de la época que vamos a estudiar”,⁶¹ y de que mucho más tarde mereciera un parejo comentario por parte de Juan Agustín García,⁶² tan sólo un año antes de su reedición, en 1922. Con todo, la importancia del trabajo de Narciso Binayán en 1923 no reside únicamente en la circunstancia de que el prologuista encarna la palabra oficial del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Sino que, junto con ello, Narciso Binayán arroja luz sobre la obra historiográfica de Quesada bajo la premisa, académicamente tan crucial, de que, a pesar del estilo arquitectónico que imprimió expositivamente a su investigación, el autor ha procedido científicamente con los archivos disponibles y la bibliografía existente sobre la materia. Narciso Binayán da a entender, no sin sutileza, que Quesada era un erudito tan extraordinario que hasta podía prescindir de la exhibición de su “laborioso” aparato crítico. Pero ante todo, dejaba en claro que Quesada aplicaba un *método* histórico que representaba un cambio sustancial no sólo frente a la vieja historia apologetica, sino frente al tipo de historia erudita que todavía cultivaba un Paul Groussac.⁶³

Ahora bien, si los comentarios de Binayán, al ubicar a **La época de Rosas** en el pináculo de los estudios sobre el Restaurador, venían a inscribir a Quesada entre el grupo de los historiadores universitarios que, recién con los jóvenes Ricardo Levene y Emilio Ravignani, terminaría de cuajar en una promisoriosa Nueva Escuela Histórica (de acuerdo con la afortunada y célebre expresión de Juan Agustín García), decíamos, no con ello la operación de canonización académica quedaba del todo cumplida. Porque incluso ante esta nueva y pujante juvenilia académica, la obra de Quesada ofrecía características, sino desconcertantes, al menos lo suficientemente singulares como para que sea necesario identificarla de acuerdo a un tipo de saber académico diferencial y único, cimentado en la posesión de una metodología de la investigación abrevada en la escuela de la hermenéutica historicista alemana. Por si esto fuera poco, de un historicismo que no solo no se sustraía a la reflexión de la gran teoría social, sino que la ejercía sistemáticamente. En ello no solo ya no lo acompañaba un Groussac, sino tampoco un García. Mérito que también hay que incorporar a la lista de lo que es menester reconocerle a Quesada. De modo que, a fin de apreciar la magnitud del aporte quesadiano, era necesario cotejar y singularizar su enfoque historiográfico no ya en una línea genealógica de escritores sobre Rosas, ni siquiera, midiendo sus méritos con las jóvenes promesas que pronto harán una formidable carrera institucional, donde descollará Levene, sino más bien en el marco general del desenvolvimiento de los estudios históricos en la Argentina desde la última década del siglo XIX hasta el primer cuarto del siglo XX.

56 Devoto, Fernando, “Estudio preliminar” en Fernando Devoto (comp.), **La historiografía argentina en el siglo XX (I)**, Buenos Aires, CEAL, 1993, p. 9.

57 Zimmermann, Eduardo A., “Ernesto Quesada, **La época de Rosas** y el reformismo institucional del cambio de siglo”, en op. cit., pp. 23-44.

58 Quesada, Ernesto, **La época de Rosas. Su verdadero carácter histórico**, Buenos Aires, Arnoldo Moen, 1898, p. 5.

59 Quesada, Ernesto, **La época de Rosas**, 5 Tomos, Buenos Aires, Artes y Letras, 1926-1927.

60 Quesada, Ernesto, **La época de Rosas**, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas, UBA, n° XVIII, Jacobo Peuser, 1923.

61 Ramos Mejía, José María, **Rosas y su tiempo**, T. I, (Prólogo de José Luis Busaniche), Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1952, p. 58.

62 García, Juan Agustín, “Sobre nuestra incultura”, en **Obras Completas**, 2 Vol., Buenos Aires, Antonio Zamora, 1955.

63 Para una revisión puntual de este debate metodológico, ver: Stortini, Julio, “La recepción del método histórico en los inicios de la profesionalización de la Historia en la Argentina”, en op. cit., nota 47.

Y eso es lo que hará precisamente Rómulo Carbia en 1925, y en las reediciones posteriores de su informe que, si se le concede el rango de clásico,⁶⁴ entonces también puede admitirse de buen grado el mismo título al propio Quesada. Por cierto, la peculiar filosofía y teoría social de la historia quesadiana, no podía sino trasponer un tipo de investigación que pretendiera consignar sus potencias intelectivas a las formas más restrictas de la indagación archivística y el informe monográfico. No, esa potente reflexión conceptual que se movía sobre la *base* de la investigación historiográfica, debía expandirse, acaso a pesar suyo, al género donde mejor podían convivir la erudición documental y el vuelo especulativo, o bien, donde menos ofrecieran resistencias a las reglas del *métier*, esto es, a la rutina de la investigación especializada y al protocolo formal de las universidades y los institutos académicos, donde Quesada siempre ejerció cargos y funciones. Ese género era el *ensayo*. Y de ello también tomó debida nota Rómulo Carbia.

Veamos ahora de cerca la concepción de Carbia sobre el tipo de género que cultivó Quesada a la hora de construir sus narrativas históricas y patrióticas. A tal propósito, creemos que es pertinente la siguiente definición que propone Carbia en su **Historia Crítica de la Historiografía Argentina**: “Tengo por ensayo todo trabajo historiográfico donde su autor trata de organizar los elementos eruditos en el sentido de una demostración particularizada o en el de una exhibición integral de cualquier determinado suceso del pretérito.” Y en nota al pie Carbia añade lo siguiente: “Los *ensayistas* difieren de los *monografistas* en que éstos expusieron los resultados de sus pesquisas simplistas y aquéllos combinan, tratan de explicar, filosofan en suma.”⁶⁵

En los anteriores términos, entonces, Rómulo Carbia identifica un grupo formado por “ensayistas que filosofan”. Dejando así configurada la clase de los historiadores ensayísticos, donde corresponde situar a Quesada en su máximo desarrollo. Ahora bien, aquella definición taxonómica y criteriológica de Carbia no está exenta de una atenta prevención sobre las prerrogativas del género. “Aludo —seguimos leyendo a Carbia—, como se sospechará, a los ensayistas que partiendo de la tendencia hacia la fácil sociología que no requiere mayor información para *filosofar* sin freno y sin reparos, y a aquellos otros que teniendo sus punto de arranque en la misma tendencia, caminan hacia la ordenación genética de los hechos por la línea de sus causas generadoras, a las que buscan, empeñosamente y con tesón. Los primeros son los sociólogos declamadores que siembran el sofisma de la generalización, y los segundos los eruditos que trabajan con rectitud de espíritu, asignando a cada cosa su valor y a cada hecho un lugar en su serie.”⁶⁶

Por supuesto, esa reserva de Carbia estaba destinada, oblicuamente, a salvar a Quesada (“erudito que trabaja con rectitud de

espíritu”), precisamente, de quedar nivelado con el resto de los positivistas sociológicos (“sofistas de la generalización”), denunciando los vicios y defectos que los aquejaban. Y con ello, preservando los fueros de la ensayística quesadiana respecto de aquella que se sustraía al esfuerzo de la investigación historiográfica sólida y prolongada. Ardua manera de reprobar a José Ingenieros. Sobre esta plataforma valorativa y por lo tanto jerárquica, donde Quesada sale ganando, de un extremo, e Ingenieros sale perdiendo, del otro, es que Rómulo Carbia dispone el correspondiente orden taxonómico. Subsecuentemente, los historiadores ensayistas, por más que Carbia se empeñe en deslindar categorías y subcategorías para refinar su cuadro clasificatorio en todas las estribaciones posibles, responden en el fondo a tres estilos, que entrañan a su vez tres niveles en el consiguiente orden de primacía: I) “genetistas”, II) “cientificistas” y III) “menores” o literarios. Lo decisivo aquí es que Rómulo Carbia establece entre ellos una relación de linaje y prelación intelectual, en donde solo a los “genetistas” les pertenece el puesto o status de una historiografía seria y auténtica, dejando los escalafones inferiores para los científicistas y los literatos. De nuevo, si ya los genetistas ocupan los grados superiores, entre ellos es que tiene un lugar de privilegio Ernesto Quesada. Ello le exige a Carbia deslindar, dentro de una constelación epocal que abarca, en su punto culminante, la labor de los ensayistas genetistas, otras series genealógicas. Pero en conjunto, por más que Carbia no comulgue con esa convención de nuestra historia de las ideas atinente a asociar “generación del ochenta” y “positivismo”, y “Primer Centenario” con “nacionalismo”, la pléyade de ensayistas que evalúa queda comprendida, sin mayores fisuras, dentro de aquellos tipos ideales.

Las víctimas del cuadro clasificatorio y valorativo de Carbia son básicamente Francisco Ramos Mejía, autor de **El federalismo argentino** (1889), Agustín Álvarez y su **¿A dónde vamos?** (1904), Raúl Orgaz con **La sinergia social argentina** (1924), y sobre todo, advertíamos, José Ingenieros, particularmente su **Sociología Argentina** (1913) y **La evolución de las ideas argentinas** (1918-1920). Son ellos los “sociólogos historiadores” más importantes a quienes Carbia acusa de ligereza e improvisación en el uso de las fuentes documentales, de ser arbitrariamente especulativos sobre la base de un sistema de ideas esquemático y simplista, y de servirse de una metodología explicativa monocausal. Sin embargo rescata en el ensayismo normativo, dentro de esta misma tesitura altamente especulativa, al Sarmiento del **Facundo**, desde ya, pero también al de **Conflictos y armonías de las razas en América** (1883), incluso por encima de los estudios económicos e históricos de Alberdi. Con Sarmiento, asimismo, se origina una genealogía ilustre que llevaría a Joaquín V. González en **La tradición nacional** (1888) y en **El juicio del siglo** (1910 y 1913), autor de quien Carbia destaca el “criterio de lo autóctono en la penetración más íntima de la esencia de lo histórico”. Linaje que también pasaría por Ricardo Rojas, ahora como el autor de **Blasón de Plata** (1910) y de **Argentinidad** (1916), de quien el historiógrafo platense afirma que se trata del “más serio de los ensayistas de su tendencia”. Si bien en su apreciación negativa sobre el valor intelectual de los escritos de Ramos Mejía e Ingenieros, es visible el anticienficismo de Rómulo Carbia, ello

64 Prado, Gustavo H., “Las condiciones de existencia de la historiografía decimonónica argentina”, en op. cit., Nota 47.

65 Carbia, Rómulo D., **Historia Crítica de la Historiografía Argentina. Desde sus orígenes en el siglo XVI**, La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, 1939, p. 245.

66 Op. cit., pp. 245-246.

no obsta para que sus críticas apunten, solo en apariencia de un modo paradójico, a las falencias y yerros que aquellos sociólogos demostrarían en la instancia misma del relevamiento documental y de la construcción conceptual interpretativa, donde justamente no debiera un positivista fallar. Más todavía, Carbia no evita la inculpação y la alarma frente a lo que advierte como un pernicioso diletantismo, al divisar, puntualmente, que “Ingenieros todavía hace escuela, y es ese un peligro para el futuro de nuestra historiografía”. El dictamen que le merece a Rómulo Carbia el cientificismo ensayístico de José María Ramos Mejía, con todo, es más matizado que el desprecio que manifiesta por las audacias de su discípulo José Ingenieros, colocado en las antípodas de la excelencia de un Quesada. Respecto al maestro, empero, Carbia recupera en Ramos Mejía exclusivamente al artífice de una prosa enjundiosa. Esa morigeración en el juicio tampoco alcanza esta vez a Lucas Ayarragaray en **La anarquía argentina y el caudillismo** (1904), ni a Carlos Octavio Bunge en **Nuestra América** (1903), de quienes no olvida destacar que eran escritores mediocres, y ninguno de ellos, ciertamente, mentalidades genuinamente científicas.

La línea de los “ensayistas menores” o literarios comprende, principalmente por su relevancia indudable, la labor de Juan B. Terán en **El descubrimiento de América en la historia de Europa** (1916), de Leopoldo Lugones en **El Imperio jesuítico** (1904), de Lucio V. Mansilla en su **Rozas** (1898), y de David Peña en su **Juan Facundo Quiroga** (1906). Rómulo Carbia no se reserva la sincera estima que tiene por los autores recién citados, con lo cual deducimos que no hay ensayismo más endeble que el que practicaron los “cientificistas”. Pero si en cuanto a pretensiones de seriedad intelectual, no puede caerse más bajo que Ingenieros y que el joven Bunge, sin embargo, los literatos quedan colocados en un inferior tercer orden, debido a sus propósitos más bien ideológicos, o de “alegato”, como dice Carbia. Y además, ciertamente, por limitaciones temáticas que exceden su intención apologética, sino panfletaria, aunque sus títulos desmientan la impresión previa de un tratamiento de grandes y vastos asuntos, prerrogativa característica del ensayismo de interpretación literario que, por otra parte, Carbia no es generoso en conceder. Pero la belleza literaria, al menos si hablamos de Lugones, no tenía ningún correlato de grandeza historiográfica, esto es, de singular destreza en el *métier*, además de con la pluma. Cuestión que Carbia se encarga de subrayar, insistiendo en marcar ese desnivel entre prosa máxima e investigación mínima que caracterizaba a Lugones, donde el estudioso jamás emparda al escritor, y donde la que sale perdiendo es la verdad histórica. Desproporción que se agrava con un Mansilla, pero que se vuelve a salvar con Peña. Más allá de todas estas severidades que Carbia no se guarda, su actitud de encomio, empero, recae plenamente en la corriente de los “genetistas”. Si bien hay una suerte de pre-historia del ensayismo genetista que protagoniza básicamente Esteban Echeverría, la genealogía deja de remontarse a los precursores y comienza a definirse en una filiación homogénea a partir del propio Ernesto Quesada. Esta línea del ensayismo historiográfico genético se prolonga magistralmente, según la entusiasta consideración de Carbia, en el siempre bien recordado Juan Agustín García de **La ciudad indiana**, y enseguida en el asimismo bien

ponderado Juan Álvarez del **Estudio sobre las guerras civiles argentinas** (1914). Lo que nos interesa resaltar aquí es que con Ernesto Quesada, y en particular, con su libro **La época de Rosas**, principia según Carbia lo más granado de la tradición historiográfica ensayística o “filosófica” del grupo de los genetistas.

Pero con ello, lo que denominamos la “canonización” de Ernesto Quesada todavía no queda explícita. Estimamos que el siguiente pasaje, dedicado en particular a **La época de Rosas**, es lo suficientemente claro sobre el punto: “Conviene advertir, sin embargo, que este libro cuya significación en nuestra historiografía es mucha, como luego se verá, bríndase, antes que nada, como un verdadero señalamiento orientador para el criterio de quienes aspiran a juzgar el pasado argentino.” “En realidad Quesada —prosigue diciendo Carbia— ofrece allí un breviario de sana orientación criteriología y de reflexiones en torno al período histórico en el que actuara Rosas. No podría negarse, claro está, que por su contenido débese reputar a tal libro un trabajo historiográfico, pero no habría por qué oponerse a su inclusión entre las producciones de los que *meditan* los problemas trascendentes que atañen al alma de un país. Porque, en definitiva, eso y no otra cosa resulta el celebrado ensayo. Y si he dicho que es mucho su significado en nuestra historiografía, lo he hecho pensando que fué él un verdadero pantallazo de luz para el criterio con que el que se debía estudiar, científicamente, la época de la Dictadura.”⁶⁷

De modo que Carbia señala un antes y un después de **La época de Rosas**, por tratarse de una obra historiográfica que “medita”, o sea, que *filosofa en términos ensayísticos*. Antes de este libro, no hay sobre Rosas una producción historiográfica seria, sino ensayismo sin investigación, o simples panfletos. Precisamente por ello, debíamos escuchar todavía la parte decisiva de la valoración criteriología de nuestro historiador de la historiografía. Cuando Carbia admite que “los conceptos básicos de este ensayo”, “resultan los mismos que postulan las modernas orientaciones historiográficas en nuestro país”. Vale decir, las que comulga el propio Carbia. Y por cierto, bajo la advocación de la época que la generación del propio Carbia venía a consagrar como definitivamente científica. Ya que precisamente Quesada vendría a preceder ni más ni menos que al propio grupo a que aspiraba integrar y legitimar Carbia, y del cual procede nuestra historiografía académica contemporánea, con todas las inflexiones y los desplazamientos del caso. En síntesis: es Carbia y su libro quien pretende dividir las aguas entre la historia académica y pre-académica de la historiografía argentina. Vale decir: antes y después de la “Nueva Escuela Histórica”. De ahí que Carbia al fin dictamine: “El mejoramiento de la tendencia genética la ha venido a realizar la *nueva escuela histórica*, conciliando la erudición menuda con los postulados que formula Berr en lo relativo a las grandes síntesis historiográficas.”⁶⁸

II

67 Ibidem, pp. 280-281.

68 Ibidem, p. 292.

El promisorio grupo que compone la Nueva Escuela Histórica, nos viene a decir Carbia, es el que debe filiarse en los genetistas, y por tanto, en su más alto exponente: Ernesto Quesada. He ahí la clave de su incorporación al canon académico historiográfico, que habría de esperar casi sesenta años para verse otra vez re-frendada. Claro que no nos interesa esta canonización tomada en sí misma, sino más bien los problemas teóricos y metodológicos que ella puede suscitar en el horizonte de la actualidad. Por ello, para concluir, quisiéramos interrogar las implicancias del último punto indicado por Carbia. Cuando siguiendo su lectura, resultan evidentes precisamente las operaciones de “conciliación” que realiza la obra de Quesada, y que contribuyen a perfilar la especificidad de su aportación intelectual. Aunque nosotros preferimos decir, antes que “conciliación”, mejor, *articulación*. Esto es, cuando la interpretación de Rómulo Carbia nos permite visualizar a Ernesto Quesada como un pensador-investigador que consigue *articular* por lo menos seis aspectos que pocos, muy pocos han procurado concertar entre sí, antes y después. Puesto que creemos que en dichas articulaciones reside uno de los potenciales hermenéuticos que pueden ser rehabilitados, para nuestro propio tiempo y desde nuestro propio clima de ideas, a partir de la herencia intelectual que nos ha dejado Ernesto Quesada. Nos referimos a la articulación entre: a) cultura académica y erudición independiente; b) investigación especializada y síntesis comprensiva; c) rigor archivístico y riesgo ensayístico; d) consistencia metodológica y visión conceptiva; e) investigación histórica e interpretación sociológica; y f) ciencia social y filosofía. ¿Merecen reconsiderarse esas tentativas tendientes a articular o conciliar géneros, estilos, metodologías y disciplinas heterogéneas entre sí, como posibles criterios de validez y orientación para el pensamiento social e histórico, y aún filosófico del presente? Y si ello fuera plausible, ¿sería ése un modo legítimo y pertinente de convocar el pensamiento de Ernesto Quesada para que sea capaz de incidir, como una voz relevante, en los renovados debates teóricos y metodológicos que todavía requiere dar la cultura intelectual argentina? ¿Valdría la pena, en tal modo, que Quesada sea revisitado al despuntar nuestro siglo XXI, que acaso sea el que más necesitará *dialogar* con las ideas de los siglos que lo preceden?

Resumen

El historiador y sociólogo Ernesto Quesada fue un autor rico y múltiple. No obstante ello, es posible reconocer que cultivó, junto a la teoría social y la investigación archivística y filológica, fundamentalmente una “filosofía de la historia”. Esta hipótesis de lectura no puede acreditar una continuidad homogénea en las líneas de recepción de su legado. Sin embargo, la “canonización historiográfica” que propusiera de modo clásico Rómulo Carbia, permite trazar un recorrido hermenéutico de acuerdo con dicha dirección interpretativa. Asimismo, su vuelco hacia la “sociología” de Oswald Spengler probaría el carácter notoriamente filosófico-histórico de su pensamiento. Nosotros creemos que **La época de Rosas** contiene ya los gérmenes de una filosofía de la historia y del ensayismo historiográfico cuyos motivos más teóricos y sustantivos cobrarán fuerza en sus escritos de madurez.

Palabras clave

Filosofía, Ensayo, Historia.

Abstract

The historian and sociologist Ernesto Quesada were a rich and multiple author. Nevertheless, it is possible to recognize that he cultivated, next to the social theory and the archivist and philologist investigation, fundamentally a “philosophy of history”. This hypothesis of reading cannot credit a homogenous continuity in the lines of reception of their legacy. Nevertheless, the “historical canonization” that proposed of classic way Rómulo Carbia, allows to draw up a hermeneutical route in agreement with this interpretative direction. Also, its upset towards the “sociology” of Oswald Spengler would well-known prove the philosophical-historical character of its thought. We think that **La época de Rosas** already contains the germs of a philosophy of the history and the historical essay whose more theoretical reasons and nouns will receive force in their writings of maturity.

Keywords

Philosophy, Essay, History.

¿Cómo circulan los saberes?

La relación intelectual entre Leonore Deiters, Ernesto Quesada y Oswald Spengler

Sandra Carreras

Ernesto Quesada y la recepción de Spengler en Argentina.

Durante todo el año académico de 1921, el último en que estuvo al frente de la Cátedra de Sociología en la Facultad de Filosofía y Letras, Ernesto Quesada se dedicó a dictar un curso sobre la “sociología relativista spengleriana” en las universidades de Buenos Aires y La Plata. En la conferencia inaugural, Quesada declaró que su objetivo era “exponer críticamente la nueva doctrina, no porque la considere inatacable o expresión de una verdad indiscutible, sino para que el estudiante tome conocimiento de la más reciente teoría sociológica, la examine a su vez, la ahonde, la abrace o la rechace o modifique, según el criterio individual de cada uno”.¹ De ese modo, el curso no sólo se limitó a la presentación exhaustiva de la obra de Spengler, sino que además incluyó trece sesiones destinadas explícitamente a exponer críticas desde diversas perspectivas. En esos capítulos, Quesada desarrolló sus propias reflexiones respecto del pensamiento de Spengler, comparándolo con otras corrientes filosóficas, y también expuso y analizó las críticas y comentarios que ya circulaban por entonces en Alemania.

El material de esas conferencias fue recopilado luego en un tomo de la **Revista de la Universidad de Buenos Aires** y también publicado en un libro de más de 600 páginas que apareció apenas terminado el curso “atendiendo al pedido que han hecho no pocos estudiantes”, lo que ya de por sí da cuenta de la dimensión y la resonancia que tuvieron esas conferencias.² Poco después, Quesada fue invitado por las universidades de La Plata y de Córdoba para exponer determinados aspectos de la sociología spengleriana. También estas conferencias fueron publicadas inmediatamente y pronto reeditadas.³ Además, a petición de una delegación estudiantil, Quesada fue invitado por la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires a dictar un “breve curso de evolución sociológica del derecho, se-

gún la doctrina spengleriana”,⁴ que se llevó a cabo en el mes de agosto de 1924 y cuya publicación ocupó más de 200 páginas de otro volumen de la **Revista de la Universidad de Buenos Aires**.

Los comentarios y reseñas de los cursos y las publicaciones son numerosísimos. La repercusión de las conferencias no se limitó a los claustros, sino que su impacto se reflejó además en la prensa argentina y también fuera del país. Así por ejemplo, en junio de 1922 un periódico de Munich informaba:

Entre las publicaciones científicas recientes, ninguna obra ha causado tanta impresión como **La decadencia de Occidente** de Oswald Spengler. Su impacto ha llegado mucho más allá de las fronteras de Alemania. El conocido profesor Quesada, por ejemplo, ha dictado ya en la Universidad de Buenos Aires conferencias sobre las ideas que Spengler expuso en el primer volumen de su obra.⁵

En los años siguientes, la recepción de la obra de Spengler a través de los comentarios de Quesada se difundió por el interior del país y varias naciones latinoamericanas. El 23 de octubre de 1923, el diario **La voz del interior**, el principal periódico de la ciudad de Córdoba, dedicaba un amplio espacio a celebrar la “magistral exposición del doctor Ernesto Quesada sobre ‘La evolución sociológica del Derecho según la doctrina spengleriana’” pronunciada el día anterior en la Universidad Nacional de Córdoba. El 24 de julio de 1924, el **Telégrafo de Guayaquil** informaba sobre la conferencia pronunciada por el Dr. José Vicente Trujillo acerca del sistema sociológico spengleriano, en la cual el disertante citó informaciones y comentarios provenientes de las conferencias de Quesada. Un artículo sobre la historia del arte en Ecuador, aparecido en **El Comercio** de Quito el 5 de julio de 1925, se refería a las “luminosas conferencias” dictadas por Quesada en Buenos Aires y La Plata. El 9 de abril de 1926, **El comercio de Lima** informaba sobre el contenido de las conferencias dictadas

1 Quesada, Ernesto, **La sociología relativista spengleriana. Curso dado en el año académico de 1921**, Buenos Aires, Coni, 1921, p. 11.

2 Quesada, Ernesto, op. cit., p. 5.

3 Quesada, Ernesto, “La faz definitiva de la sociología spengleriana”, en **Humanidades**, Vol. VII, 1923, pp. 57-103; y **La evolución sociológica del Derecho según la doctrina spengleriana**, Córdoba: Alfredo Pereyra, 1923. Una primera versión de esta obra apareció en la **Revista de la Universidad de Córdoba**.

4 Quesada, Ernesto, “La evolución del derecho público (política y economía) según la doctrina spengleriana”, en **Revista de la Universidad de Buenos Aires**, Vol. XXI, 2° Serie, 1924, Sección III, Tomo I, n° 1, p. 5.

5 **Münchener Neueste Nachrichten**, 7 de junio de 1922. Para agilizar la lectura he renunciado a reproducir las citas alemanas en el idioma original. La traducción al castellano de las mismas es mía.

por Quesada en Córdoba con motivo de su visita a la capital peruana. En 1932, el historiador y diplomático boliviano Humberto Vázquez-Machicado recordaba haber asistido a la conferencia y al coloquio sobre “Spengler en el movimiento intelectual contemporáneo” dictados por Quesada en la Universidad de La Paz en 1926.⁶ En Uruguay, el Dr. Aquiles Oribe pronunció en mayo de 1927 un discurso público en la Universidad de la República dedicado a comentar la doctrina de Spengler, que poco después fue recogido en una publicación de 139 páginas.⁷ Si bien no es sencillo encontrar en esa obra referencias expresas a los trabajos de Quesada, la dedicatoria manuscrita del ejemplar que se guarda en el Instituto Ibero-Americano de Berlín habla muy claramente de la vinculación existente entre ambos. Allí se lee:

Para el ilustre maestro Dr. Ernesto Quesada, cuya sabiduría será siempre en América el pedestal más hermoso de su grande personalidad.

Admirativamente

A.B. Oribe.

Todos los testimonios indican que las conferencias de Quesada tuvieron fuerte impacto en sus oyentes, asegurando de ese modo una primera difusión del pensamiento de Spengler en América Latina antes de que sus obras fueran traducidas al castellano.

Según Carlos Altamirano, la importancia otorgada por Quesada a la obra de Spengler en esta fase de su producción representó un giro intelectual “que introduce una evidente discontinuidad dentro de su pensamiento”.⁸ Pero más allá de remitir “al clima ideológico de posguerra”, el estudio de Altamirano, que se concentra explícitamente en la labor académica anterior de Quesada, no proporciona informaciones sobre el modo en que Quesada entró en contacto con la obra de Spengler.

En esta contribución intentaré reconstruir la historia de la difusión de la obra de Spengler a través de Quesada, considerada no como un fenómeno estrictamente intelectual, sino como un proceso de transferencia de conocimientos que sólo fue posible a partir de la interacción entre diferentes actores e instancias que suelen pasar desapercibidos en los estudios que se concentran en la recepción de ideas en cuanto tales. En particular corresponde destacar el rol que cumplió en esta historia la escritora alemana Leonore Deiters, quien, pese a todas las informaciones que las fuentes de la época registran sobre su actividad, parece haber caído desde entonces en un profundo olvido.

6 Vázquez-Machicado, Humberto: “Ernesto Quesada: su vida y su pensamiento actuales”, en *Nosotros*, Año XXVI (julio 1932) n° 278, p. 217.

7 Oribe, Aquiles, *Comentarios a la doctrina de Spengler*. Discurso pronunciado en el Salón de Actos Públicos de la Universidad el 26 de mayo de 1927, con motivo del primer aniversario de la fundación de la Junta de Historia Nacional, Montevideo, El Siglo ilustrado, 1928.

8 Altamirano, Carlos, “Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la ‘ciencia social’ en la Argentina”, en Federico Neiburg y Mariano Plotkin (eds.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004, p. 30 y ss.

De Düsseldorf a Buenos Aires: los itinerarios de Leonore Deiters

En un extenso estudio bio-bibliográfico sobre Quesada publicado en 1936 se encuentra una clara afirmación sobre el origen del interés de Quesada por la obra de Spengler. Como allí se indica: “No cabe duda de que en esta vinculación con Spengler y aun en la adopción de sus doctrinas influyó una figura femenina”.⁹ El mismo Quesada había dado a conocer este hecho sin ambages en el prólogo a las conferencias de 1924:

Y, *last but not least*, igualmente agradezco la constante colaboración prestada, en este como en los anteriores cursos, por la señora Leonore Niessen Deiters [...] a quien debo haber conocido la obra de Spengler en 1920, habiendo hecho reunir en Alemania, a mi pedido, toda la literatura crítica respectiva, puéstome después en contacto personal con el sociólogo germano en Munich (1922) y tomándose en todo momento el mayor interés por la divulgación de dicha doctrina, prestando su ayuda en la crítica de los textos y en la corrección de las pruebas. Es, pues, bien justo que le tribute aquí este merecido homenaje.¹⁰

La cita no deja dudas de que Leonore Deiters tuvo un papel importantísimo en la recepción. Pero ¿quién era esta mujer y cómo había llegado a colaborar tan estrechamente con Ernesto Quesada?

Leonore Deiters¹¹ había nacido en Düsseldorf en 1879 y era hija de Heinrich Deiters, un pintor paisajista de reconocido prestigio, y de su esposa Emily. Gozó de una cuidada educación típica de la burguesía culta alemana y recibió de sus padres estímulo para desarrollar aptitudes estéticas y literarias. En 1903 se casó con el abogado Johann Josef Niessen. Siguiendo a su marido, se instaló en Colonia y trabajó allí como colaboradora estable del suplemento cultural del periódico *Kölnische Zeitung*, el diario de alcance nacional más importante de Alemania durante el Imperio y la República de Weimar, firmando entonces sus artículos con su nombre de casada, Leonore Niessen-Deiters.

En 1906 ganó la competencia literaria de los *Kölner Blumenspiele*, organizada por la Sociedad Literaria de Colonia, cuyo presidente, el escritor Johannes Fastenrath era conocido entre otras cosas por sus fuertes vinculaciones con España y su empeño por la difusión de la literatura de ese país en Alemania. Un año después publicó su primer libro, *Leute mit und ohne Frack (Gente con y sin frac)*. Su producción literaria, que incluye tanto poesía

9 Canter, Juan, “Bio-bibliografía de Ernesto Quesada”, en *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, Vol. XX, 1936, n° 67-68, p. 525.

10 Quesada, Ernesto, “La evolución del derecho público...”, p. 7 y ss.

11 Sobre la biografía de Leonore Deiters Cfr. Vollmer, Günter, *Inventar zum Nachlass Ernesto und Vicente G. Quesada und Leonore Niessen-Deiters*, Berlín, Ibero-Amerikanisches Institut, 2002, pp. 30-32; Neuhaus-Koch, Ariane, “Leonore Niessen-Deiters”, en <<http://www.phil-fak.uni-duesseldorf.de/frauenarchiv/niesen-deiters/pdf/BioDeiters1.doc>> (01.09.2005); y también los documentos contenidos en “Leonore Niessen-Deiters – Biographisches”, en Instituto Ibero-Americano (en adelante IAI), N 0021, Cápsula 37.

lirica como narrativa, se plasmó en la publicación de quince libros y numerosos artículos en revistas y periódicos.¹²

Leonore Deiters realizó varios viajes en Europa por encargo del **Kölnische Zeitung**. Designada como la primera mujer corresponsal de ese periódico en Sudamérica, viajó a Buenos Aires en 1913. En una serie de veintinueve artículos que se publicaron ese año en el diario de Colonia dejó plasmadas las impresiones que le produjeron la ciudad y las provincias argentinas que visitó entonces.¹³ Durante su estadía en Argentina tuvo un breve encuentro con Vicente y Ernesto Quesada, a quien tenía el encargo de entregar una carta de su conocida común, la esposa de Fastenrath. Pocos meses después regresó a Alemania sin haber tenido oportunidad de visitar la famosa biblioteca de los Quesada.¹⁴

Comenzada la Primera Guerra Mundial, se afirmó en Leonore Deiters la actitud nacionalista que había comenzado a manifestar poco antes, la cual quedó reflejada en varias de sus obras y también la impulsó a realizar tareas propagandísticas.¹⁵ En ese sentido, en una carta fechada en Bonn el 25 de agosto de 1914, Leonore Deiters se dirigía muy formalmente al profesor Quesada, con quien acababa de iniciar contacto epistolar, solicitándole “un acto de caballerosidad”. Concretamente le solicitaba que interviniera activamente ante la opinión pública argentina para desmentir las informaciones provenientes de la propaganda francesa y británica sobre la forma en que se desarrollaba el conflicto bélico. La respuesta de Quesada no se hizo esperar: asegurándole que compartía su opinión, le envió el artículo que acababa de publicar sobre el tema en la **Revista de Derecho, Historia y Letras**.¹⁶ Poco después volvió a escribirle pidiéndole materiales impresos procedentes de Alemania con el objeto de darlos a conocer en la prensa local. En una carta de enero de 1915, Quesada anunciaba que pronto saldría otro artículo suyo sobre la cuestión, “El ‘peligro alemán’ en Sud América”, en una prestigiosa revista científica.¹⁷

12 Las obras publicadas a continuación fueron **Mitmenschen** (1908); **Im Liebesfalle** (1911); **Die unordentlich verheiratete Familie** (1912); **Der Faun** (1913) y **Die Umschuld vom Lande una andere nette Geschichten** (1915).

13 Todos los artículos están reproducidos en Vollmer, Günter (ed.), **Berichte aus Argentinien in der Kölnischen Zeitung 1913 und 1920 von Leonore Niessen-Deiters**, Berlín, Ibero-Amerikanisches Institut, 1994. Sobre su contenido Cfr. Bujaldón de Esteves, Lila, “Leonore Deiters: una periodista alemana en la Argentina del Centenario”, en Regula Rohland de Langbehn y Miguel Vedita (eds.): **Teatro y teoría teatral y otros temas germanísticos**. Actas de las XII Jornadas de la Asociación Argentina de Germanistas, 25 al 28 de julio de 2001. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2003, pp. 238-247.

14 L. Deiters a E. Quesada, 12 de junio de 1913; 22 de abril de 1914, IAI, N-0021, cápsula 35.

15 En esta tendencia se inscriben las obras **Die deutsche Frau im Auslande und in den Schutzgebieten** (1913), **Krieg, Presse, Auslandsdeutschum** (1914); **Kriegsbrieft einer Frau** (1915), **Frauen und Weltpolitik** (1915) y **Mein schönes Deutschland!** (1916).

16 Se trataba de “La actual civilización germánica juzgada por un latino-americano. Gonzalo de Quesada, **La patria Alemana** (Leipzig, 1913)”, en **Revista de Derecho, Historia y Letras**, Vol. 17, 1914, n° 49, pp. 162-211.

17 El artículo se publicó en la **Revista Argentina de Ciencias Políticas**, Vol. 5, 1915, n° 52, pp. 387-407; n° 53, pp. 489-539.

En la misma carta —y aquí aparece lo sorprendente— Quesada solicitaba a su interlocutora que no alabase su caballerosidad:

Pues debo confesarle una triste verdad [...] He escrito los artículos —los he escrito con afecto— no por caballerosidad, sino en su recuerdo y en el de nuestro breve encuentro, con la esperanza de que, de ese modo, Ud. se acordara mejor de mí. Porque —es realmente una tontería— no puedo alejar su imagen de mi alma: he hecho todo lo posible pero parece que ese recuerdo para mí infeliz y sin esperanzas ha echado inexplicablemente raíces profundas en mi corazón.¹⁸

A partir de allí se desarrolló un intenso intercambio epistolar entre Leonore Deiters y Ernesto Quesada, que fue haciéndose cada vez más personal. Las circunstancias eran poco favorables, de modo que muchos de los envíos llegaron con mucho atraso o se perdieron. Por entonces, la correspondencia era interceptada por la censura británica que luego de la lectura, no siempre remitía finalmente la carta a los destinatarios. Los interlocutores, que sabían que las cartas podían ser retenidas y leídas por extraños, trataban de todos modos de comunicar sus sentimientos y mantener el contacto. Ambos continuaron enviando sus noticias a pesar de pasarse muchos meses sin recibir respuesta. Pese a todas las dificultades, ninguno de los dos dudó del afecto y la comprensión del otro, y ambos desarrollaron estrategias para superar los obstáculos. Así hicieron varias copias de las cartas que se escribían para poder conservar una de ellas y enviar las otras por distintas vías o a las diferentes direcciones en las que suponían podría encontrarse el destinatario en cada momento.¹⁹

Una vez finalizada la guerra, la escritora alemana, que para entonces se había divorciado de su marido, viajó a Buenos Aires para unirse allí con Ernesto Quesada (ella tenía entonces 41 años y él 61) e instalarse a vivir con él en la gran casona de la calle Libertad, que no sólo contenía la fabulosa biblioteca de los Quesada, sino además una cantidad importante de muebles y objetos artísticos que le otorgaban carácter más de museo que de vivienda.

En los años que siguieron, Leonore Deiters publicó artículos en revistas culturales argentinas²⁰ y envió a Alemania otros ocho reportajes, que aparecieron en el **Kölnische Zeitung** en 1920, y una serie de trabajos sobre las culturas americanas publicados en los años siguientes y luego recopilados en un volumen.²¹ En 1920

18 E. Quesada a L. Deiters, 15 de enero de 1915, IAI, N-0021, cápsula 35.

19 La correspondencia entre Leonore Deiters y Ernesto Quesada que se conserva en el Instituto Ibero-Americano consta de alrededor de 90 piezas. Todas las cartas están escritas en alemán. (Ver documentos anexos)

20 “Ricardo Wagner y Matilde Wesendonk: La tragedia de amor en ‘Tristán e Isolde’”, en **Nosotros**, Vol. 17, 1923, n° 167, y “Los Nibelungos”, en **Humanidades**, n° 7, 1923 pp. 171-231.

21 **Alt-Amerika. Kulturhistorisches Briefe an die Kölnische Zeitung** (1927).

apareció en Stuttgart una colección de relatos de amor titulada **Eros in Breitengraden** y en 1925 se publicó en Buenos Aires, en una edición limitada financiada por Ernesto Quesada, un volumen titulado **Verse**, que contenía poemas de Leonore Deiters dedicados a su hermano Hans, recientemente fallecido.

Leonore Deiters y Ernesto Quesada trabajaban en una estrecha cooperación intelectual, que fue desarrollándose a partir de la afinidad que testimonian las primeras cartas. Ambos pertenecían a la burguesía culta cosmopolita que, si bien se había formado en la impronta de las ideas liberales, viraba entonces hacia el nacionalismo y a posiciones francamente conservadoras. Ambos observaban con interés los desarrollos políticos y la evolución social de su tiempo, tratando de mantenerse a distancia de la política partidaria y de corto plazo. Ambos combinaban amplios intereses intelectuales y estéticos con una extraordinaria capacidad de trabajo. Ambos estaban en condiciones de acercarse al mundo cultural del otro, con lo cual se habían vuelto también algo excéntricos en su medio de origen: una mujer que había viajado como corresponsal a Sudamérica era tan poco común en el medio alemán de principios de siglo como lo era en el argentino un profesor descendiente de familia patricia que había asistido a un colegio secundario en Dresde.²² Como recordaría años más tarde Paul Gast, catedrático de Geodesia en la Universidad de Hannover, la casa y la biblioteca de Quesada eran entonces un lugar de encuentro tanto para los intelectuales argentinos como para la colonia científica alemana residente en Buenos Aires:

Después de la guerra tuve la fortuna de poder admirar desde cerca en trato personal a Ernesto Quesada, quien acababa de dictar en Buenos Aires sus profundas conferencias sobre las ideas de Spengler. En esos cinco o seis años que pasé sin interrupciones en Buenos Aires, a pesar de la gran carga de trabajo que llevaba sobre sus espaldas por su función de Fiscal de Cámara, su cátedra y sobre todo sus extensas investigaciones históricas, Ernesto Quesada mantenía contacto íntimo con todo lo que acontecía en el ámbito de la ciencia, la literatura y el arte alemanes en Buenos Aires. Apenas pocos de los eruditos, artistas e intelectuales alemanes que vivían entonces en Buenos Aires, o se encontraban allí por una temporada, habrán permanecido ajenos al círculo que presidían Ernesto Quesada y su esposa de espíritu refinado.²³

La relación con Spengler

Para la preparación de su ciclo de conferencias, Quesada se basó en la 22ª edición alemana del primer tomo de **La decadencia de Occidente. Esbozo de una morfología de la Historia Universal (Der Untergang des Abendlandes. Umriss einer Morphologie der Weltgeschichte)**, que acababa de publicarse en Munich.²⁴ Para entonces no existía ninguna versión en castellano, pues la traducción de Manuel García Morente, que se publicó en la Biblioteca de Ideas del Siglo XX dirigida por Ortega y Gasset, vio la luz recién en 1923. Ante esa falta de materiales en español, en la misma conferencia inaugural Quesada incluyó una lista de más de tres páginas de los trabajos sobre Spengler aparecidos recientemente en diferentes ciudades de Alemania y citó una carta original de Spengler con sus datos biográficos.²⁵

En base a estas referencias y a otras declaraciones del propio Quesada se ha concluido que, desde Buenos Aires, éste se mantenía al tanto de los artículos publicados en la prensa alemana y que trató de obtener informaciones sobre la persona de Spengler, quien le habría respondido por medio "de un amigo común".²⁶ Horacio Cagni intentó verificar esta afirmación y profundizar sobre esas vinculaciones, pero su intento se vio frustrado por el hecho de que en las ediciones disponibles de la correspondencia de Spengler se encuentran apenas dos cartas enviadas por Quesada al pensador alemán, ambas posteriores a la fecha que estamos tratando.²⁷

¿Cómo se produjo entonces el primer contacto entre Quesada y la obra de Spengler? La respuesta es tan simple como ignorada: por intermedio de Leonore Deiters. A fines de 1920, ella recibió en Buenos Aires un regalo de Navidad que le había enviado su amiga Elisabeth Spannagel desde Alemania. Se trataba del primer tomo de **La decadencia de Occidente**. Luego de leerlo, quedó fascinada y ya a mediados de enero de 1921 le escribió a su sobrino Werner Deiters que le enviara todas las informaciones que pudiera obtener sobre el autor, hasta ahora para ella desconocido. También le solicitaba que enviara la bibliografía accesible que él considerara conveniente. El sobrino, que por entonces estudiaba derecho en la Universidad de Bonn, envió su primera respuesta el 22 de febrero de 1921. La carta contenía las informaciones que Werner Deiters había logrado obtener sobre Spengler, anunciaba el envío de quince libros a Buenos Aires e incluía la lista de las referencias bibliográficas que Quesada citó en su

22 Sobre la relación de Ernesto Quesada con la cultura alemana Cfr. Buchbinder, Pablo, "Los Quesada en Europa 1873-1874", en *Todo es Historia* XXIX (1995), 336, pp. 42-55; y Carreras, Sandra, "Die Quesada-Bibliothek kommt nach Berlin. Zu den Hintergründen einer Schenkung", en Sandra Carreras y Günther Maihold (eds.), *Preußen und Lateinamerika. Im Spannungsfeld von Kommerz, Macht und Kultur*, Münster: LIT Verlag, 2004, p. 312 y ss.

23 "Glückwünschadresse von Paul Gast zum 75. Geburtstag von Ernesto Quesada", en *Ibero-Amerikanisches Archiv*, Vol. VII, 1933, n° 2, p. 252.

24 C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, 1920. La primera edición había aparecido en Viena en 1918. La primera edición del segundo tomo apareció en Munich en 1922.

25 Cfr. Quesada, *La sociología relativista spengleriana...*, p. 15 y 17-20.

26 Cagni Punset, Horacio, "Ernesto Quesada et la philosophie de l'histoire de Spengler", en Michel Bertrand y Richard Marin (eds.), *Écrire l'histoire de l'Amérique latine, XIXe-XXe siècles*, Paris, CNRS Editions, 2001, p. 174.

27 Cagni cita en su estudio la edición en inglés *Letters of Oswald Spengler*, New York: A Knopf, 1966. La publicación original es: Spengler, Oswald, *Briefe 1913-1936*. (Hrsg. von Anton M. Kotanek). München: C H Beck, 1963.

conferencia inaugural.²⁸ El joven estudiante le escribió además a Spengler solicitándole directamente información sobre su persona y la respuesta que recibió y reenvió copiada a Buenos Aires es precisamente la que Quesada citó textualmente traducida al español en su conferencia inaugural:

Nacido en 1880 en Blankenburg, en el Harz, estudié en el gimnasio de conocida filiación clásica, de la fundación Franke, en la ciudad de Halle. Cursé en las universidades de Halle, Berlín y Munich, dedicándome a las matemáticas y ciencias naturales, sin interesarme mayormente por las disciplinas filosóficas. De 1908 a 1911 fui maestro en el nuevo real gimnasio Heinrich Hertz, en Hamburgo, y organicé allí las colecciones de ciencias naturales. En 1911 renuncié y me trasladé a Munich, donde —repentinamente y con asombro mío— ‘encontré’ mi filosofía.²⁹

A partir de entonces las cartas se sucedieron, el sobrino continuó mandando a su tía informaciones sobre Spengler, su obra y las críticas, ya sea en original, en copia o en apuntes, y a cambio recibía no sólo informaciones e impresos sobre las conferencias que estaba dando Quesada en Argentina, sino también pesos para poder cumplir con los encargos. En mayo, el sobrino se trasladó a Munich para continuar allí sus estudios y un mes después consiguió finalmente visitar a Spengler, quien habiendo recibido información sobre las conferencias que estaba dando Quesada sobre su obra, estuvo dispuesto a recibir a su pariente.

Así se inició un intercambio epistolar entre Munich y Buenos Aires, a partir del cual se desarrolló una amistad que se prolongó hasta la muerte de Spengler en 1936, es decir por más de quince años, y que ha quedado testimoniada en 163 piezas de correspondencia que se conservan hoy en el Instituto Ibero-Americano de Berlín.³⁰ Se trató de un intercambio de a tres, en el que la mayor participación le correspondió a Leonore Deiters: Spengler envió 36 misivas a la pareja, 23 a Ernesto y 47 a Leonore. Ella le escribió 34 veces a Spengler, en tanto que Quesada lo hizo sólo en 17 oportunidades.³¹

La primera carta firmada por Oswald Spengler iba dirigida a Ernesto Quesada para comunicarle que, por medio del sobrino, se había enterado de que Quesada había observado en forma crítica que en su libro no hubiera considerado las grandes culturas sudamericanas. Spengler se justificó diciendo que en Alemania no

había material al respecto, por lo cual le solicitaba que le enviara la información que estuviera a su alcance.³²

La respuesta que llegó a Munich estaba firmada por Leonore Deiters, quien respondía en nombre de Quesada, el cual al parecer se hallaba totalmente absorbido por las tareas que desempeñaba como juez y profesor simultáneamente. La carta anunciaba que ambos viajarían pronto a Alemania y que entonces le llevarían personalmente el material que la biblioteca de los Quesada contenía sobre las culturas americanas.³³ Meses después, Quesada escribía personalmente a Spengler para enviarle la publicación de la primera serie de conferencias sobre su obra y le confirmaba que viajarían a Alemania poco después.³⁴

Estas tres primeras cartas revelan ya las principales características de la correspondencia: Spengler solicitaba información para sus investigaciones. Quesada, absorbido por su trabajo, tomaba la palabra sólo para comentarle a Spengler el avance de su propia producción con respecto a la obra de éste. De asegurar la continuidad del contacto a través de los años se encargaría Leonore Deiters, como ella misma manifestó en una carta posterior:

Querido Doctor:

Dado que mi marido —(¡como siempre!)— está sobrecargado de trabajo y además tiene que aceptar una nueva invitación de la universidad de aquí para dar conferencias sobre Spengler (¡sabrá Dios de dónde sacará el tiempo para hacerlo!), soy yo (¡cómo siempre!) quien responde a sus amables líneas.³⁵

Una mayor participación directa de Ernesto Quesada en la correspondencia se observa en los años 1922, 1928 y 1930, es decir sólo en el año del primer encuentro personal, que se produjo en Munich en la vivienda de Spengler, y luego de su traslado a Suiza.

Entre los tres se desarrolló entonces una franca amistad expresada tanto en las cartas como en varias visitas posteriores. Antes de trasladarse definitivamente a Suiza, Leonore Deiters y Ernesto Quesada viajaron tres veces a Europa. Gran parte de la correspondencia se refiere precisamente a esos encuentros, o más bien a su organización y a las numerosas postergaciones a que se vieron sometidos debido al mal estado de salud de alguno de los tres. Solo en contadas excepciones se incluyen comentarios sobre el contenido de los trabajos y las publicaciones. Eso no significa que el intercambio intelectual no haya sido importante. Pero el mismo no fue confiado por lo general al papel sino que más bien quedaba reservado a las animadas discusiones que Leonore Deiters describió de la siguiente manera:

28 Cfr. W. Deiters a L. Deiters, 22 de febrero de 1921, IAI, N-0021, cápsula 19; y Quesada, Ernesto, *La sociología relativista spengleriana...*, p. 17.

29 Quesada, Ernesto, *La sociología relativista spengleriana...*, p. 15. La información original proviene de la carta de W. Deiters a L. Deiters, 1 de marzo de 1921, IAI, N-0021, cápsula 19.

30 IAI, N-0021, cápsula 19. En el Legado Quesada del Instituto Ibero-Americano se conservan 154 cartas y 9 telegramas. Existen además tres copias de una versión mecanografiada por Magdalene Schoch, la hermana de Leonore Deiters en IAI, N-0021, cápsula 20.

31 Vollmer, Günter, *Oswald Spenglers Briefwechsel mit Ernesto Quesada und Leonore Deiters: 163 Briefe, Postkarten oder Telegramme aus dem Nachlaß Quesada des Ibero-Amerikanischen Instituts mit einer Vorbemerkung*. Berlín: Manuscrito no publicado, 1994, p. VII.

32 O. Spengler a E. Quesada, 6 de julio de 1921, IAI, N-0021, cápsula 19. Todo indica que la justificación de Spengler era sincera, lo que no significa que la aseveración fuera correcta. Lo más probable es que Spengler simplemente desconociera la actividad que por entonces desempeñaban los americanistas alemanes.

33 L. Deiters a O. Spengler, 14 de agosto de 1921, IAI, N-0021, cápsula 19.

34 E. Quesada a O. Spengler, 12 de diciembre de 1921, IAI, N-0021, cápsula 19.

35 L. Deiters a O. Spengler, 26 de mayo de 1924, IAI, N-0021, cápsula 19.

En ocasión de esa estadía en Europa estuvimos muchas veces con Spengler discutiendo hasta bien entrada la noche, y no compartíamos en absoluto siempre la misma opinión. Pero los dos quedábamos siempre impresionados por la exactitud incondicional de su pensamiento, su capacidad de imaginación y la implacabilidad con que se obligaba a sí mismo y a los demás a reflexionar. [...] Confieso que para mí era simplemente un placer incitar conscientemente a esos dos cerebros poderosos, que por su origen, su medio, su modo de trabajar y su filosofía de vida eran las dos personas más diferentes que se pueda imaginar, pero a la vez tan similares por la universalidad de su conocimiento y la obsesión por la investigación.³⁶

En 1926 Spengler confió un texto que contenía el plan de una nueva obra, a Magdalene Schoch, la hermana de Leonore Deiters, que estaba a punto de viajar a Buenos Aires junto con su marido Henri, para que se lo entregara a Leonore Deiters y Ernesto Quesada. El texto comprendía seis páginas mecanografiadas y llevaba por título "Urfagen. Entwurf einer Frühgeschichte der Menschheit". Se trataba nada menos que del plan de la nueva obra en la que estaba trabajando y nunca llegó a terminar.³⁷ En respuesta, Spengler recibió una carta de trece páginas en la que se le exponían los comentarios. Estaba datada en Buenos Aires el 16 de mayo de 1926 y firmada por los cuatro, pero el estilo y el contenido de varios pasajes no dejan dudas de que la encargada de la redacción fue Leonore Deiters. La gran mayoría de los comentarios se refieren a las antiguas culturas americanas, un tema sobre el cual Leonore Deiters había comenzado a trabajar desde el inicio de su comunicación con Spengler, cuando se encargó de buscar materiales en la biblioteca de Quesada para llevarle a Munich. Desde entonces había acumulado bastantes conocimientos al respecto, que se reflejaron también en los artículos que envió al **Kölnische Zeitung**.³⁸

Ya desde el comienzo de la relación, la cuestión de las culturas sudamericanas fue uno de los puntos principales de las críticas de Quesada a Spengler. Para el argentino, la obra de Spengler, con sus comparaciones, representaba una forma de superar la estrechez del eurocentrismo y de incorporar la historia de las culturas sudamericanas al estudio de la historia universal. Sin embargo, los párrafos dedicados a ellas en el primer tomo de **Untergang des Abendlandes** eran mínimos. La relación entablada entre Munich y Buenos Aires, las discusiones de los tres y el envío de información tuvieron como consecuencia que Spengler revisara algunas de sus tesis sobre la conquista de América y de-

sarrollara cierto interés por esas culturas.³⁹ Por eso no es casual que el volumen de homenaje a Quesada que se editó en Berlín cuando éste cumplió 75 años incluyera varias contribuciones sobre ese tema, incluyendo una de Leonore Deiters y otra de Spengler.⁴⁰

Traslados y transferencias

A comienzos de febrero de 1927 Leonore Deiters y Ernesto Quesada se encontraban en Europa, pues éste último había ido a tratarse con las aguas termales de Carlsbad intentando controlar así sus problemas de salud. Pero ese viaje tenía también otro motivo: ambos estaban buscando un nuevo lugar donde instalarse. Spengler les sugirió que lo hicieran cerca de Múnich, en el Starnberger See,⁴¹ pero la decisión recaería en otra parte y tendría además consecuencias de alcance bastante más amplio.

Desde la localidad de Spiez, Suiza, donde durante la Gran Guerra había encontrado apoyo y descanso en la casa de su hermana, Leonore Deiters le escribió a su amigo de Munich confiándole las dificultades que demoraban la toma de decisión: "yo tengo en vista un 'hogar' para personas vivas y (last not least!) perros, en tanto que mi marido tiene en mente un palacio para sus libros y sus tapices".⁴² En junio, la decisión había sido tomada: se instalarían en una casa tipo chalet, ubicada en Spiez, que recibiría el nombre de Villa Olvido.⁴³

Eso significaba nada más ni nada menos que la separación de la biblioteca. A pesar de tener una oferta de Washington y otra de Hamburgo, Quesada decidió finalmente donar su colección a Berlín. De ese modo, cumplía la voluntad que su padre había dejado fijada por testamento: donar en vida la biblioteca para una institución pública, en caso de que el gobierno argentino no estuviera dispuesto a adquirirla. Por eso, la donación no se hizo sin condiciones. El estado de Prusia se había comprometido a mantener y aumentar en forma adecuada la colección, que llevaría por nombre "Biblioteca Quesada" y que sería el núcleo de un nuevo instituto a fundarse en Berlín, el cual estaría dedicado al cuidado de las relaciones intelectuales entre Alemania y América Latina. En reconocimiento, Ernesto Quesada sería nombrado profesor honorario de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Berlín, y él y su esposa recibirían una pensión vitalicia de 12.000 marcos por año.⁴⁴

39 Cfr. Traine, Martin, "Zwischen Niedergang und Hoffnung. Deutsche Kulturkritik und ihre Rezeption in Argentinien zwischen den Weltkriegen", en Holger Meding (ed.), **Nationalsozialismus und Argentinien. Beziehungen, Einflüsse und Nachwirkungen**, Frankfurt am Main, Peter Lang, 1995, pp. 34-40.

40 Spengler, Oswald, "Das Alter der amerikanischen Kulturen"; y Deiters de Quesada, Leonore, "Künstlerische Betrachtungsweise und Altamerika-Forschung", en **Ibero-Amerikanisches Archiv**, Año VII (1933), n° 2.

41 O. Spengler a E. Quesada, 29 de marzo de 1927, IAI, N 0021, cápsula 19.

42 L. Deiters a O. Spengler, 8 de mayo de 1927, IAI, N 0021, cápsula 19.

43 E. Quesada a O. Spengler, 7 de junio de 1927, IAI, N 0021, cápsula 19.

44 Carreras, Sandra, "Die Quesada-Bibliothek kommt nach Berlin. Zu den Hintergründen einer Schenkung", en Sandra Carreras y Günther Maihold (eds.), **Preußen**

36 Deiters, Leonore, "Über Kontinente und Jahrtausende", 1937, citado según la copia mecanografiada de Leni [Magdalene] Schoch, en IAI, N-0021, cápsula 20.

37 Los fragmentos conservados fueron editados por Anton Mirko Koktanek bajo: Spengler, Oswald, **Urfagen. Fragmente aus dem Nachlass**, München, Beck, 1965.

38 Niessen-Deiters, Leonore, **Alt-Amerika. Kulturhistorische Briefe für die Kölnische Zeitung**, Köln, M. DuMont, 1927.

La confirmación oficial del acuerdo le fue transmitida a Quesada por medio de la Legación alemana en Buenos Aires en noviembre de 1927.⁴⁵ Poco después, los 80.000 volúmenes fueron retirados de los estantes de la casona de la calle Libertad y embarcados hacia Alemania, un paso que, pese a todos los acuerdos, se le hizo a Quesada “terriblemente difícil”.⁴⁶

Luego del traslado a Suiza, la amistad con Spengler se intensificó y la comunicación se volvió aún más personal. De esa etapa dan testimonio las fotografías tomadas a los tres en el chalet de los Quesada. Las visitas se sucedieron y en junio de 1929 Quesada y Spengler festejaron juntos sus cumpleaños en Villa Olvido. Por otra parte, los tres tuvieron que enfrentar dificultades y sufrieron enfermedades frecuentes. Desde Spiez se seguían con interés los preparativos para la instalación definitiva de la biblioteca en Berlín, que no marchaban con la celeridad esperada. Finalmente, el 12 de octubre de 1930 se inauguró el Instituto Ibero-Americano. Quesada, que no estaba de acuerdo con esa denominación y además se sentía defraudado por algunas decisiones que la dirección del nuevo instituto había tomado sin tomar en consideración sus opiniones, no asistió a la celebración con el pretexto de que tenía problemas de salud.⁴⁷

Las cartas enviadas entre Spiez y Munich dan cuenta de un intenso intercambio de noticias personales junto con el envío de publicaciones y comunicaciones sobre la vida profesional. En 1928 Leonore Deiters intentó ejercer influencia para que Spengler fuera invitado a dar conferencias en Buenos Aires,⁴⁸ y Ernesto Quesada le hizo llegar cartas de presentación para José Ortega y Gasset, Ramón Menéndez Pidal y Américo Castro, pues estaba a punto de emprender un viaje a España.⁴⁹ En 1931, las visitas se interrumpieron porque todos sufrían las consecuencias de la crisis económica y se vieron obligados a reducir mucho sus gastos, pero no por eso dejaron de colaborar. Spengler envió a Spiez las pruebas de imprenta de su nuevo libro, **El hombre y la técnica**, solicitándole a Leonore Deiters que enviara un artículo al respecto al **Kölnische Zeitung**.⁵⁰

Luego de la muerte de Ernesto Quesada en febrero de 1934, su viuda continuó manteniendo correspondencia con Spengler, quien se preocupó por apoyarla emocionalmente en difíciles momentos. La última carta que se conserva está datada el 7

de mayo en el vapor Cap Arcona, el barco que traía a Leonore Deiters de regreso a Europa desde Buenos Aires. La carta quedó interrumpida en medio de una frase cuando ella recibió una comunicación telegráfica con la noticia de que Spengler había fallecido en Munich.

A modo de conclusión.

A la luz de lo expuesto, el camino de la recepción de las ideas de Spengler en Argentina aparece menos como un fenómeno estrictamente intelectual que como el resultado de una serie de interacciones entre diferentes sujetos de carne y hueso, algunos de los cuales han pasado hasta ahora prácticamente desapercibidos a pesar de haber tenido un rol sumamente importante.

La llegada de la obra de Spengler a Buenos Aires no se verificó por la vía de las publicaciones académicas, sino como un regalo de Navidad personal enviado a una mujer que por entonces vivía a miles de kilómetros de su tierra de origen. Sin duda fueron los intereses intelectuales de Leonore Deiters los que explican que su amiga eligiera para ella tal presente, del mismo modo que fue su primera lectura y su entusiasmo por la obra los que pusieron en marcha el proceso de recepción en Argentina. La intimidad establecida entre la destinataria y Ernesto Quesada fue condición previa para la transformación de una lectura individual realizada por una escritora alemana en un amplio proceso de traducción y difusión realizado por el erudito argentino con la colaboración de ella. Todo esto constituye un buen ejemplo de un proceso de circulación de conocimientos entre círculos intelectuales cosmopolitas alemanes y argentinos, en el cual las mujeres de ese grupo tuvieron un papel importante aunque no reconocido por la posteridad.

Los contactos familiares de Leonore Deiters en Alemania fueron la condición de posibilidad de una rapidísima transferencia de informaciones, para la cual las capacidades cognitivas del sobrino y los mecanismos de distribución de informaciones establecidos en Alemania jugaron un papel también muy importante. Contra lo que ha supuesto la crítica, Quesada no estaba en contacto permanente con una amplia escena intelectual en Alemania, sino que el sobrino actuó como un verdadero corresponsal, capaz de seleccionar, ordenar y transmitir información proveniente de distintas fuentes procesándola de modo que fuera utilizable en el ámbito argentino.

También la donación de la biblioteca al estado de Prusia tuvo una dimensión personal, visible solo en la correspondencia privada. Pese a ello, sus consecuencias serían de largo alcance. De acuerdo con la visión de Quesada, además de asegurar la ampliación continua de la biblioteca, el nuevo instituto establecido en Berlín debía dedicarse a la investigación científica y a la publicación de estudios especializados. En tercer lugar, debía constituirse en una institución central de los intercambios culturales y académicos entre Alemania y América Latina, recibiendo a los estudiantes y eruditos latinoamericanos que viajaran a Alemania y a los alemanes interesados en Latinoamérica, asesorando a ambos grupos y facilitándoles informaciones y contactos que permitie-

und Lateinamerika. Im Spannungsfeld von Kommerz, Macht und Kultur, Münster: LIT Verlag, 2004, p. 317 y ss.

45 Cfr. Quesada, Ernesto, **Die Wirtschaftsbeziehungen zwischen Latein-Amerika und den Vereinigten Staaten**. Leipzig: Deutsche Wissenschaftliche Buchhandlung, 1931, nota 4, p. 12.

46 L. Deiters a O. Spengler, 13 de febrero de 1928, IAI, N 0021, cápsula 19.

47 L. Deiters a O. Spengler, 19 de octubre de 1930, IAI, N 0021, cápsula 19. Las relaciones entre Quesada y el Instituto Ibero-Americano se recompusieron a partir de 1932, cuando se colocó en Berlín un busto en honor a su padre Vicente y con el homenaje que se le hizo a Ernesto cuando cumplió 75 años en 1933.

48 L. Deiters a O. Spengler, 13 de febrero de 1928, IAI, N 0021, cápsula 19.

49 E. Quesada a O. Spengler, 4 de junio de 1928, IAI, N 0021, cápsula 19.

50 O. Spengler a L. Deiters, 30 de junio de 1931, N 0021, cápsula 19. El artículo fue publicado en el periódico el 1 de agosto de 1931.

ran profundizar las relaciones culturales. Casi 80 años después de la donación, las tareas que desarrolla actualmente el Instituto Ibero-Americano son básicamente las mismas que imaginara entonces Quesada.

Resumen

Entre 1921 y 1925 Ernesto Quesada pronunció numerosas conferencias sobre las teorías de Oswald Spengler y publicó al respecto más de 1.000 páginas en libros y artículos, convirtiéndose así en su primer y principal difusor en América Latina. Pocos años después, donó su magnífica biblioteca de más de 80.000 volúmenes al estado de Prusia y se retiró a vivir a Suiza, donde permaneció hasta su muerte. A partir de documentos conservados actualmente en Berlín, se reconstruye aquí la forma en que Quesada tomó contacto con la obra de Spengler y se presentan algunos de los motivos que condujeron a la donación, revelando una trama de relaciones personales e intelectuales en las que la escritora alemana Leonore Deiters tuvo un papel prominente.

Palabras clave

Ernesto Quesada, Leonore Deiters, Oswald Spengler.

Abstract

Between 1921 and 1925, the Argentine professor of Sociology Ernesto Quesada had been the first and most important propagator of Oswald Spengler's oeuvre in Latin America. He held several lectures on the theoretical approaches of Spengler and published more than a thousand pages on his work in various books and articles. In 1927, Quesada donated his extensive private library with more than 80.000 volumes to the State of Prussia before he retired to Switzerland for the rest of his life. My paper, based on documents well preserved in Berlin until today, shows how Quesada came to meet Spengler, and explains the motifs for his donation. It points out personal and intellectual relationships, in which the German writer Leonore Deiters plays a central role.

Keywords

Ernesto Quesada, Leonore Deiters, Oswald Spengler.

1. Carta de Oswald Spengler a Ernesto Quesada

Dr. Oswald Spengler

Dirección: Editorial C. H. Beck

Múnich, Wilhelmstrasse, 9

Múnich, 6 de julio de 21

¡Estimado señor profesor!

Hace algunos días me visitó su señor sobrino y me comunicó algunas cosas sobre sus clases, lo que me alegró mucho. Lamentablemente debo sospechar que una carta que le envié hace algunos meses no llegó a sus manos. De la conversación deduje que echó de menos en mi libro el tratamiento de las grandes culturas americanas. La mexicana es mencionada, sin embargo, varias veces en el segundo tomo. Por el contrario, no me fue posible conseguir un material más o menos aprovechable sobre la sudamericana. Hay una cantidad de trabajos, generalmente populares, sobre las artes decorativas y la situación social, cuyo contenido me resulta dudoso. Sobre la historia real de esa cultura no conozco nada de alguna manera significativo. Con la cultura mexicana, la situación no es mucho mejor. Supongo que en América existen al menos algunas valiosas obras sobre historia, política y arte (con las necesarias ilustraciones) pero seguramente estarán escritas en parte en español, que no entiendo, y al menos en nuestras bibliotecas no hay nada de eso. Me haría un gran favor si alguna vez tuviera la bondad de llamarme la atención sobre obras útiles y me facilitara el acceso a ellas.

Con el mayor de los respetos,

O. Spengler

2. Carta de Ernesto Quesada a Oswald Spengler

Buenos Aires, 12 de octubre de 1921

Doctor Oswald Spengler

(Editorial C. H. Beck)

Múnich

Estimado señor profesor:

Tras su carta del 6 de julio, a la que le fue respondido inmediatamente el 14 de agosto por mi mujer estuve tan ocupado con clases y la corrección de textos para la **Revista de la Universidad** así como con el libro —recientemente publicado— **La sociología relativista spengleriana**, que no tuve un minuto libre para escribirle extensamente. Recién ahora estoy en condiciones de viajar a Europa y espero estar en Génova el 4 de noviembre, para poder realizar lo más pronto posible mi cura en Karlsbad,

dado que mi salud lamentablemente está bastante afectada, pero espero que el viaje por mar ya tenga un efecto reparador.

Le pido por lo tanto que me disculpe si esta carta también es breve. Mi objetivo es enviarle el libro mismo: un tomo de casi 600 páginas.⁵¹ La primera parte —las clases hasta la página 450— en la **Revista de la Universidad** (número de septiembre) la recibe al mismo tiempo que estas líneas; el final aparece en el próximo número. Pero también el libro mismo será repartido ahora a pedido de los estudiantes.

Las clases sobre su trabajo son mi curso de despedida, dado que próximamente renuncio a mi tarea en la universidad, lo que formalmente ocurrirá muy próximamente. Me resultó especialmente agradable, justo ahora, tras la terrible guerra, haber impartido un curso sobre ciencia alemana, para mostrar que Alemania aún sigue a la cabeza en la actividad intelectual: desde mi ahora lejana juventud siempre me gustó difundir cultura alemana en mi patria, de manera que este curso —con el que está vinculado su nombre— es una especie de coronación de mi amor por su patria.

Espero poder encontrarlo en Munich y ya me alegro por adelantado por ello. En el caso de que a fines de año o comienzos del próximo no tenga pensado estar en Múnich, le pido que me haga saber cuándo lo puedo encontrar allí. Mi dirección provisional en Alemania es Profesor Ernesto Quesada, en casa de Hans Deiters: Grafenberger Allee Nro. 64, Düsseldorf.

Con el mayor de los respetos

Atentamente

3. Carta de Leonore Deiters a Oswald Spengler

26 de junio de 1924

Querido doctor

Dado que mi marido —(¡como siempre!)— está sobrecargado de trabajo y además tiene que aceptar una nueva invitación de la universidad de aquí para dar conferencias sobre Spengler (¡sabrá Dios de dónde sacará el tiempo para hacerlo!), soy yo (¡cómo siempre!) quien responde a sus amables líneas, esta vez del 11 de abril y del 12 de mayo. También los nuevos escritos llegaron ya a nuestras manos: ¡justo a tiempo para las mencionadas conferencias! ¡Muchas gracias!

En lo que se refiere a sus solicitudes de material:

1-Gaúcho: Un trabajo de mi marido, que menciona una serie de fuentes, se está imprimiendo, y le será enviado ni bien se publique. Por lo demás, el gaúcho, esa cosa intermedia entre indio y conquistador, cuya cruza es, se

está extinguiendo, junto con sus trajes, sus costumbres y sus tradiciones. Posiblemente carguen con bastante culpa en ello los cercos de alambrado, que hoy atraviesan todo el campo: donde antes era necesaria la población de todo un pueblo para mantener, a caballo, a los rebaños reunidos, ahora alcanzan una decenas de posteros,⁵² para revisar las zonas cercadas y los abrevaderos, y esos generalmente son muchas veces inmigrantes sin tradición, peones del gran terrateniente. — El cowboy norteamericano también vivirá pronto sólo en el cine y para el cine, y en lugar de indios, intrusos y cowboys, aparece el nuevo tipo de ciudadano americano. Lo mismo ocurrirá aquí, cuando toda esta mezcla actual empiece a fundirse en una nueva raza. — A propósito, el gaúcho tiene algunos rasgos españoles entre sus características. Mientras que las poblaciones indias que aún persisten tienen sus propias tradiciones y sus propias lenguas. ¡Ese es un asunto muy peculiar!

2-Culturas americanas antiguas: Encontrará material en abundancia, también rico en cuanto a ilustraciones, aquí en la biblioteca de mi marido, cuando venga. Por favor comuníquenos a tiempo sus planes en ese sentido. Sería molesto que justo no nos encontráramos.

3-Rapa Nui, Isla de Pascua: ¿No debería ver para ello al menos también los ejemplos más importantes de las culturas tolteca, maya y aymara? (¿Quizá también Cliffdwellers?) Las enormes figuras de piedra, casas de piedra y 'tablillas parlantes' apenas se pueden separar. No sé si las piezas santiaguinas están reproducidas. Mi marido escribirá por ello a Santiago. En lo que a material se refiere: dado que la isla está ahora 'civilizada' (¡tengo una foto de 1910 que muestra a los nativos en nuestra horrible vestimenta europea!) quizá sean importantes fuentes más antiguas, de gente que halló la isla aún bastante intacta. Primero estuvieron allí: Un filibustero Edward Davies (aparentemente), 1687. — Luego el almirante Roggeween, Pascua 1722. — Luego Cook, 1774. — La Prouse, del 8 al 10 de abril de 1786. — Luego Kotzebue, 1816, y Beechy, 1826: dado que mientras tanto también estuvieron cazadores de esclavos norteamericanos y peruanos, estos dos no fueron muy bien recibidos, y seguramente no observaron demasiado. — Lejeune, luego, 1862. — Misioneros franceses de Tahití 1864-1865. — Barco de guerra inglés Topaze 1866. — Este llevó una de las pequeñas estatuas a Londres; está en el Museo Británico; no sé si también tablas con jeroglíficos. — Fragata francesa Flora 1872. — Corveta chilena O'Higgins 1870 y 1875. Barco cañonero alemán Hyäne 1882. De La Prouse existen relatos de viaje: **Atlas Ilustrado**, con plano de la isla y varias ilustraciones. Creo que apareció una edición de ello en de Lesseps en 1831. — De O'Higgins existe un buen relato, bajo utilización del informe de los oficiales y del Dr. Philippi (el famoso estudioso germano-chileno) en el **Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile**, Año

51 "Mencionar título: La sociología relativista spengleriana (curso de sociología dado en la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, durante el año académico de 1921. Publicado por primera vez en la "Revista de la Universidad de Buenos Aires", año 18, tomo 46, 1921, pp. 125-232. Edición independiente, Buenos Aires, Imprenta y Casa Editora Coni, 1921, 616 p.)" Anotación en lápiz en el original.

VII, Santiago 1881. Del cañonero Hyäne hay un informe del comandante: **Isla de Pascua. Un lugar de cultura prehistórica en el Mar del Sur**. Berlín 1883. Todos estos últimos informes no tienen, según lo que sé, material ilustrativo. Sí trae ilustraciones: **The secret of the Pacific**, C. Reginald Enock (London, Adelphi Terrace, y Leipzig, Inselstrasse 20, T. Fischer Unwin "A Discussion of the early Civilisation of America, the Toltecs, Aztecs, Mayas, Incas and the Predecessors and of the possibility of Asiatic influence thereon". With 56 Illustrations and 2 Maps. (Este libro trae imágenes de las figuras de piedra, pero no de las 'tablillas parlantes'; pero seguramente es interesante por el material comparativo). Es especialmente alabado (por el doctor Steffen en los **Anales de la universidad de Santiago de Chile**, 1907) por sus imágenes un trabajo de Alexander Agassiz, profesor de la Universidad de Harvard y Director del Museo de Zoología Comparada: "Reports of the scientific results of the expedition to the eastern tropical Pacific. By Alexander Agassiz. 96 plates and 8 figures in the text. 1906. (**Memiors of the Museum of Comparative Zoology at Harvard College**, vol. XXXIII.

Por lo demás, encontrará apuntes más extensos sobre la Isla de Pascua en la **Enciclopedia Británica**, 9na edición, vol.19, 11ma edición, vol. 8, 1910; también en la **Nouvelle Geographie Universelle**, La Terre et les Hommes, de Elisee Reclus. Vol 14, Paris, 1889. Lamentablemente no conozco trabajos más nuevos, particularmente en sentido científico y especialmente sobre las tablillas parlantes, lo que seguramente es culpa mía. Esperemos a lo que contesten los santiaguinos. Es posible que también se pueda hallar material en la **Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones Espaniolas de América y Oceanía** (El antes mencionado Felipe González tomó posesión de la isla para España; es chilena recién desde 1888). ¡Pero esos son unos 40 tomos en la edición madrileña...! ¡Venga y escarbe usted mismo!

Entré en detalle, porque seguramente puede encontrar allí alguna que otra de estas cosas. Las cosas americanas-antiguas, sin embargo, debe verlas aquí en persona. ¡Así que anímese y venga mientras aún estemos aquí!

El agradecimiento por estampillas me lo debo procurar yo sola desde que la señora von Steiger está en Alemania. Vuelvo a añadir algunas para completar.

Acaba de llegar — de Beck — el almanaque de la *Rupprechtpresse*. Interrumpí estas líneas para leer su breve novela. ¡Es extraordinaria!

Con los más cordiales saludos de nosotros dos

Suyos

[Traducción de Claudia Regina Martínez.

Revisión técnica de Martín Bergel]